DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LOS SEÑORES DE LA GUERRA

EL AÑO DE SERVICIO DE DAVID DONOVAN COMO ASESOR MILITAR EN EL DELTA DEL MEKONG

19

PLANETA-AGOSTINI

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita. Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 19 - Los señores de la guerra

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

Introducción del Editor

Desde el final de la guerra de Vietnam, la tendencia de escritores, historiadores y comentaristas por concentrarse en los elementos desagradables y espectaculares de la guerra —atrocidades, corrupción, estrategias militares inadecuadas— significó que varios aspectos de la intervención norteamericana en el conflicto no recibieran el reconocimiento adecuado. El más notable de ellos fue el constante intento de EE.UU. por ganarse el apoyo y la confianza del pueblo survietnamita. Aunque el programa utilizado recibió varias denominaciones, "Pacificación", "Corazones y mentes", etc., el objetivo siempre fue el mismo: fomentar el apoyo local a la acción militar norteamericana y negar cualquier tipo de apoyo al enemigo.

Para llevar a cabo esos programas, alguien debía transmitirlos a la población. Y para hacer esto con una mínima esperanza de éxito esa persona tenía que vivir con los pobladores locales en extensas y remotas regiones, y aislada de las grandes unidades de apoyo de EE UU. David Donovan era una de ellas, y *Los señores de la guerra* su historia.

Llegado a Vietnam en 1969, Donovan fue asignado a una remota población rural, en el corazón del laberinto de ríos, canales y campos de arroz que constituyen el delta del Mekong. Hacia el angustioso final de la guerra Donovan se encontró con que habían puesto precio a su cabeza y había sido abandonado, junto a un grupo de las Fuerzas Especiales, en un área que estaba infestada de traficantes de armas y recaudadores de impuestos del Vietcong. Sus intentos por ayudar a la población local a protegerse del enemigo y por suministrarles asistencia médica y tecnológica, a veces tuvieron éxito, ocasionalmente resultaron humorísticos, y con frecuencia peligrosos.

Como dice el mismo Donovan: "Este libro cuenta la historia de un gran número de norteamericanos que fueron enviados a la guerra por su país, que vieron cosas extrañas, que hicieron cosas extrañas, y que finalmente están dispuestos a contar el cuento"

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A , Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficos Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Mayo 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

LOS SEÑORES DE LA GUERRA

DAVID DONOVAN

Introducción 2

Capítulo 1 5
Gatillo fácil

Capítulo 2 27
El reino

Capítulo 3 45
Fuego amigo

INTRODUCCION

La niebla se pegaba a la tierra húmeda como un velo vaporoso. La primera luz grisácea del día se filtraba a través de la bruma y mostraba el calinoso verdor del mundo que había a mi alrededor Yo no podía ver más allá de unos cuantos metros; incluso el campo de arroz que se extendía ante mí todavía estaba cubierto por la espesa niebla. Yo permanecía quieto y observaba atentamente un estrecho sendero. Cinco hombres de mi poblado, el sargento Abney y yo estábamos tendiendo una emboscada, esperando a una escuadra de guerrilleros enemigos, que debían haber pasado por el lugar durante la noche.

Nosotros habíamos dispuesto la emboscada a primeras horas de la tarde anterior, pero los guerrilleros no habían aparecido. Habíamos estado esperando en silencio hasta que nos cambiamos por primera vez de posición. Las sanguijuelas hormigueaban por nuestras piernas y los insectos nos habían picado, pero nosotros habíamos permanecido inmóviles y silenciosos.

Oí un apremiante murmullo. Los comunistas venían. Asentí silenciosamente y fijé la vista en el sendero. Lo que al principio eran meros espectros en la mañana grisácea pronto se transformaron en hombres. Uno a uno surgían de la densa neblina, 10 hombres caminando silenciosamente en columna a lo largo del sendero. Además de su armamento, nueve de ellos cargaban pesados fardos a sus espaldas. Podía afirmar por su forma de andar y el hundimiento de sus cuerpos que estaban extenuados. Adiviné que habrían andado toda la noche. Sin embargo, algo les había hecho aminorar la marcha, ya que hacia aquella hora debían haber estado a salvo en su santuario en el interior de la provincia.

Los fardos eran grandes y estaban empaquetados apretadamente. Cada hombre debía esforzarse con aquella carga, además de llevar su AK-47 y las cintas de munición cruzadas en el pecho. El segundo hombre de la columna no llevaba ningún paquete a la espalda, en su lugar portaba una especie de bolsa de tela suspendida de su hombro por una cinta. Como observé, murmuró algo en tono agudo al hombre que iba delante suyo, y comprendí que el portador de la bolsa era el jefe del grupo. El había hecho marchar a sus hombres hasta agotarlos; habían descuidado su atención y no prestaban excesivo cuidado a los peligros que les rodeaban.

Cada hombre tenía pegados sus ojos en el trozo de tierra que tenía delante, concentrándose en dar el paso para cubrir justo aquella distancia. Cada elaborado paso requería tal esfuerzo que los hombres no prestaban atención a otra cosa. También se habían agrupado, otro error capital del que eché la culpa al líder. Debía haber mantenido a sus hombres desplegados de forma que no cayeran todos en una zona de emboscada o en un área de minas terrestres al mismo tiempo. Ahora había perdido. Él y sus hombres, que habían marchado hasta el agotamiento, iban a caer en nuestra trampa Estaban a punto de morir Agrupados como iban nos sería muy fácil cazarlos. Todo se acabaría en menos de un minuto.

Presioné la mejilla contra la culata de mi M 16 y lentamente dirigí el punto de mira hacia la cintura del hombrecillo que encabezaba la columna enemiga Por un momento sentí pena por los exhaustos guerrilleros del Vietcong. Sentí una mezcla de tristeza y rabia porque aquel hombre iba a morir a causa de la incompetencia de su jefe Extrañamente, estaba encolerizado con su jefe, ya que al permitir aquello estaba a punto de convertirse en el verdugo de sus hombres.

Mi blanco estaba ahora a unos diez metros de distancia y directamente frente a mí. Como siempre, antes de apretar el gatillo cayó una cortina sobre mis emociones Había aprendido el truco de hacer que se desvanecieran mis emociones y sentimientos, de convertirme en un autómata frío y desapasionado en el momento de la ejecución.

Descargué mi primera ráfaga contra el estómago de mi blanco. A la segunda ráfaga no pude verle, de forma que rápidamente bajé el fusil y disparé contra el suelo en el lugar donde debía haber caído. Casi no tuve tiempo de buscarle; estaba dispuesto para dirigir el cañón de mi arma contra el jefe, el segundo hombre de la columna Sólo habían pasado tres segundos desde que se iniciara la emboscada.

La mira de mi arma se encontró con el jefe vietcong. Le bastó un segundo fatídico para apercibirse de lo que estaba ocurriendo, y ahora sólo intentaba agacharse. Habían transcurrido cuatro segundos de la emboscada cuando coloqué una ráfaga de seis tiros entre la cinta de la bolsa y los hombros del vietcong. En esta ocasión vi claramente cómo mi blanco se tambaleaba y luego se desplomaba como una piedra. Dirigí mi arma hacia donde había estado el guerrillero y descargué otra ráfaga en aquella dirección para asegurarme.

Seis segundos después de que comenzara la emboscada miré hacia abajo para ver cómo iban las cosas. Un vietcong había conseguido salir del sendero y escapar al otro lado del campo

de arroz. Iba tambaleándose a través de las poco profundas aguas como si el pesado fardo que llevaba a la espalda le impidiera mantener el equilibrio. De repente, alzó los brazos y se desplomó contra el agua. El estruendo de los otros fusiles y de nuestra ametralladora tronaba constantemente en mis oídos. Disparé otra ráfaga en la dirección de los hombres que se hallaban fuera del sendero.

A los ocho segundos del inicio de la refriega cambié los cargadores. Cuatro segundos después encaré de nuevo el fusil y disparé a algo que se movía, pensé, ante mí. Pude ver cuerpos esparcidos a lo largo del sendero frente a nosotros, pero no tuve tiempo de contarlos. Estaba mirando hacia abajo al pequeño sendero para ver si había alguien que no hubiera resultado herido cuando se desató la emboscada. Deseaba continuar haciendo fuego en todas direcciones ya que aún temía que nos dispararan por la espalda.

A excepción del hombre que yacía en el campo de arroz como un águila con las alas extendidas, el único vietcong que yo vi estaba tendido inmóvil en el sendero. Sólo habían transcurrido dieciséis segundos desde el comienzo de la emboscada. La jungla reclamaba su silencio. Todos nosotros nos quedamos en nuestras posiciones y esperamos. Era como si esperáramos que las víctimas se levantaran y comenzaran a disparar de nuevo. La niebla parecía incrementar la quietud mientras nosotros permanecíamos allí en los húmedos matorrales, con nuestros dedos todavía tensos contra los gatillos y nuestros ojos recorriendo rápidamente el camino que se abría ante nosotros. Nada se movía en la densa niebla. Eché una ojeada a los cuerpos extendidos en el sendero, esperé unos momentos, y finalmente me incorporé. Arrodillado, miré a los cuerpos que yacían como pedruscos diseminados a lo largo del estrecho sendero. Estaban inertes, inmóviles y aparentemente sin vida. Habían pasado treinta segundos desde que se iniciara el tiroteo, me puse de pie y cautelosamente salí de la jungla y me dirigí al camino. Me detuve brevemente para escudriñar el camino en la niebla, y luego hice señales a mis hombres para que salieran de sus posiciones. Teníamos que buscar al muerto. La emboscada había terminado. El astringente olor de la pólvora hacía latir apresuradamente mi corazón y mi cabeza me daba vueltas por la rápida victoria.

Encontré al jefe de los guerrilleros extendido en medio del sendero donde había desaparecido del punto de mira de mi arma. Dos o tres disparos le habían alcanzado en el pecho y su camisa estaba empapada de sangre. Fijé mi atención en el hombre que yo suponía era el líder vietcong. Él había retrocedido un metro del sendero y había caído rodando a una pequeña hondonada. Tomé la bolsa de su mano fláccida y revisé su interior. Como sospechaba, estaba llena de documentos y libros de anotaciones. Venían dos soldados recogiendo las armas y municiones de los guerrilleros mientras otros dos registraban el resto de los fardos. Caminé rápidamente sendero abajo diciendo a los hombres que se apresuraran. Trabajaban en silencio y rápidamente. En cinco minutos estábamos dispuestos para irnos.

El sargento Abney, con su arrugado sombrero echado hacia atrás, vino junto a mí con la excitación bailándole en los ojos. "¡Caray!, realmente les dimos en el culo, ¿eh?"

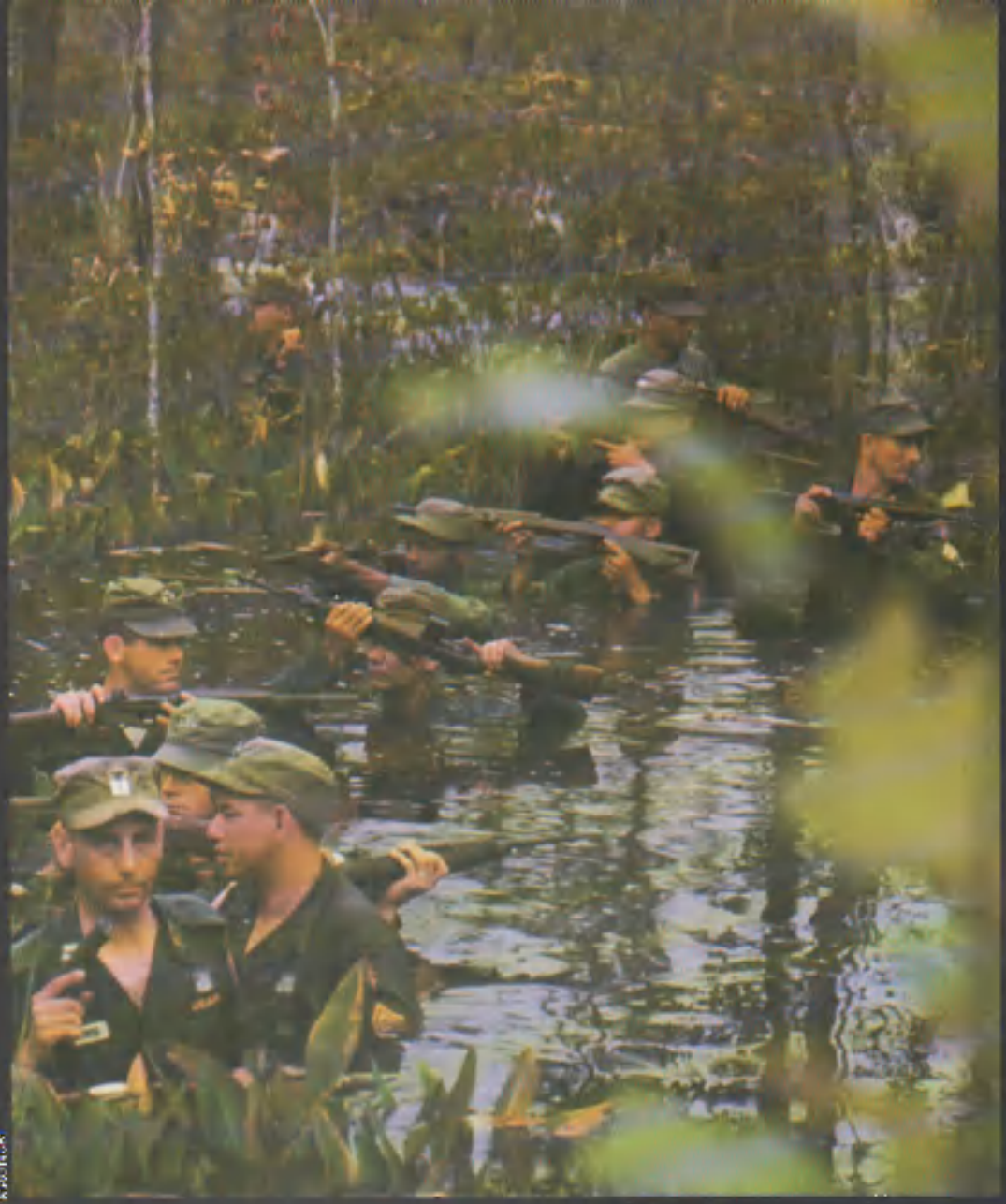
"Tienes razón. maldito, les dimos", repliqué. "Esto bien vale una cerveza y un buen sueñecito cuando estemos en el campamento."

"Coño, ya lo creo", farfulló el sargento. "Los otros se van a cagar de miedo cuando vean todo el material que traemos."

Me aseguré de que la carga de nuestro botín era distribuida equitativamente e iniciamos el regreso a casa en una dispersa formación en columna. Le dije a Abney que ocupara la segunda plaza en la columna y yo me fui al final. Habíamos andado casi cinco kilómetros y quise asegurarme de que no se había rezagado nadie. Cansados por la noche pasada en vela y la descarga de adrenalina del combate, el camino a casa cargados con las armas y el equipo de otros 10 hombres no iba a resultar fácil.

Mientras nos alejábamos del ensangrentado sendero miré hacia atrás por encima del hombro para observar los cuerpos sin vida que dejábamos allí. Ahora estaban tendidos en la hierba húmeda uno al lado del otro como 10 sacos de fertilizante. Un rayo de sol atravesó la fina niebla e iluminó la escena de la muerte. Hombres que antes vivían, ahora estaban muertos. Un poco antes, ellos estaban vivos, sentían el amanecer, veían la luz de la puesta de sol. Ellos habían amado y habían sido amados. Ahora estaban muertos. En esta tosca disculpa para su campo de Flandes ellos presentaban sus almas a Dios y sus cuerpos a los buitres. Me marché en silencio. Después, durante varios minutos, y no era la primera vez que me ocurría, me pregunté qué hacía en este extraño lugar. Me interrogué a mí mismo qué era lo que encontraba tan valioso que deseaba arriesgar mi vida por ello y que me inducía a matar por ello.

ARRIBA: *Un helicóptero Huey llega con suministros a una base lejana de las Fuerzas Especiales.* DERECHA: *Fuerzas Especiales en Fort Bragg, Carolina del Norte, entrenándose para operaciones antiguerrilla en Vietnam.*



Capítulo 1

GATILLO FACIL

CAPÍTULO 1 GATILLO FÁCIL

El calor del asfalto subió y me golpeó. El cómodo y fresco 707 de las Líneas Aéreas Braniff quedaba unos metros a mi espalda, pero no era posible volver atrás. Había llegado a Vietnam. Era el mes de abril de 1969.

Yo era un teniente de Infantería recién salido de la Escuela de Operaciones Especiales de Fort Bragg, Carolina del Norte. Había sido entrenado en operaciones contra guerrilleros e insurgentes, así como en operaciones de ayuda militar a gobiernos extranjeros. Me habían dado cursos sobre la historia, las costumbres y la lengua de Vietnam. Estaba informado y preparado. Me veía como dos metros de soldado norteamericano listo

Mi destino era algún pueblo vietnamita donde tenía que tratar de ayudar a la gente con proyectos de desarrollo rural y con la defensa de sus pueblos contra los comunistas Sabía que no iba a ser una fiesta. pero me sentía preparado para mi trabajo, y tenía mucha ilusión por la oportunidad que se me brindaba de ayudar al pueblo vietnamita. Resultó, supongo, que yo era dos metros de soldado norteamericano ingenuo

★ ★ ★

El helicóptero Huey se levantó del pequeño campo de aterrizaje entre una nube de polvo y arenisca. Cerré los ojos y me incliné en el sentido de la estela. Con una mano agarraba mi M16 y una banda de cartuchos, con la otra mi petate.

Cuando la nube de polvo se había desvanecido, abrí los ojos y eché un vistazo a mi alrededor. Detrás había un pueblo vietnamita, delante los muros de barro de una fortaleza; se me acercaba a zancadas un norteamericano alto y delgado vestido de uniforme de camuflaje vietnamita y tocado de una gorra azul vietnamita.

"Bien venido a Tram Chim, mi teniente —dijo—. Soy el sargento Anderson." Extendió la mano en vez de saludar.

"Gracias, sargento, soy el teniente Donovan. Me gustaría poder decir que estoy contento de estar aquí." Nos estrechamos las manos, riéndonos de mi pobre chiste.

El pueblo de Tram Chim también estaba muy alejado. Las unidades de combate norteamericanas más cercanas se encontraban por lo menos a 100 millas de distancia.

El sargento Anderson me llevó a una cabaña en el centro del recinto. Era una estructura híbrida de madera contrachapada, paja de palmera y hojalata oxidada. Una antena de radio que se elevaba en un ángulo era la única señal visible del siglo XX Mientras nos acercábamos a la cabaña, otro norteamericano salió a la puerta y se apoyó en el marco. Vestía sandalias de goma y pantalones de faena, pero sin camisa. Más que delgado, estaba demacrado. Me miraba, entrecerrando los ojos contra la brillante luz del sol tropical, y comprendí que me estaba evaluando de forma instantánea. "Capitán Jackson —dijo el sargento Anderson—, éste es el teniente Donovan. El helicóptero acaba de traerlo."

El capitán Jackson, mi nuevo comandante en jefe, no se molestó en salir. Esperó a que yo llegara antes de extender la mano.

"Bien venido al Distrito de Dong Tien y al Equipo 32, teniente", dijo desapasionadamente. Volvió la cabeza y llamó hacia dentro de la cabaña: "Eh, equipo. Adivinad lo que acaba de venir con el helicóptero "

"¿Qué?", preguntó una voz indiferente desde dentro.

"Carne fresca", dijo Jackson

★ ★ ★

Vietnam del Sur estaba formado por 42 provincias, en cada una de las cuales se hallaba destinado un gran "Equipo Asesor Provincial" norteamericano. El equipo provincial tenía toda la suerte de asesores militares y civiles adscritos a él, normalmente bajo la dirección de un coronel del Ejército· el Asesor Superior Provincial o ASP. Las provincias estaban formadas por distritos. Cada distrito tenía un Asesor Superior de Distrito (ASD), normalmente un comandante o capitán del Ejército. Los ASD dirigían los más pequeños equipos de distrito, que normalmente vivían en los pueblos o aldeas de los distritos. A cada equipo provincial también estaban adscritos varios Equipos Asesores Móviles, cada uno compuesto por cinco hombres. Estos EAM

TIM PAGE

Los equipos EAM vivían con el pueblo vietnamita y trataban de ayudarlo directamente, tanto en problemas militares como civiles. La misión de los equipos EAM formaba parte del programa de operaciones civiles y apoyo contra la guerrilla vietcong.

Los equipos EAM eran parecidos en muchos aspectos a los "equipos A" de las Fuerzas Especiales, que tuvieron más publicidad, pero sólo tenían la mitad de los hombres y casi nada de dinero ni de equipamiento. Los EAM estaban integrados por dos oficiales de combate (cuya especialidad era Infantería, tropas acorazadas o artillería), formados en la Escuela de Operaciones Especiales, más tres suboficiales con experiencia, respectivamente un especialista en armas ligeras, un especialista en armas pesadas, y un técnico sanitario. Yo estaba en un equipo EAM. Me habían destinado como subjefe de equipo, EAM 32, pueblo de Tram Chim, distrito de Dong Tien, provincia de Kien Phong, República de Vietnam.

El río Mekong, de color de barro, delimitaba el distrito de Dong Tien al oeste. Unos pocos kilómetros al norte estaba la frontera con Camboya; el distrito se extendía hacia el este sobre un conjunto de inmensas llanuras llamado la Llanura de los Juncos. El distrito se hallaba muy lejos de los focos de atención más importantes de Vietnam, y el pueblo de Tram Chim también estaba muy alejado. Las unidades de combate norteamericanas más cercanas se encontraban por lo menos a 100 millas de distancia.

El capitán Jackson se apartó a un lado, y el sargento Anderson y yo arrastramos mi equipaje adentro de la casa. Un tipo de aspecto más viejo, alto y con pelo del color de la arena, vestido sólo de pantalón negro de pijama, se acercó a zancadas y

ABAJO: *Saliendo a efectuar una patrulla, un grupo de las Fuerzas Especiales contempla su improvisado recinto en plena selva, quizá por última vez.*

TIM PAGE

ARRIBA: *Estas lanchas con motor de aviación constituían un medio eficaz para patrullar las vías del delta del Mekong, pero sus tripulantes eran un blanco ideal para el enemigo.*

me estrechó la mano. "Soy el sargento de primera Chambers, mi teniente."

"Mucho gusto, sargento —le dije—. ¿De qué parte de Estados Unidos es usted?"

"Alabama, señor. Y además me falta poco —dijo con una sonrisa—. Dentro de tres meses, ¡me voy a Alabama! y me retiro también. Habré estado 22 años en el Ejército y no pienso hacer más visitas al Asia sudoriental. Es malo para la salud de un viejo, según dicen."

Un hombre negro se acercó y se presentó con un esbozo de sonrisa en los labios y con ojos de bienvenida

"Soy el sargento Watson, mi teniente. Soy el sanitario del equipo. Desgraciadamente, a mí me falta mucho. Bien venido al equipo."

"Gracias, sargento", le dije mientras nos estrechábamos las manos

"Vamos, teniente —dijo el sargento Anderson—. Te enseñaré el resto del recinto."

Caminamos hasta el centro del recinto desecado por el sol. "Bueno, teniente, esto es nuestro hogar", dijo Anderson, señalando los muros que nos rodeaban

Miré alrededor. Estábamos al lado de un gran pozo de mor-

:eros, reforzado con sacos de arena, que parecía necesitar bastantes reparaciones. En frente del pozo había dos chabolas de paja de palmera y a la izquierda otra. Más allá de estos pequeños edificios estaban los muros de la fortaleza, construidos con tierra atestada que con el calor del sol tropical se había vuelto tan dura como el cemento. La fortaleza era de forma triangular, y en cada ángulo había un pequeño puesto de vigilancia cubierto de hojalata. Quería saber quién estaba destinado aquí, además del equipo EAM.

"¿Para qué sirven las cabañas?", pregunté.

"Aquéllas son los cuarteles de las Fuerzas Populares adscritas al recinto —dijo Anderson, señalando las dos cabañas delante de nosotros—. Éstas —señaló con la cabeza la cabaña a la izquierda— es el cuartel general del jefe de distrito."

Eran las dos de la tarde y el sol batía sin piedad sobre la tierra seca y atestada. En el recinto no había sombra, e incluso dentro de los edificios el aire estaba quieto, tranquilo. No había electricidad para poner en marcha un ventilador, ni muchísimo menos aire acondicionado, y supe que simplemente tratar de pensar fríamente sería una actividad importante.

> "Aquí tienes que levantarte cada día y simplemente hacer lo que te parezca mejor. Nunca vuelvas atrás. Pensar demasiado te puede llevar a la muerte."

La fortaleza estaba construida justo a la orilla del canal Dong Tien, la "carretera" más importante que pasaba por el distrito. Los otros dos muros estaban bordeados por un foso lleno de alambre de púas y de estacas. Más allá del foso había otra circunvalación de alambrada plegable. La única manera de atravesar el foso era por un pequeño puente. Cada muro de la fortaleza tenía unas 50 yardas de largo, formando un recinto de medio acre aproximadamente.

Señalé la alta antena de radio. "Para mantenernos en contacto con el cuartel general provincial, ¿funciona bien?"

"Es variable —dijo Anderson—. Por la noche normalmente podemos hablar con el provincial, pero a veces no podemos contactar con nadie, en ninguna parte. Tenemos dos Prick-25, así que mantenemos una conectada a la antena y utilizamos la otra en las operaciones."

Las radios PRC (se pronuncia Prick) -25 eran las pequeñas radios de campo que, llevadas a la espalda, las escuadras y compañías utilizaban para comunicar entre ellas.

Oí al capitán Jackson gritar desde la casa del equipo: "¡Eh, Andy! Tráelo aquí. ¡Quiero informarle yo mismo antes de que lo dejes enredado!"

Cuando entramos, el capitán Jackson ya había desplegado un mapa sobre la mesa. Jackson tocó el mapa con el dedo. "Ya ves que Tram Chim está justo en el centro del distrito de Dong Tien. Todas las aldeas más importantes están situadas a lo largo del canal de Dong Tien, aquí. O la lo largo de este brazo que pasa por delante del recinto."

"¿Hay más norteamericanos por aquí aparte de nosotros?"

"En este distrito, no —dijo Jackson—, pero hay un equipo de distrito en Tan An, a unas 15 o 20 millas. Oficialmente operamos bajo ellos porque Dong Tien ni siquiera tiene equipo de distrito. Este equipo EAM es el primer grupo de norteamericanos que la gente de aquí ha tenido en plan permanente."

"Y los de Tan An, ¿los vemos alguna vez?", pregunté esperanzadamente.

"Muy raramente el ASD de allí se arriesga a subir aquí por carretera, pero ninguno de nosotros ha bajado allí nunca".

"Ah", dije, haciendo un esfuerzo desesperado para no pensar que ese sitio estaba en los confines de la tierra.

"No pienses que estamos totalmente aislados —dijo Jackson, sonriendo. Volvió a señalar el mapa— El canal desemboca en el Mekong aquí en An Long. La Marina tiene un buque, el USS *Benewa*, estacionado río arriba cerca de Hong Ngu. Es un buque-base para lo que los marinos llaman 'la marina del agua parda'. Operan unos barcos de patrulla fluvial por el Mekong. A veces entran en uno de los principales canales como el nuestro si les pedimos ayuda para montar una emboscada, o transportar tropas, o —ahora hablaba con más expresión— a veces incluso nos traen comida decente de la cocina del buque." Con la cabeza señaló con mirada significativa las estanterías depauperadas de la cocina. "Vas a encontrar que no es fácil conseguir comida por las vías del Ejército."

Jackson prosiguió. "Cada barco de patrulla tiene cuatro o cinco hombres a bordo y normalmente vienen en grupos de dos o tres barcos, así que a veces llegamos a ver hasta 10 o 12 norteamericanos al mismo tiempo. ¡Hombre! —dijo con una sonrisa—, si no fuera por la Marina, creerías que estábamos metidos solos en este lío."

"¿Tenemos mucha ayuda del equipo provincial?", pregunté, pensando en el recinto bien cuidado que había visto en Cao Lanh, la capital de provincia. Allí había unos 200 norteamericanos y tenían agua corriente, electricidad, e incluso un club con aire acondicionado.

"¡Vaya broma! —Jackson se rió— Esos tíos están a 30 millas de aquí y cada uno de ellos está sentado en un despacho. Sólo quieren que les lleguen los informes puntualmente. Nos han dejado aquí para hacer nuestra propia pequeña guerra, y esperan que sobrevivamos como podamos. Aquí tienes que levantarte cada día y simplemente hacer lo que te parezca mejor. Nunca vuelvas atrás. Pensar demasiado te puede llevar a la muerte."

"Y los vietcong de aquí, ¿qué?"

"Ah —dijo Jackson—, los valientes hombres y mujeres del Frente Nacional de Liberación." Se calló un momento y frotaba la barbilla como si tratara de pensar qué decir. "Bueno, como tú sabes, los vietcong están bajo la dirección de la llamada Oficina Central para Vietnam del Sur, o la OCVS. Desde allí, los norvietnamitas y el FNL supervisan, y hasta cierto punto dirigen, la actividad local de los vietcong. Los cong tienen una Compañía Móvil de Distrito en este distrito, y parecen tener comunicaciones bastante buenas con las unidades del Ejército norvietnamita ahí en Camboya y con OCVS, a lo mejor a través de sus contactos con el ENV."

"Pero su actividad, ¿qué? —pregunté—. ¿Hay muchos ataques, recaudaciones de impuestos, patrullas de reclutamiento?"

"Parece ir por rachas —dijo Jackson—. Tenemos una serie de ataques durante un tiempo, luego se esconden y no los veríamos nunca si no saliéramos a cazarlos."

"¿Por qué?"

"Parece que una de las principales misiones de los vietcong locales es abrir el paso para que el ENV y las unidades más grandes del Vietcong puedan entrar aquí desde Camboya e ir avanzando. Cuando están ocupados con esto, no quieren problemas con nosotros. Cuando su trabajo de policía de tráfico disminuye, vuelven a empezar los ataques."

CAPÍTULO 1 GATILLO FÁCIL

"En Estados Unidos nos dijeron que la calidad de las unidades locales del Vietcong varía mucho. ¿Estos tíos son competentes?"

"Yo creo que los jefes locales son muy hábiles —dijo Jackson con una mueca de mala gana—. Los jefes locales dan la impresión de ser verdaderos creyentes, al menos según nuestros informes de espionaje. Creo que conocen el gran proyecto de Hanoi y que se consideran a sí mismos como comunistas convencidos. Pero los soldados rasos del lugar, no lo sé. Dudo que la mayoría de ellos sepa distinguir entre un comunista y un fascista. Dos de las escuadras locales del Vietcong, por ejemplo, son más parecidas a pandillas de bandidos o malhechores que a bandas de guerrilleros."

El sargento Chambers entró en la cocina.

"Dile tu opinión de los vietcong locales", dijo Jackson.

> "A la población de este distrito el gobierno de Saigón le importa un rábano porque ese gobierno nunca hace nada para ella."

"Bueno —dijo Chambers—, la Compañía Móvil de Distrito es una pandilla de tramposos y sinvergüenzas. Y no les importa un maldito pito lo que hacen. Roban por aquí, disparan por allá, y en general arman un lío donde puedan, pero cuando lo hacen son puñeteramente difíciles de pillar. Se desplazan muy de prisa y ¡te dan una patada al culo si no vas con cuidado! No sé cuánto saben de Ho Chi Minh o de ser comunista, pero sí sé que quieren cambiar el gobierno de Saigón y quieren que los norteamericanos se vayan del país. No les importa matar y sembrar terror para conseguir su objetivo."

Chambers prosiguió con una risita. "¡Mierda! El FNL dice que les gustaría celebrar elecciones si fueran libres y limpias. ¡Ni pensar! Esos tíos del gobierno de Saigón tienen miedo de elecciones limpias y el Vietcong tiene miedo de cualquier tipo de elecciones. Hacen su política con la escopeta, al menos eso es lo único que he visto yo por aquí."

"Tenemos que ocuparnos del ENV también", interpuso Jackson. "Una de nuestras actividades principales debería ser la 'interdicción fronteriza'. Hay dos regimientos del Ejército Nacional Vietnamita justo al otro lado de la frontera de Camboya. Ellos y algunas unidades de la Fuerza Principal vietcong operan desde una zona de asilo ahí. Intentan constantemente ir y venir cruzando la frontera. Si los podemos coger entrando en el país a través de nuestro distrito deberíamos frenarlos como podamos e informar a las grandes unidades situadas más hacia el interior sobre el tráfico enemigo que pueda estar en camino. El modo principal por el que tratamos de frenar el tráfico o forzarlo a salir de nuestro distrito es cazar las unidades locales del Vietcong Cuando estropeamos sus operaciones, hacemos la vida difícil para los tíos al otro lado de la frontera."

"¿Y habéis tenido éxito?"

"Según cómo", dijo Jackson. "Las rutas principales que utiliza el Vietcong y el ENV para atravesar el distrito están aquí, junto al límite del distrito donde la selva es muy espesa, y aquí en el centro del distrito donde pueden ir directamente al interior por el sistema de canales, que es bueno y rápido " Jackson señalaba las rutas en el mapa. Yo le pregunté:

"Así que el equipo ¿a qué se dedica la mayor del tiempo?"

"A partes iguales, me parece. De lo que hacemos, la parte de la ayuda militar consiste en formar a los lugareños en la táctica de unidades pequeñas, operaciones de emboscada y defensa del pueblo Básicamente, simplemente estamos intentando enseñarles defenderse contra el Vietcong. Y en cuanto a asuntos civiles, se trata en su mayor parte simplemente de tratar de hacer entender a los jefes de aldea y a sus compinches ¡qué es una burocracia! Muchos tíos de éstos son prácticamente analfabetos. Es difícil hacer comprender que cumplimentar impresos es una cosa normal en un gobierno moderno. Intentamos transmitirles el mensaje de que si los impresos no se cumplimentan y las solicitudes no se presentan, entonces no vendrán los maestros de escuela, los ambulatorios no recibirán suministros, las carreteras no se repararán, etcétera."

"¿Realmente reciben ayuda si cumplimentan los impresos?", pregunté, recordando que el gobierno central no tenía buena

ARRIBA: *Las Fuerzas Especiales operaban por todo el Sudeste asiático, entrenando y organizando a los indígenas y a las milicias locales, como por ejemplo estos laosianos*

forma en cuanto a satisfacer las necesidades de las áreas rurales.

"Bueno, esto es otro problema. A los jefes de aquí no les interesa demasiado tomarse muchas molestias para pedir ayuda cuando ya saben por experiencia propia que de todas maneras a Saigón no le importan un pito. Te puedo decir esto porque lo he observado mucho, Donovan: a la población de este distrito el gobierno de Saigón le importa un rábano porque ese gobierno nunca hace nada para ella. El Vietcong prospera gracias a las chapuzas de Saigón."

La primera sesión de información debe de haber durado dos horas o más. Hacia el final ya no se me arraigaba nada. Debía de tener los ojos vidriosos, como los estudiantes que se distraen en clase, porque Jackson me dirigió la mirada y paró en seco mientras explicaba cómo conseguíamos a los maestros.

"Me parece que ya no puedes más con esto por ahora", dijo agradablemente.

"Sí, mi capitán —dijo, intentando despejar mi mente—. Creo que me enteraré de todo cuando lleve algún tiempo aquí."

"Tengo una idea —dijo Jackson—. Me visto y cojo el fusil y vamos caminando al pueblo antes de que caiga la noche. Al menos te podré enseñar lo más importante del lugar y verás con qué tipo de gente convivimos."

Cogió la gorra y el M16 y, dirigiéndose hacia la puerta dijo: "Trae tu fusil. La norma es nunca salir del recinto sin el arma. Nunca se sabe lo que pasará ahí fuera."

Las primeras cabañas del pueblo estaban a unas 100 yardas de la fortaleza, y vi que la carretera seguía hasta el pueblo, donde al parecer constituía la calle mayor. Era recta, y hasta los

antes de mi visión en cada lado había casitas de hierba y paja, apiñadas la una contra la otra. Las cabañas al lado derecho de la carretera estaban embutidas entre la carretera y el canal que pasaba por atrás. Muchas de ellas tenían terraza cubierta sobre el agua con un sampán o dos amarrados a los pilotes de madera.

"¿Cuánta gente vive en el pueblo?", pregunté.

"Pues creo que entre 4 000 y 5 000 La mayoría de las aldeas que hay aquí a la orilla del canal tienen menos, pero aquí hay más porque la escuela, la iglesia y la sede del distrito están aquí. Te podría parecer que no es mucha gente para un pueblo pequeño, pero aquí hay grandes problemas de salud pública. Todas estas cabañas están concentradas de esta manera y todo el mundo mea y se caga en el canal. Luego van y se bañan y se limpian los dientes en él. Supongo que esto me preocupa mucho ahora porque nosotros tenemos que hacer lo mismo mientras no consigamos los materiales para montar una cabina de ducha."

Entrando en el pueblo, observaba el mal estado de muchas de las cabañas. En las paredes de algunas de ellas había agujeros, ya que el bálago estaba gastado y sin reparar Las mantas del Ejército parecían ser el material universal de reparación, y algunas casas tenían dos o tres tendidas sobre una pared o el techo. La pobreza se manifestaba de otras formas. Muchos de los niños que jugaban el la calle vestían camisas gastadas y descoloridas, los adultos llevaban el sencillo "pijama" campesino, y de vez en cuando un ciclomotor o pequeña moto representaba el límite del consumo visible.

A pesar de su pobreza, los lugareños me impresionaron. Eran una gente atractiva, los niños era majos, y muchas de las jóvenes eran bellezas orientales. Todos parecían muy cordiales también. Cuando bajábamos por la calle, todos. hombres. mujeres y niños, nos miraban y sonreían. Muchos hablaron cortésmente con el capitán Jackson, y los niños corrían a nuestro lado. mirándome con curiosidad. Supuse que fue porque era el nuevo norteamericano. así que sonreía y trataba de dar una buena impresión.

"Te podría parecer increíble cómo se las arreglan sin las comodidades que damos por sentadas en Estados Unidos —dijo Jackson—. No hay agua corriente. No hay electricidad Coches tampoco. No hay servicios sociales, y muy poca asistencia médica y enseñanza. ¡Caray!. la mayoría de ellos no ha ido nunca a más de 50 millas de casa. ¡Algunos ni siquiera han salido nunca del territorio! En general tienen pocos intereses en común con la gente de Saigón o de Hué, y los burócratas de estos sitios todavía están buscando la manera de tratar a la gente de aquí No sé cómo acabará todo esto."

Miré con asombro a una cerda que entraba en una de las cabañas, cuyo suelo estaba cubierto de tierra, como si fuera el ama. Jackson se rió de mi preocupación. "Las aspiradoras de la naturaleza —dijo—. Te limpian la casa."

"Sí —contesté—, pero ¿quién limpia detrás de ellos?"

"Esto es otro problema, pero aquí al final puedes comerte al conserje. ¡Algo es algo!"

Al llegar al centro del pueblo, Jackson me enseñó el mercado. "Esto es lo único importante que jamás ha hecho el gobierno aquí. que yo sepa." Señaló una gran estructura al aire libre Basicamente era una planta rectangular de cemento, con tejado de hojalata apoyado en sencillas columnas de cemento. Debía tener unas 75 yardas de largo y 25 de ancho, y estaba llena de gente vendiendo comestibles y todo tipo de mercancías. Al recorrer los tenderetes la gente nos saludaba y hablaba amablemente. Había zapatos y zapatillas, sencillos trajes de camisa y pantalón, verduras, pollos y patos vivos, pescado fresco. gambas, serpientes y tortugas.

En uno de los tenderetes un hombre vendía enormes ratas grises. A mí me parecían ratas de ribera, y al parecer eran recién cazadas y matadas.

"No me diga —dije—; las ratas son el manjar exquisito del lugar, ¿verdad?"

"No, son el alimento básico. Se multiplican rápidamente ahí en los arrozales, así que los hombres las cazan. Son una fuente muy común de carne aquí. Es como los campesinos de Estados Unidos, que comen las ardillas y los conejos que cazan."

"No puedo esperar", le dije irónicamente.

En cuanto oscureció, el aire empezó a rebosar de mosquitos, mariposas nocturnas y al menos una docena de otras clases de insectos. Lo peor fueron los mosquitos.

"Pues no tendrás que esperar —dijo Jackson— Me parece que esta noche el sargento Watson prepara la cena. Me ha dicho que lo que toca son judías verdes reglamentarias y ratas. Con esto y un poco de agua clorada probarás lo mejor de nuestra gastronomía."

Jackson realmente era un manantial de información grata. Decidí dejar de preguntar cosas.

Estaba a punto de caer la noche cuando volvimos a la casa del equipo y, en efecto, Watson estaba preparando la cena. Jackson había tenido razón. eran ratas y judías verdes. Las ratas, cortadas en trozos pequeños al estilo oriental, habían sido guisadas con aceite y una salsa sabrosa. Tomé el primer bocado con cautela, pero ¡de hecho era bueno! Al final de la cena no quedaba trozo alguno de rata

Poco tiempo después del anochecer todos menos Anderson se metieron en la litera. El sargento Chambers me lanzó una lata vaporizadora de insecticida. "Baja el mosquitero y rocía el interior con esto. Matará todo lo que quede atrapado dentro. Luego ten cuidado cuando pases debajo para meterte en la litera Tarde o tempramo aprenderás a entrar y salir sin dejar pasar algún bicho "

Le di las gracias por el consejo. Me había rociado ya con ahuyentabichos, pero no hacía mucho efecto. En cuanto oscureció, el aire empezó a llenarse de mosquitos, mariposas nocturnas y al menos una docena de otras clases de insectos molestos. Lo peor fueron los mosquitos. Las sabandijas pululaban alrededor de las lámparas, y si estabas sentado junto a éstas se te metían en el pelo, dentro de la camisa, incluso en la boca Lo peor fueron los mosquitos. Llegué a contar 24 comiendo de mis brazos, a pesar de la gruesa capa de ahuyentabichos que acababa de aplicar. Dar golpes no proporcionaba alivio; por cada uno que se marchaba. dos más venían al ataque.

Me deslicé con cuidado por debajo del mosquitero y me acosté en la litera. "Aquí nos acostamos pronto y nos levantamos pronto —dijo el sargento Chambers desde el otro lado del cuar-

IZQUIERDA: *Transporte de niños a un centro de asistencia médica: sólo un aspecto del programa "Corazones y Mentes", cuyo objetivo era combatir la propaganda de los comunistas.*

to—. Tampoco hay mucha diversión, así que tienes que dormir cuando puedas."

"Eso es —dijo Jackson desde la litera de encima—. Dormir cuando uno pueda. Muy pocas noches estamos todos aquí al mismo tiempo."

Había tenido un día largo, así que a pesar de la incomodidad empecé a dormirme. De repente crujió la litera de encima y el capitán Jackson asomó la cabeza por el borde. Susurró: "Las ratas trabajan de noche y se ponen muy atrevidas. Si una pasa por encima del pecho, no te muevas. Muerden de mala manera."

"¿Ratas? —protesté—. No pueden pasar por el mosquitero."

"Ya verás —susurró Jackson—. Lo van royendo."

Me parece que no dormí ni una sola hora en toda la noche.

★ ★ ★

Llevaba dos días en Tram Chim cuando el capitán Jackson, o "capitán Jack" como todos lo llamaban, dijo: "Tienes tu primera operación mañana."

Se me revolvió el estómago. Mi primera operación con el equipo.

"Sacarás la sección FP (exploradores) de Tram Chim para efectuar una misión de búsqueda y destrucción. No te preocupes, es la parte más sencilla de una operación de tres partes. —Señaló el mapa—. El sargento Anderson y yo saldremos con la compañía de las fuerzas regionales y pasaremos del este al oeste. Tu escuadra básicamente adoptará una posición de bloqueo por si encontramos algo."

Intenté parecer positivo. "Sí, mi capitán. Tengo que empezar alguna vez; supongo que éste es un buen momento. ¿Quién vendrá conmigo?"

"¿Del equipo? —preguntó Jackson sin levantar la mirada—. Nadie. La tuya es la parte más corta de la operación, así que creo que puedes llevarla a cabo solo."

"Esta es mi primera operación aquí —dije nerviosamente—. No conozco a estas tropas y ellas no me conocen a mí. Creo que alguien debería acompañarme por si tenemos algún problema." Estaba bastante agitado por la perspectiva de salir solo, especialmente en mi primera operación. Siempre se me había dicho que era norma establecida y buen sentido común siempre enviar a dos hombres juntos. De aquella manera, siempre tenías apoyo si las cosas se pusieran difíciles. Esto no me gustaba en absoluto. "No hay nadie de sobra, Dave", dijo Jackson como si estuviera explicando las matemáticas elementales a una clase de principiantes.

Asentí tristemente y dije: "Sí, mi capitán." Salí del cuarto, preocupado no tan sólo por mí sino por el capitán Jackson. Si

ABAJO. *El interrogatorio a menudo se convirtió en brutalidad gratuita. Este supuesto vietcong ha sido víctima de malos tratos por parte del ARVN; su destino final puede ser más horrendo aún.*

esto fuera un ejemplo de sus tomas de decisiones, me pregunté cómo tomaba otras y si me parecerían tan malas.

Más tarde el sargento Chambers y yo estábamos sentados sobre el muro de la fortaleza. Chambers se mondaba los dientes con un palito mientras hablaba. "Parece que te toca salir solo mañana."

"Sí, parece que sí", contesté.

"No es la primera vez El capitán quiere una medalla y a veces acelera mucho Le falta poco tiempo aquí y cree que necesita una Estrella de Bronce como mínimo. Quiere hacer la carrera militar, sabes "

"No veo qué tiene que ver con obtener una medalla esto de enviarme solo", dije con voz apagada.

"No deberíamos emplear estas tropas como él hace a veces. Junta muchas secciones exploradoras (FP) y la compañía regional (FR) en una operación de batallón con todos nosotros esparcidos por ahí solos. Las secciones exploradoras y regionales no están entrenadas para esto. El capitán Jack debería coordinar grandes operaciones provinciales para que podamos contar con la ayuda de una unidad del Ejército vietnamita (ERVN) o dos; no quiere hacerlo porque siempre espera sorprender a los vietcong locales desprevenidos y acabar con ellos. Si esto ocurre, quiere toda la gloria para él. Al menos esto es lo que pensamos nosotros."

"No debe ser para tanto, sargento —dije con una sonrisa forzada—. A mí me parece bastante normal. El debe pensar que la operación de mañana será una sesión de práctica y que no me necesitará para nada más que para caminar." Lo dejamos así Me preocupaba, no obstante, que los hombres parecieran tener tan mala opinión de Jackson.

De repente atacaron. Hubo una intensa barrera de fuego y dos o tres ruidosas explosiones.

Sabía que para las grandes operaciones ofensivas, las FR y las FP tenían un valor limitado. Las FR y FP, o fuerzas regionales y fuerzas populares, eran los dos tipos de milicias locales con que trabajábamos. Las FR estaban organizadas en compañías y se empleaban por todo el distrito, mientras las FP estaban organizadas en secciones y normalmente sólo deberían emplearse en la zona de su pueblo. Me preguntaba si era verdad que Jackson se pasaba de listo con estas tropas mal equipadas. Mis compañeros de equipo eran suboficiales superiores y yo nunca había fallado haciendo caso a suboficiales experimentados. Estos tíos decían que nuestro capitán estaba a punto de convertirse en un "gatillo fácil" Esto me ponía muy nervioso.

★ ★ ★

Llevábamos dos horas en posición. Mi escuadra FP estaba distribuida a lo largo de una línea de árboles frente a un gran prado abierto. Al acercarse el mediodía, el aburrimiento y el hambre empezaron a mermar mi concentración. Estaba adormecido. Estuve a punto de ponerme de pie para no quedarme dormido cuando oí el fuego intermitente de un arma automática ahí en frente, seguramente a no más de 100 yardas de distancia. Agarré mi M16 y me quedé en el suelo.

De repente atacaron. Hubo una intensa barrera de fuego y dos o tres ruidosas explosiones, todo en unos 15 segundos. El fuego de las armas automáticas parecía constante y por todos lados.

De repente un hombre que llevaba un casco del EVN (Ejército norvietnamita) se dirigió corriendo por los matorrales hacia mí. Disparaba con un AK-47 con una sola mano, desde la cintura. En la otra mano tenía una granada. Disparaba muy por encima de mi cabeza, pero logró lanzar la granada y desaparecer detrás de los tupidos matorrales. La granada cayó a menos de 3 pies de mí, con un ligero golpe, y venía rodando hacia mí. De repente todo fue silencio menos el silbido de la mecha de la granada Sin parar para considerar lo que hacía, cogí la granada y la tiré hacia el sitio donde el soldado enemigo había desaparecido. Al cabo de unos dos segundos, la explosión cercana llenó el bosque de metralla. En cuanto levanté la mirada el hombre del casco de médula volvió a salir corriendo de los matorrales. Disparaba en cortas ráfagas, y a mi alrededor el suelo saltaba con los impactos de las balas. No podía moverme porque tenía miedo de tropezar con alguna bala que de otra manera no me hubiera tocado El soldado venía hacia mí a toda velocidad La bayoneta salía del cañón de su arma.

Dentro de mí, me decía a gritos "De prisa, de prisa", pero me parecía que todo ocurría a cámara lenta. Finalmente levanté el fusil y apreté el gatillo. Le alcancé con la primera ráfaga cuando estaba a menos de 10 pies de distancia. El hombre dio vueltas como una peonza, y el AK-47 voló por los aires. Cayó al suelo

boca arriba y dio un bote como si hubiera caído en un colchón. No volvió a moverse.

El fuego continuaba a mi alrededor, pero éste era el único hombre que había visto Ni siquiera sabía dónde estaban mis hombres. Estaba completamente desorientado. Me levanté y empecé a avanzar por los matorrales. Unas pocas yardas por delante, varias armas automáticas cruzaban fuego. En aquel momento, no sabía si pertenecían a mis hombres o a los vietcong, así que con cuidado me acerqué a rastras. Con sorpresa salí a la orilla del canal. Había pensado que el canal estaba detrás mío, y me di cuenta de que realmente estaba totalmente desorientado. Por eso estuve doblemente contento de ver a un pequeño grupo de milicianos detrás de un gran talud de tierra a unas 10 yardas delante mío. Estaban disparando por encima del talud y no parecían demasiado preocupados por el fuego de réplica que se oía. Corrí hacia ellos y me tumbé a su lado justo en el momento en que una nueva ráfaga levantó la tierra delante del talud, pasando las balas por encima con un gemido. El fuego puede que a ellos no les preocupara, pero ¡a mí sí!

Teníamos a dos heridos capaces de caminar. Atamos a nuestros muertos a unos palos y los llevamos como si fueran lomos de cerdo.

Los cuatro hombres me miraron un momento; luego sonrieron y señalaron por encima del talud. Había una zona abierta por delante y en medio de ella, a unas 50 yardas de distancia, un hoyo hecho por una bomba. Adentro había gente No podía saber cuántos había, pero de repente dos se levantaron y empezaron a disparar contra nosotros con cortas ráfagas Ciertamente los teníamos atrapados, pero me preguntaba dónde estaba el resto de mi sección Me preguntaba dónde estaban Jackson y Anderson y dónde estaba el radiotelegrafista de la sección. Me preguntaba si alguien de los que estaban conmigo sabía qué ocurría. Yo sí que no lo sabía.

"Esos hombres no pueden escaparse —dije—. Llamadlos a ver si quieren rendirse " Uno de los hombres asintió y llamó a los del hoyo diciéndoles que salieran, que no los mataríamos. La respuesta fue una ráfaga de fuego. El miliciano volvió a mi lado, sonrió y se encogió de hombros. Pasó el dedo por el cuello como si lo cortara, y yo asentí inclinando la cabeza.

Oí la tos familiar del lanzador de granadas. Con un fuerte sonido y en medio de una erupción de humo y de barro, la granada fue a parar justo en el centro del grupo de soldados enemigos. Todos los hombres que estaban conmigo vieron lo mismo, así que casi de inmediato se levantaron y atacaron. Llegaron al hoyo sin que se produjera ráfaga alguna de respuesta. Yo acudí detrás y me junté con ellos al borde del hoyo, que era poco profundo. Adentro había tres hombres. Uno tenía un enorme orificio en un costado, y los otros dos estaban salpicados de los diminutos agujeros producidos por el hilo dentado del interior de la granada. Al fondo se mezclaban la sangre y el barro.

Cuando salieron todos al bosque, parecía que sólo estaba media escuadra Seguía sin radio, seguía sin saber dónde diablos estaba Anderson ni qué hacía la otra mitad de la escuadra. Decidí salir de ahí mientras podíamos.

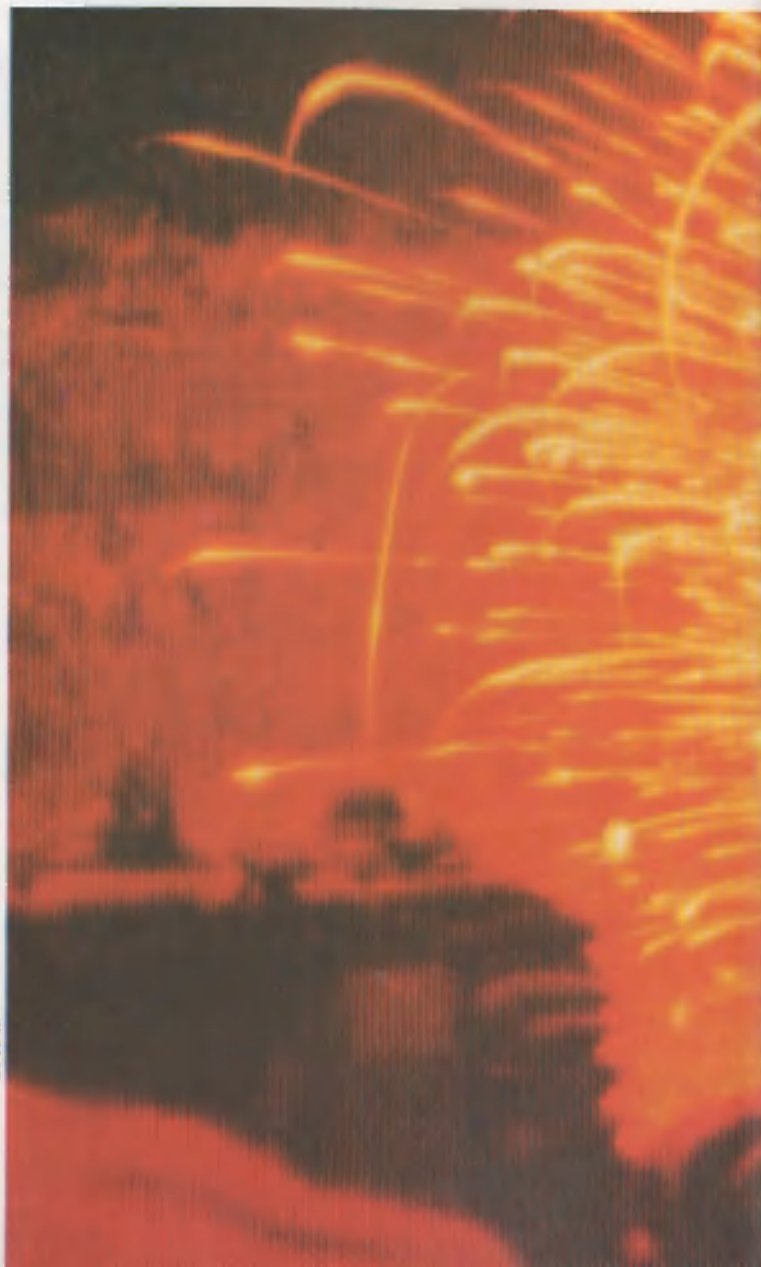
En el bosque detrás nuestro encontramos a tres hombres nuestros muertos. Había seis muertos vietcong, los tres del hoyo y tres más esparcidos por el bosque. Teníamos a dos heridos capaces de caminar. Atamos a nuestros muertos a unos palos y los llevamos como si fueran lomos de cerdo.

Caminamos de vuelta hacia el pueblo, y cuanto más pensaba en esa estúpida operación, más me enfadaba con Jackson. ¡Mierda! ¡Podría haber sido herido! Sin nadie que me ayudara Sin radio. Sin helicóptero de evacuación. Si hubiera ocurrido esto, ¿dónde estaría yo ahora? ¡Muerto, eso es! Todo porque Jackson quería montar su gran operación. Juré que de ninguna manera volvería a consentir una chapuza de este tipo.

Llegamos tambaleándonos al pueblo avanzada la tarde. En el límite del pueblo los hombres depositaron los tres cadáveres en la carretera, boca arriba y con las manos a los costados. Pronto los familiares y amigos se congregaban alrededor, entre gemidos y sollozos No tenía ni la más mínima idea de qué hacer y estaba realmente harto por haber sido dejado solo para arreglar el lío, así que me dirigí hacia el recinto.

Jackson y el sargento Anderson ya habían vuelto El capitán estaba en la cocina y yo entré y dije fríamente: "Me parece que

ABAJO *Un proyectil Beehive disparado por un carro estalla prematuramente dentro del perímetro del campamento, desmenuzando a cualquiera que esté cerca con miles de letales dardos de acero.*



hoy la hemos jodido." Jackson alzó la mirada, frunciendo las cejas con irritación. Proseguí: "Mi escuadra ha sido atacada. Tenemos tres muertos y dos heridos. Usted dijo que no habría ningún problema." Hice una pausa, esperando que dijera algo. No dijo nada, y continué: "Me envió solo y dijo que no habría problemas. Pues este rollo ya no lo trago, ¡que quede claro!" Le miré con ira un instante, pensando que hablaría. Sólo me miraba.

Exhalé por los labios fruncidos y dije: "Si quiere el resto de mi informe sobre la acción, se lo daré después de asearme." Di la vuelta y salí airosamente.

Jackson nunca pidió el informe. De hecho, nunca volvimos a mencionar la operación, punto. Aprendí a tratar al jefe de equipo con circunspección. Si fuera un "gatillo fácil" tal como Chambers había insinuado, yo quería procurar no estar en su punto de mira.

★ ★ ★

A medida que pasaban las semanas escuché cada vez más quejas sobre el capitán Jack. Todos los suboficiales eran soldados experimentados, por lo que cuando acudían a mí era difícil quitármelos de encima como si fueran un grupo de soldados rasos quejándose de la orden del día. Estos hombres tenían motivos legítimos para quejarse. Jackson no era un administrador capaz, sencillamente porque no hacía mucho esfuerzo, y debido a su pobre juicio no era un buen jefe de combate.

Que los miembros de un equipo pudieran controlar a su jefe era casi imposible. Si yo o alguno de los sargentos dieran parte, sería su palabra contra la nuestra. Ya que yo era nuevo, y además oficial subalterno, me sentía impotente. Consideraba que presentar un parte no serviría para nada, por lo que hacía bastantes esfuerzos para tener el equipo tranquilo hasta que Jackson acabara su período de servicio allí. Tarea que no era fácil.

El capitán Jack empezó a organizar emboscadas de tres hombres por la noche: tres norteamericanos, ningún vietnamita. Consideraba que si operábamos sin lugareños habría más posibilidad de contactar con el enemigo. Podíamos movernos con menos ruido y operar con más flexibilidad. Básicamente quería que abandonáramos nuestra misión de entrenar a las unidades locales en precisamente el tipo de operaciones que llevábamos a cabo solos. La situación no gustaba a nadie, si bien nuestras emboscadas y operaciones nocturnas tenían mucho éxito. Dimos con varios convoys de suministros, pequeñas unidades de vietcong del distrito local, e incluso la unidad de armas pesadas de la fuerza principal del Vietcong. Esta última fue precisamente el tipo de grupo que una emboscada de tres hombres no debería abordar, pero a Jackson le encantaba. Si todo el batallón del Vietcong hubiera entrado en la zona que controlába-

mos, nos habría ordenado disparar. Buscaba desesperadamente su medalla; nosotros buscábamos desesperadamente sobrevivir a su búsqueda.

El capitán Jack miró con malevolencia a los dos presos. Dijo algo respecto a que quería información sobre ellos.

La situación empezó a ser cada vez más tensa. El capitán nos mandaba hacer patrullas cada día y emboscadas cada noche. Rara vez pudimos dormir toda la noche; tuvimos que hacer pequeñas siestas cuando podíamos. Debido al cansancio y a la presión incesante, estábamos cada vez más crispados y malhumorados. El sargento Anderson empezó a recurrir a la cerveza del pueblo y al aguardiente que había comprado en el PX (economato militar) con su volante de raciones. Desde hacía semanas era buen hombre y soldado de confianza. pero en cosa de pocas semanas se convirtió en un verdadero problema. Anderson no salía nunca para volver completamente ebrio, pero cada tarde se emborrachaba algo, suficiente para que se le notara en el habla, en el ademán y, lo más peligroso, en el tiempo de reacción. Al final, ya nadie se fiaba de él para las operaciones de combate. El problema de Anderson se agravaba cada vez más, y una noche selló su destino al tener una discusión con Jackson. El sargento estaba a punto de atacar al capitán antes de que Chambers y yo pudiéramos separarlos. La mañana siguiente Anderson fue enviado a la capital de provincia a bordo del helicóptero de abastecimiento y correo. Finalmente fue procesado en consejo de guerra, acusado de rebeldía y coducta "que perjudicaba el buen orden y la disciplina en el Ejército de Estados Unidos". Había sido un buen veterano con 15 años de servicio, pero la situación y la presión ejercida por el capitán Jack acabaron por romperlo.

El desgaste nos afectaba a todos, incluso a Jackson. Me parece que debido al agotamiento y la frustración de nuestro trabajo y a su habitual deficiente juicio, el capitán, en vez de ser oficial ineficiente, llegó a ser desastroso.

El último acto empezó con una de aquellas emboscadas nocturnas. El capitán Jack, el sargento Chambers y el sargento Johnny Robertson, el sustituto de Anderson, habían llevado a cabo con éxito la emboscada de una escuadrilla de guerrilleros vietcong, matando a cinco de ellos y capturando un barco, algunos documentos y dos de los supervivientes. El sargento Watson y yo nos habíamos quedado en el recinto Llevábamos toda la noche de guardia controlando la radio y estábamos agotados.

A primera hora de la mañana Jackson, Robertson y Chambers entraron en el recinto con una patrulla y sus presos. Todos nos relajamos y nos tumbamos en las sillas, medio atontados. El capitán Jack se quedó allí sentado, mirando con malevolencia a los dos presos. Dijo algo respecto a que quería información de ellos.

Los vietcong eran unos jóvenes hoscos. Tenían los brazos atados a la espalda, y un trozo de cuerda los unía por el cuello. El capitán Jack empezó a interrogarlos con las preguntas habituales acerca de su unidad, sus escondrijos y sus depósitos de armas. Dieron las respuestas habituales: que sólo eran pescadores que inocentemente hacían lo suyo cuando estalló una emboscada a su alrededor. Los documentos que llevaban encima contradecían claramente estas declaraciones, pero los vietcong no tenían intención de confersar nada. Pues ya está, me dije para mí mismo, Jack tendrá que dejar que los hombres de inteligencia de la retaguardia los interroguen.

Jackson me pidió su M16. Se lo dí, pensando que lo iba a limpiar. Me tumbé en la silla. Recuerdo que el capitán Jack dijo algo a los presos, pero ya no le hacía caso.

¡Bah! Una repentina explosión me hizo saltar de la silla Jackson, maldito sea, había disparado hacia los presos. "¡Dios mío!" pensé, echando un vistado a los dos hombres. Pensaba que había alcanzado a uno de ellos. Pero ambos guerrilleros permanecían agachados junto a la puerta, mirando a Jackson con cara de miedo.

Al cabo de un instante, me di cuenta que oía un ruido como de agua saliendo a chorros de una tubería. "Qué extraño —pensé—, aquí no hay tubería."

Apenas acababa de pensar esto cuando vi una nube de color gris blanquecino flotando por la puerta y envolviendo a los vietcong. Durante medio instante no acababa de entender lo que veía. Luego cuando comprendí se me heló la sangre y mi torpeza se convirtió en terror ¡Gas propano! Ese imbécil de Jackson había disparado para asustar a los presos. La bala había tocado al suelo y rebotado alcanzando una bombona de propano con la que funcionaba la pequeña nevera. La bombona se había perforado y el gas escapaba en una gran nube. Todos parecían pegados al sitio; nadie se movía.

"¡Gas! —grité, saliendo de mi estado de estupor e incredulidad—. ¡Salid de aquí! ¡Va a explotar!"

Corría hacia la puerta. Robertson se lanzó al mismo tiempo. Alcanzamos la puerta en el mismo momento, pero no tuvimos problemas para salir. El propano finalmente había encontrado una llama y explotó con una onda expansiva que nos hizo salir rodando por la puerta. Fui arrojado por el aire como si me hubiera lanzado la mano de un gigante. Debí de haber dado una vuelta porque recuerdo que al final de mi vuelo estaba cara al cielo. Caí de espaldas y expulsé violentamente el aire de mis pulmones por el golpe. Me quedé tendido un momento, aturdido, y cuando finalmente moví la cabeza, con sorpresa comprobé que todavía seguía bien.

Me levanté tambaleándome. Vi que Robertson también se había levantado y que al parecer estaba ileso. De la casa del mortero ya salían llamas y una gran humareda, pero nos dirigimos a la puerta por la que habíamos salido volando. Cuando llegamos, los dos presos salieron tambaleándose, unidos todavía por la cuerda del cuello y con las manos atadas a la espalda. Estaban ardiendo. Su ropa ardía en rescoldos; por los bordes de los agujeros negros producidos en la tela de algodón jugaban llamas amarillas. Ardía también su pelo, chisporroteando. Los dos hombres cayeron junto a nosotros, moviéndose a tirones y sacudidas tratando de escapar de las llamas que los consumían. La cuerda de nailon que los unía por el cuello se había fundido con la piel. Robertson y yo empezamos a apagar las llamas, dando golpes con las manos. Arrojamos tierra y fango sobre sus cabezas tratando de apagar el fuego. Apagada la última llama, los dejamos en rescoldos en el suelo y volvimos a entrar corriendo en la casa.

El capitán Jackson permanecía de pie en el mismo sitio. Cuando me miró, vi pánico en sus ojos, miedo y confusión en su cara. Fue entonces cuando me acordé de las municiones para el mortero.

La tarde anterior dos barcos de patrulla fluvial de la Marina y otro barco habían parado a la fortaleza para entregarnos municiones para nuestro mortero de 81 mm. Casi 400 proyectiles de mortero se encontraban justo al otro lado de una pared de bálago en llamas. Al lado de la próxima explosión, la primera parecería un pequeño petardo.

Agarré a Jackson por el brazo y grité: "¡Las municiones! ¡Vamos! ¡El fuego las hará explotar! ¡Tenemos que sacar a todos del recinto!" Robertson, Jackson y yo salimos disparados.

Los dos barcos de patrulla habían atracado justo fuera de los muros del recinto. "¡Las municiones van a estallar! —grité a un par de marinos que habían entrado en la fortaleza—. ¡A los barcos! ¡Corriendo, joder, este sitio va a volar!" Miré hacia atrás. Se acercaba el sargento Watson tambaleándose. Había tenido que correr en medio de las llamas para salir de la casa y además le había alcanzado la primera explosión. No tenía camisa y presentaba quemaduras graves de la cintura para arriba. Sus pantalones y botas humeaban pero no ardían. Al menos habían protegido la parte inferior de su cuerpo.

Watson caminó hacia mí con cara de aturdimiento e incomprensión. No parecía sentir dolor, pero al ver su piel chamuscada hice una mueca como si a mí me doliera. Era un hombre negro, mejor dicho, lo había sido. Ahora la piel negra de los brazos y la cara se desprendía, enrollándose como pergamino seco y quemado. La piel descubierta debajo era de un color rosa nauseabundo. Lo que habían sido cabellos tupidos y rizados se había fundido en un sólido casco negro. Lo agarré por el cinturón, por miedo a tocarle la piel, y lo llevé a los barcos. Lo ayudé a subir a la cubierta de proa del barco más cercano y grité al capitán Jack, que estaba en el otro barco: "¿Ha visto a Chambers o a Robertson?"

"Robertson ha salido, lo he visto —gritó Jackson encima del ruido de los motores—. No he visto a Chambers."

Los marinos tardaron sólo un instante en acelerar y zarpar del pequeño desembarcadero. Hice un salto y pasé unos momentos difíciles antes de que uno de los marinos me pudiera ayudar a subir a la cubierta.

Los proyectiles que caían en el canal producían enormes plumas de agua. Estábamos en medio de una lluvia de ellos que apenas erraban.

Nuestro barco todavía iba marcha atrás dando la vuelta para ir aguas arriba cuando la primera explosión de proyectiles voló el recinto con enorme estruendo. Llovía bálago, fango, metal y proyectiles intactos. Los que sí habían explotado habían lanzado a otros que volaban por los aires.

Algunos de los proyectiles iluminantes estallaban en el aire; otros explosionaban al caer al suelo. Los que caían en el canal

IZQUIERDA: *Un boina verde vuelve a su campamento en plena selva, abatido por los vientos. En Vietnam, uno no tan sólo tenía que enfrentarse a una población hostil sino también a un clima inhóspito.*

producían enormes plumas de agua. Estábamos en medio de una lluvia de proyectiles que apenas erraban. Los que explotaban en el aire o al impacto realmente me daban miedo. No tenían que hacer eso; los proyectiles de mortero tienen una clavija de seguridad y un dispositivo que impide la explosión si no han sido disparados por un mortero. Al parecer, debido a la combinación de calor y explosiones en el depósito de municiones, estos proyectiles se habían vuelto tan inestables que estallaban de todos modos. Veíamos algunos que caían y no sabíamos nunca si iban a explosionar o no.

Los dos barcos se alejaron rápidamente de la fortaleza, corriendo para llegar fuera del alcance de los proyectiles. De repente el barco de enfrente desceleró. Me asomé por el borde a ver qué diablos hacían. Quería salir pitando de allí, sin perder tiempo. Dos hombres se asomaban al agua para alcanzar a dos personas. Vi en seguida que eran el sargento Robertson y Cô Ha, nuestra sirvienta. El barco había parado para recogerlos. Cosa que requirió gran valor, ya que los proyectiles explotaban por encima y en ambos lados del canal. Felicitaciones, Marina de Estados Unidos.

Volaban proyectiles dentro del recinto también. Estallaban contra los muros interiores y contra las pequeñas edificaciones. Trozos de hojalata y madera fueron arrojados al aire junto con el humo, las llamas y otros proyectiles. Supuse que el intenso calor los hacía estallar aun después de haber sido lanzados al recinto por explosiones anteriores. El incendio también había afectado a las municiones para los fusiles y ametralladoras, oía el chasquido a medida que se iban disparando como una larga serie de petardos. Por suerte, los muros de la fortaleza contenían las balas. Sino, también habríamos tenido que luchar contra una lluvia de metal.

> Estaban en camino helicópteros sanitarios para recoger a los heridos y vendría un equipo de socorro en cuanto se dispusiera de helicóptero.

Cuando llegamos fuera del alcance de los proyectiles, ambos barcos desceleraron y se acercaron a la orilla del canal. El sargento Watson estaba sentado, mirando fijamente al mamparo. Las víctimas de quemaduras pierden mucha agua debido a la deshidratación, por lo que mezclé agua con sal y se la hice beber, pero parecía tan débil y apático que temía que se muriera antes de obtener ayuda.

Procuré que Watson estuviera lo más cómodo posible antes de subir a la orilla donde estaban los demás. Las explosiones continuaban dentro de la fortaleza. Parecía que ningún edificio quedaba en pie. Las grandes explosiones que habían arrojado la gran lluvia de proyectiles habían acabado, pero los aislados seguían estallando debido al calor.

Creo que Jackson estaba en estado de shock. Miraba fijamente a la fortaleza, sin organizar ayuda para los heridos, sin pedir socorro por la radio, sin actuar como líder en ningún aspecto. Cuando me acerqué, me miró y dijo con voz temblorosa: "Ellos ¿qué me van a hacer?" Estaba claro que "ellos" eran nuestros superiores militares y lo que le iban a hacer era algo como respuesta a ese desastre. Caramba, no estaba preocupado en absoluto por nosotros o por nuestros heridos. ¡Estaba preocupado por su carrera!

Di la vuelta y volví a los barcos. Estaban en camino helicópteros sanitarios para recoger a los heridos y vendría un equipo de socorro en cuanto se dispusiera de helicóptero.

El sargento Chambers era el único no encontrado. Me parecía que había pocas posibilidades de que hubiera escapado ileso. Volví a Jackson y le dije: "Mi capitán, tenemos que volver y buscar al sargento Chambers. Es el único no encontrado."

> Choqué contra el agua como una piedra plana y di un par de vueltas en la superficie antes de sumergirme.

Jackson tenía la cara tensa y preocupada. "No —dijo, dudando—, todavía no. Tenemos que esperar un poco más. Tiene que enfriarse un poco."

Su vacilación me enojó. Le miré directamente a los ojos y le dije: "Mi capitán, pido permiso para volver al recinto para buscar al sargento Chambers. Puede que necesite ayuda si todavía está vivo." Hablé lenta y formalmente. Quería que Jackson comprendiera que alguien iba a hacer algo. Si tenía que ser yo, pues vale.

Jackson me miró con expresión vacía, algo curiosa. Durante un momento pensé que él no sabía de qué estaba hablando. Finalmente se encogió de hombros y volvió la mirada a la fortaleza. "Muy bien —dijo—, puedes ir si logras convencer a alguno de los marinos a arriesgarse y llevarte."

Volví en seguida al barco en que había venido y pedí al oficial superior que me llevara a la fortaleza. Estuvo de acuerdo y tenía autorización para el peligroso recorrido. Nos pusimos en marcha. El oficial tenía permiso para pasar por delante del recinto pero sin parar. Tendría que dejarme y marchar.

Al acercarnos al recinto, el fuego, el humo y las explosiones parecían más amenazadores que desde la orilla. Pedí al piloto que se acercara a la orilla izquierda y que decelerara al pasar por delante del muro del recinto. Justo cuando pasábamos por el desembarcadero me asomé por la popa, esperé un momento y salté. Choqué contra el agua como una piedra plana y di un par de vueltas en la superficie antes de sumergirme. Había calculado bien donde saltar y cuando me levanté tenía el agua hasta la cintura. Volví para señalar al barco que estaba bien, pero éste había acelerado antes de que yo llegara al agua y se había alejado ya por el canal.

> Los trozos de metralla de los proyectiles del mortero de 81 mm a veces eran tan grandes como el puño. Podría acabar lleno de agujeros.

El interior de la fortaleza ya era irreconocible. La casa del equipo había sido arrasada por el fuego y las cenizas arrojadas por todas partes. En el lugar de la casa, sólo había una masa de madera chamuscada y hojalata retorcida. El extremo sur de la casa, donde guardábamos las municiones en el cobertizo, ya no

DERECHA: *Construcción de un puente. La asistencia tecnológica fue una de las pocas ventajas que sacaron los ciudadanos de Vietnam de la presencia norteamericana.*

existía, y un enorme agujero en el suelo marcaba el lugar del depósito de municiones. Dentro había aún algunos proyectiles. De vez en cuando se producía algún estallido que arrojaba tierra, madera quemada y otros escombros al recinto

Los otros edificios no habían sido quemados sino hechos añicos por las explosiones. Me fijé en algunos proyectiles en el suelo, algunos humeantes, todos ennegrecidos. De repente uno de ellos, a mi izquierda, estalló con un gran chasquido. Salté como si hubiera sido alcanzado por una bala. Pensé que el ruido anunciaba la inminente explosión de un proyectil grande y quería buscar alguna protección. Pero sólo fue uno de iluminación. Una densa humareda blanca emergía del casco metálico y se juntaba con todo el humo que subía al cielo.

Sabía que una vez dentro del recinto para buscar a Chambers, tendría que procurar encontrar algún escondite y quedarme allí. Las balas de fusil que todavía estallaban podrían volar en cualquier dirección, y los trozos de metralla de los proyectiles de mortero de 81 mm a veces eran tan grandes como el puño. Podría acabar lleno de agujeros.

Me armé de valor, salté del muro y entré corriendo por la puerta hacia una acequia a la derecha. Atravesé corriendo la zona abierta entre la puerta y la acequia y luego di un gran salto. Salté justo a tiempo porque cuando caí en la acequia llena de fango, explotó un proyectil a mi izquierda. La metralla silbó por el aire y glebas de fango me cayeron encima. Antes, pensaba que tenía miedo, pero no era verdad, ¡ahora sí que lo tenía!

Esperé a ver si las explosiones remitieran lo suficiente para permitir levantarme y acercarme al muro trasero del recinto. Esperaba encontrar a Chambers por allí. Las balas de fusil finalmente dejaron de explotar, salvo algún estallido en las cenizas de la casa. Transcurrieron unos minutos también sin explosiones de proyectiles, por lo que decidí dirigirme al muro trasero. Pasé corriendo por delante de los restos humeantes de la casa, subí el muro y bajé rodando al otro lado. Me levanté, me sacudí y miré a lo largo del muro en ambas direcciones. Quería desesperadamente ver al sargento Chambers; no estaba.

"¡Chambers! —grité— ¡Soy Donovan! ¿Me oyes?"

> Cuando estaba a unas cinco yardas de los restos hubo un fuerte chasquido a mi izquierda. Me caí como una piedra con una mueca de miedo.

Nada. Recorrí el muro a rastras hasta llegar a un punto justo detrás de la casa. Miré por encima del muro al recinto. buscando en la alta hierba, rezando para ver a Chambers. Nada

"Maldita sea —pensé—. Ahora ¿qué?" Decidí intentar mirar más de cerca entre las cenizas de la casa, así que volví a atravesar el muro y entré en el recinto Tenía la atención centrada en los restos del edificio. No era más que un montón de cenizas humeantes y yo no podía distinguir nada. Fui caminando lentamente hacia el montón de madera y hojalata ennegrecidas, medio agachado por miedo de más explosiones. Cuando estaba a unas cinco yardas de los restos hubo un fuerte chasquido a mi izquierda. Me caí como una piedra con una mueca de miedo. Resultó ser otro proyectil de iluminación que había estallado después de cocerse algún rato en el fuego y luego ser arrojado fuera por una de las explosiones. Estaba a unos 10 pies a la izquierda y yo ni siquiera me había fijado en él.

Había estado tan concentrado en buscar a Chambers que no me había fijado en los proyectiles esparcidos por la hierba. Al pensar que el de iluminación había estallado cerca de mí y que no lo había visto, se me revolvió el estómago Si hubiera sido un proyectil **HE** (rompedor), yo habría quedado atomizado por la explosión Miré por la hierba a ver si había alguno más Me quedé como una piedra. El maldito sitio ¡era prácticamente una alfombra de proyectiles de mortero! Muchos de ellos todavía emitían vestigios de humo o vapor. Ya que estaban tan calientes, pensé que la más mínima vibración los podría hacer estallar. Un campo entero de las frágiles bombas se extendía entre el muro de la fortaleza y yo. Era milagroso haber avanzado tanto sin pisar o dar una patada a algún proyectil, y ahora tenía que volver a salir

Empecé a dirigirme al muro trasero de la fortaleza, buscando en la hierba los bien preparados explosivos. Un calor pegajoso me envolvía. El sudor se derramaba por la espalda y por los brazos. Traté de respirar sin jadear, pero mi corazón palpitante

CAMERA PRESS

pedía cada vez más oxígeno. Tenía miedo de que cualquier movimiento fuerte me hiciera perder el equilibrio y tropezar con algún proyectil que sólo precisaba un toque para explotar. Me escaban los ojos debido al sudor, por lo que veía con dificultad.

Pasé por al lado de los últimos proyectiles y lentamente me arrastré a la parte superior del muro. Una vez allí, miré con más detalle por el recinto. Proyectiles sin explotar estaban esparcidos por todas partes.

Di una vuelta por el recinto, llamando al sargento Chambers, pero no encontré ni rastro de él. Sí que encontré a los dos presos vietcong. Estaban tendidos cerca de la puerta principal. Habían conseguido llegar hasta allí antes de que uno o ambos cayeran. Atados fuertemente por los brazos y por el cuello, cada uno estaba unido irrevocablemente a la suerte del otro. Ambos estaban horriblemente quemados y, felizmente para ellos, muertos. Estaban allí tendidos como trozos hinchados de carne cruda, y las moscas ya se posaban sobre sus labios y ojos.

Estaba pensando que Jackson era culpable de homicidio. No podía aclarar de qué grado, pero los hombres eran sus presos y los había matado. Desde luego no lo había hecho intencionadamente, pero disparar junto a ellos en primer lugar era ilegal. Había estado tratando de forzarlos a darle información mediante la intimidación, lo cual constituye una violación de las reglas de la guerra. Disparar junto a ellos para intimidarlos había resultado ser un error mortal. Jackson había terminado matando a los presos a los que sólo quería asustar. Dos muertes debidas a una acción imprudente e ilegal: me pareció que se trataba como mínimo de un homicidio premeditado, si no algo peor.

Estaba a punto de seguir en busca del sargento Chambers cuando oí el zumbido de los motores de los barcos patrulleros, así que fui al muro para verlos atracar.

ABAJO: *La fama de malos soldados del ARVN fue reforzada más aún por el hecho de que la baja moral a veces los llevaba a desertar y a sumarse al Vietcong.*

TERRY BREWER

ARRIBA: *Tertulia con los lugareños, pero ¿cuántos de ellos son simpatizantes del Vietcong y están más que dispuestos a cobrar la recompensa por norteamericano muerto?*

Los barcos atracaron cerca del pueblo. Miré a Jackson y a Robertson caminando hacia el recinto. Ambos pararon fuera del muro mientras yo los miraba. Jackson parecía aprensivo, y me imaginaba que sus ojos estuvieran negros de culpabilidad.

"¿Chambers está en el pueblo?", pregunté.

"No —dijo Jackson, moviendo la cabeza—, no está allí. ¿No lo has visto por aquí?"

Lentamente dejé caer la cabeza hasta las rodillas, lleno de asco y de rabia. Tardé largo rato en exhalar. Traté de controlar las emociones que sentía al reconocer que a lo mejor habíamos perdido a Chambers también. "No —dije, moviendo la cabeza—. No lo he visto. Venga. Vamos todos a buscarlo otra vez."

Por fin las explosiones habían cesado por completo y podíamos acercarnos. Jackson fue a buscar por los muros, y Robertson se puso a excavar entre los escombros de las otras cabañas. Subí por un montón de tierra y restos junto a la destrozada casa y miré hacia abajo el revoltijo de cenizas humeantes y pedazos de metal. De repente me asusté al ver una cabeza chamuscada, y debajo de ella los palos ennegrecidos que habían sido los brazos de un hombre. Los miembros sin dedos se estiraban hacia arriba como si pidieran ayuda. La cabeza estaba situada de tal forma que por un instante pensé que me estaba mirando a mí. Sabía que era Chambers.

"¡Dios mío!", dije asustado y asqueado.

"¿Qué pasa? —preguntó Jackson—. ¿Lo ves?"

"Sí, está allí donde estaba la cocina —dije, señalando a casa con la cabeza—. Le habrá cogido la primera explosión." Dios mío, ¡cuánto esperaba que se hubiera muerto en el acto! Ahora atribuí tres muertes al capitán Jackson, y esta vez se trataba de uno de los nuestros.

Jackson dejó de funcionar por completo. Paseaba tambaleándose por el recinto, mascullando llorosamente. Una y otra vez se acercaba a mí para preguntarme qué pensaba que le pasaría. Cada vez le dije simplemente que se tranquilizara, que yo no sabía qué iba a pasar.

Al cabo de un rato llegaron dos helicópteros del servicio médico para recoger al sargento Watson y a otros dos soldados vietnamitas heridos. Ayudamos a Watson a embarcar lo mejor que pudimos, pero no teníamos nada para taparlo. Respingué al ver cómo entraba arena de la estela turbulenta de la hélice en su pecho horriblemente quemado. Todavía estaba consciente y capaz de funcionar, por lo que me agarré a la esperanza de que sobreviviera.

Al despegar los helicópteros, Watson levantó la mano débilmente. Le contesté con el brazo, cerrando el puño en el aire, tratando con este esfuerzo silencioso de alguna manera de darle fuerzas.

El sargento Robertson y yo volvimos al recinto para esperar la llegada del ASP y del equipo de socorro que venía en un helicóptero Chinook para ayudarnos a sacar todo lo que se pudiera salvar.

Al aparecer por fin el gran helicóptero en el horizonte, el sargento Robertson me preguntó: "¿Qué le decimos al ASP?"

> No pude evitar pensar en la negra y horrenda cosa que había dentro de la bolsa de plástico a mis pies.

Mirando el helicóptero, traté de organizar mis pensamientos. Dije: "No lo sé. A ti, ¿qué te parece?" Todavía estaba confundido acerca de mis sentimientos hacia Jackson. Sabía que era un idiota. Sabía que se había convertido en un incompetente peligroso. Sabía también que era miembro del equipo. Era uno de nosotros, uno de los que sufrían, una de las víctimas. El vínculo que nos unía no se rompía fácilmente.

Robertson no contestó mi pregunta. Finalmente se encogió de hombros y dijo:

"El no tenía intención de volarlo todo."

"Chambers está muerto", dije amargamente.

No hacía falta recordarlo. Miró hacia abajo y escupió. Volvió a mirarme y preguntó de nuevo:

"¿Qué les vas a decir?"

Sabía que Robertson no promovía una acusación. Llevaba demasiado tiempo en el Ejército; en la mente de Robertson, Jackson era uno de nosotros, y estaba dispuesto a tratar todo el asunto como si fuera un accidente. Finalmente dos cosas determinaron la decisión que tomé. En primer lugar, estaba contento de estar vivo y dispuesto a ser generoso. Segundo, el vínculo de fraternidad me impedía entregar a mi propio capitán, después de los peligros y las luchas que habíamos vivido juntos como equipo.

"Vale —dije—. les diremos que ha sido un accidente. El capitán Jack estaba limpiando su fusil y éste se disparó accidentalmente. La bala alcanzó la bombona y tal. No digas nada de que estaba hablando con los presos."

Robertson miró sombríamente el recinto, ennegrecido y todavía humeante: "De acuerdo, ha sido un accidente." Sus hombros se hundieron un poco. "Mierda —dijo en voz alta. Luego, en voz más baja—: Lástima lo de Chambers y Watson. Gracias a Dios que no fuimos tú o yo, ¿a que sí?"

"Sí —contesté resignadamente—, gracias a Dios que no fuimos tú o yo."

> Si lo declaraban culpable de algún delito y lo castigaran, se trataría tan sólo de una vida más arruinada por la guerra.

Informé al ASP. Le expliqué lo que sabía acerca del "accidente". Robertson había ido a buscar al capitán y a decirle que le íbamos a salvar. Cuando vi a Jackson y Robertson acercándose, dejé al coronel y volví al recinto.

Ayudé a dos hombres más con la espantosa tarea de introducir los restos de Chambers en una bolsa de plástico y ponerla a bordo del helicóptero que había venido a recogerlo. El ASP me dijo que acompañara el cadáver al registro de defunciones en Can Tho. Durante todo el viaje no podía evitar pensar en la negra y horrenda cosa que había dentro de la bolsa de plástico a mis pies. Fue un triste deber entregarlo.

Pasé varios días cumplimentando formularios y redactando informes sobre el incidente. Ya había logrado apaciguar los escrúpulos que pudiera tener por no haber dicho la verdad. Reprimí mis dudas pensando que mi primera responsabilidad era el vínculo de fraternidad, que Jackson era uno de nosotros, etcétera.

También me pregunté de qué serviría denunciarlo. Si lo declararan culpable de algún delito y lo castigaran, se trataría tan sólo de una vida más arruinada por la guerra. No cambiaría nada de lo ocurrido; no serviría para resucitar a Chambers; ni para transformar a Jackson de rana en príncipe. Era una guerra sucia, me dije; lo pasado, olvidado.

Mi determinación se debilitó más o menos una semana después cuando recibimos la noticia de que el sargento Watson había muerto a causa de las quemaduras tras llegar al Japón. Ahora podía atribuir a la locura de Jackson cuatro muertes, dos de ellas de norteamericanos. Estaba a punto de ir a ver al coronel y decirle la verdad, pero no lo hice. "Olvídalo", me dije, y lo olvidé.

De todas maneras, Jackson ya tenía problemas con el ASP. Cuando el coronel y sus hombres llegaron al pueblo el día del incidente, Jackson no había estado funcionando como comandante en jefe. Cuando el coronel habló con él, quedó claro que Jack había perdido el control de la situación hacía mucho tiempo. Durante el poco tiempo de servicio que le quedaba en Vietnam, Jackson fue persona non grata. Le dieron algún trabajillo administrativo en el cuartel general provincial, donde aguardar el final de su turno de servicio. Nunca consiguió su medalla.

> Pensé que si él pudiera sobrevivir suficiente tiempo, su entusiasmo se templaría, su juicio mejoraría y yo podría contar con un buen oficial.

Al cabo de tres semanas Robertson y yo fuimos enviados de nuevo a Tram Chim con un equipo completo. A mí me habían nombrado jefe de equipo y encima asesor superior de distrito. El nuevo técnico médico del equipo, el sargento mayor Dennis Fitz, era recién llegado de Estados Unidos. El sargento Charles Abney, nuestro hombre de armas pesadas, vino de otro equipo de distrito, tenía experiencia, por lo que estuve contento de contar con él.

El nuevo subjefe del equipo, el teniente Cantrell, era recién graduado de la Escuela de Cadetes del Ejército. Parecía bastante agradable y pensé que si pudiera sobrevivir suficiente tiempo, su entusiasmo se templaría, su juicio mejoraría y yo podría contar con un buen oficial.

La vuelta a Tram Chim me tuvo ocupado, y entre todas las presiones y problemas que requerían mi atención, el capitán Jackson y el "accidente" fueron relegados a un rincón de la memoria. Más tarde, el incidente se convirtió en una ficha más del fichero mental catalogado "Guerra de Vietnam" y etiquetado "No tocar".

JOHN HILLELSON AGENCY

ARRIBA: *Un veterano con una arma temible, un fusil M16 dotado de lanzagranadas M-79.* DERECHA: *Miembro del ARVN, aliado muy criticado y menospreciado de los norteamericanos.*

Capítulo 2

EL REINO

CAPÍTULO 2 EL REINO

Estábamos en una región tan remota que la gente del lugar no había visto a muchos norteamericanos y mostraba abiertamente su curiosidad acerca de todo lo que hacíamos. Todo. No podíamos ni mear ni cagar sin que la mitad del pueblo saliera a mirar. No había cuartos de baño; el váter local era un simple tronco de bambú extendido sobre un canal o agujero lleno de agua. Tenías que caminar, sin perder el equilibro, hasta el final del tronco y sentarte sobre un pequeño tablero. Esta pequeña plataforma normalmente estaba rodeada por un biombo de bambú, pero a veces no. Si algún lugareño veía a uno de nosotros acercarse cuidadosamente al defecatorio, llamaba a la gente para que viniera a mirar. Esto puede inhibir los procesos corporales.

En una ocasión, después de una fiesta con cerveza en casa del jefe del pueblo, me invitaron a la cabaña de una de las bellezas complacientes del lugar. El jefe y todos sus acompañantes estaban muy animados y creían que sería muy divertido mirar como el tío blanco se tiraba a la princesa Rehusé lo más cortésmente posible; de verdad no fue fácil rehusar un polvo gratis, pero habría tenido que estar más borracho que lo que estaba y ser más perverso de lo que soy para disfrutar actuando en público como un perro amaestrado. También confieso que creía que tenía que mantener algún decoro en calidad de norteamericano jefe de la zona. No estaba nada seguro de que en la lista de derechos y privilegios establecida por el Ejército se incluía tirarme gratis a todas las chicas del pueblo que se me ofrecieran.

> Con sonrisa pícara, lentamente se subió la blusa y empezó a palpar suavemente sus senos.

Siempre habíamos pagado a una de las muchachas del pueblo para venir cada día a la fortaleza e imponer un poco de orden en la casa de nuestro equipo. Se llamaba Ha, o más correctamente Cô Ha: *Cô* es la palabra vietnamita que se traduce aproximadamente por "Señorita". Siempre la llamábamos Cô Ha porque queríamos mantener la formalidad. Yo no quería que los padres del pueblo nos armaran una guerra porque pensaran que los norteamericanos teníamos demasiada intimidad con las doncellas del lugar.

De vez en cuando Cô Ha venía a trabajar acompañada de una amiga. Un día trajo a una chica que no reconocí. La habíamos disuadido y por último prohibido que trajera a amigos de fuera que nosotros no hubiéramos conocido previamente. El Vietcong no tenía inconveniente en utilizar a las jovencitas para entrar en una fortaleza como la nuestra.

Aquel día Cô Ha estaba especialmente alegre, y su amiga también, por lo que yo no estaba dispuesto a reñirla ni a enviar a su amiga fuera. Mencioné lo de la muchacha nueva a los demás y les dije que vigilaran su comportamiento general.

Aquel mismo día, más tarde observé que Cô Ha y su amiga pasaban mucho tiempo conversando vivamente. Durante una sesión especialmente intensa de murmullos y risas, me di cuenta de que la chica nueva animaba a Cô Ha para venir y preguntarme o decirme algo. Finalmente Ha vino y me preguntó si necesitaba otra chica para trabajar en la casa.

"¿Por qué? —le pregunté sorprendido—. ¿Es que te despides?"

"No", me contestó con sonrisa socarrona

Sentí alivio. Ha trabajaba muy bien, y nos caía bien a todos

TIM PAGE

"Bueno, pues, dile a tu amiga que lo siento, pero que aquí no hay trabajo suficiente para dos chicas."

"Pero —dijo Ha con ojos alegres—, ella no quiere hacer lo que hago yo, es que quiere... ser una chica especial "

Por su vacilación me di cuenta de que Ha había estado buscando las palabras adecuadas, pero no logré entender de qué hablaba. Pensé que tal vez yo había malentendido toda la conversación. Una vez más Cô Ha se puso a reír y evidentemente le hacía gracia mi cara de perplejidad. ¡Por fin! Ya había dado en ello. La chica no quería hacer jornada completa, sólo quería hacer los trabajos adicionales a los que Cô Ha posiblemente no llegara. ¡Desde luego!

Sonreí con confianza y le dije:

"Lo siento, dile que tú puedes hacer todo el trabajo que hay aquí sin necesitar ayuda."

Ha se cayó en cuclillas, tapó el rostro con las manos y se sacudió con unas risotadas incontrolables.

"No" —finalmente pudo pronunciar Ha entre risitas—, ella

ARRIBA: *Los Rangers tenían fama de ser durísimos. El Vietcong y el EVN respetaban considerablemente sus capacidades y a menudo evitaban enfrentarse a ellos.*

no quiere hacer el trabajo que hago yo. Quiere ser la chica de la cama para usted y los otros."

Me quedé atónito. El sargento Robertson había estado escuchando y murmuró, casi como una plegaria: "¡Bi-e-e-en!"

"Un momento —dije—. ¿Quieres decirme que esta chica está dispuesa a venir aquí y hacer de chica de la cama para todos los hombres de este equipo todos los días de la semana por 40 dólares al mes?"

El sargento Robertson sonreía tontamente hacia el cielo y asintiendo apasionadamente con la cabeza; creo que era su consabida rutina del "Gracias, Jesús". Cô Ha sonrió y asintió también.

"Mi-e-erda —me dije a mi mismo—, ¡vaya ganga! Y encima ¡es de las guapas!" Dije que no con la cabeza y no sé cómo me armé de valor. "No, de ninguna manera —dije rotundamente— Dile gracias de todas maneras, pero... no disponemos del dinero adicional. "El sargento Robertson se quedó de una pieza; me miró con incredulidad. Cô Ha tampoco parecía estar convencida, así que pensé que sería conveniente buscar otra razón. "Y dile que a pesar de que esta muchacha es realmene hermosa, a nosotros no nos está permitido tener a una chica de cama del pueblo. Nos daría demasiados problemas. No podemos hacerlo, de ninguna manera."

"Không xâu", dijo Ha, dando la vuelta todavía entre risitas. Expresión que aproximadamente se puede traducir por "No pasa nada" o "Vale, no se preocupe". La propuesta fracasada podía haber sido preparar más café.

Por lo que había podido entender, las costumbres sexuales de las aldeas eran muy conservadoras, por eso Cô Ha y su amiga me habían extrañado tanto. Yo nunca estaba totalmente seguro de entender correctamente las actitudes del lugar Si bien se bromeaba mucho sobre el sexo, tanto entre los hombres como

las mujeres, nunca estuve seguro del territorio y nunca sabía cuándo pudiera decir o hacer algo que por algún motivo sutil podría resultar ofensivo.

La mayoría del tiempo las mujeres del lugar cumplían el papel de ellas exigido, de modestia púdica. No obstante, normalmente cuando menos uno lo esperaba, alguna mujer buscaría la ocasión para romper con lo convencional.

Una tarde Robertson y yo habíamos sido invitados a cenar con una de las familias del pueblo Fuimos, cenamos y nos quedamos un rato para charlar con el viejo pescador que era el cabeza de familia. La hija del viejo pescador entró sigilosamente en el cuarto desde la parte trasera y se sentó en una plataforma en el rincón que servía como área de dormir de la familia. Ella estaba detrás de su padre y una partición impedía que éste la viera aunque se girara.

Con sonrisa pícara, lentamente se subió la blusa y empezó a palpar suavemente sus senos, mirando primero hacia mí y luego hacia Robertson. Parecía pensar que era una gran broma estar sentada detrás de su padre y enseñarnos los senos en la tenue y parpadeante luz. Creo que yo estaba boquiabierto, ¡sé que lo estaba Robertson!

Hice un gran esfuerzo para concentrarme en lo que estaba diciendo el anciano. Lo miraba directamente e intentaba no distraerme No quería darle ningún motivo para sospechar y girarse. Yo estaba un poco transtornado, por no decir cosa peor. Si el viejo pescador hubiese visto a su hija comportándose de esta manera delante de sus invitados, se habría puesto apoplético. Si la hubiera visto, a mí no me habría extrañado que hubiera intentado matarla: o incluso matarnos a nosotros si hubiera pensado que podríamos haberla animado.

Con la repentina excusa de que unos asuntos requerían mi atención en la fortaleza, di las gracias al anciano por su hospitalidad y empujé a Robertson hacia la puerta. Mientras nos despedíamos, la mujer del viejo salió del cuarto de atrás, y la hija acudió desde la plataforma, con la blusa bajada pero con una gran sonrisa que parecía decir: "Bueno, ¿eso que tal te ha parecido?" Todos nos acompañaron a la puerta, donde yo murmuré algunas cortesías y arrastré a Robertson rápidamente. Los dos comentábamos en voz baja nuestra incredulidad durante todo el regreso a la fortaleza Yo iba dando vistazos hacia atrás, medio convencido de que el anciano nos estaría persiguiendo con un fusil. Pero la próxima vez que lo vi, se mostró tan amable como siempre. En el pueblo seguíamos viendo a su hija y cada vez nos sonreía, irguiendo la cabeza, como si dijera: "Bueno, ¿eso qué tal te ha parecido?"

★ ★ ★

Yo era un joven oficial idealista, de 23 años; me habían dejado solo, esencialmente, para hacer mi propia pequeña guerra con mi propio equipo de compañeros. Estaba decidido y deseoso de dar lo mejor de mí. Ya que el jefe de distrito, inactivo pero obediente, me había dado rienda suelta, empecé a aceptar una lista cada vez más extensa de deberes y responsabilidades. Las operaciones militares se llevaban a cabo según mis órdenes; los toques de queda se establecían según mis deseos; las aldeas solicitaban, a través de mí, asistencia médica, material escolar, material de construcción, y asesoría de desarrollo agrícola. Incluso yo podría hacer que se ejecutara a casi cualquier persona de mi distrito De múltiples maneras controlaba la vida y muerte de miles de personas.

Los vietnamitas reconocían el poder que yo ostentaba, y después de cierto tiempo empecé a esperar la cortesía casi bordando la adulación con que me trataban. Sin nadie cerca de mí que me pudiera tomar la medida, empecé a aceptar mi estatus elevado, y empecé a utilizar mi poder como si fuera mío por derecho. Tal vez yo era tan sólo un norteamericano soberbio, pero en mis sueños era un luchador por la libertad, era un guerrero por Camelot. Más aun que eso, era un Rey Guerrero.

★ ★ ★

El teniente Cantrell y el sargento Robertson se habían levantado al amanecer para sacar a una patrulla. Fitz, Abney y yo habíamos estado todo el día en casa, dedicándonos a diversas tareas y trabajos administrativos De repente oí un alboroto ahí fuera en el recinto. Alguien gritaba, luego se oyó un disparo. Me puse de pie de un salto. Dos disparos más. Asomé la cabeza por la puerta y eché un vistazo por el recinto. El alboroto se estaba produciendo junto a la puerta del lado del pueblo, pero a juzgar por el aspecto de los hombres en los puestos de vigilancia no parecían estar preocupados por un ataque. El grupo que estaba junto a la puerta empezó a caminar hacia mí.

Por algún motivo lo tomó como insulto y amenaza de pérdida de prestigio. Esto no se lo dejaría escapar tan fácilmente.

El hombre que estaba al frente era el oficial de milicia encargado de la escuadra adscrita a nuestra fortaleza. Estaba verdaderamente furioso por algo. Justo detrás de él venían dos soldados más, arrastrando a un hombre de paisano que iba protestando. Detrás de ellos venía un grupo de cinco o diez hombres más El jefe de la escuadra se paró y llamó a uno de los hombres. Éste avanzó, llevando en brazos un perrito gordo de color amarillo. Con sorpresa, reconocí a Charlie, la mascota de nuestro equipo. El jefe de la escuadra me preguntó si el perro era nuestro.

"Sí —contesté—, ese perro es nuestro."

El jefe dijo gruñendo al preso: "¿Ves? Loco." Lo golpeó en la cabeza con el puño y se volvió hacia mí. "Este hombre ha intentado robar su perro. Estoy seguro de que lo quería para comer. ¡Mírele! No es un muerto de hambre, es sólo un ladrón." El amargado jefe de escuadra gritó la última palabra con enorme rabia y volvió a pegar al hombre en la cabeza. Miró furiosamente al preso, que se encogía de miedo, y se volvió hacia mí. "Merece un severo castigo por esto, y especialmente ¡por haber intentado robar un perro delante de mis narices! ¡Es un insulto! ¿Qué se ha creído?" El jefe de escuadra le dio una patada en la pierna. Veía que el jefe estaba más indignado por el hecho de que el hombre intentara robarnos cuando él estaba de mando que por el robo en sí. Por algún motivo, lo tomó como insulto y amenaza de pérdida de prestigio Esto no se lo dejaría escapar tan fácilmente.

"El hombre es suyo —dijo—. Se lo entrego Haga lo que quiera con él. No hay nada demasiado cruel para un ladrón de perros."

El jefe de escuadra cruzó los brazos y clavó una mirada fija y maléfica al preso.

"Bueno —dije—, "¿y usted qué sugiere?" Yo no tenía ni idea de qué hacer con un ladrón de pacotilla. Yo mismo no estaba

especialmente enfadado, pero sabía que lo que había que hacer ahora era aplacar al jefe de escuadra Él hizo varias propuestas, de las cuales la más suave era la de meter al hombre en la "jaula de tigre" y dejarlo cocer al sol durante un rato, preferentemente varios días.

La jaula de tigre era un espacio cerrado con alambre de púas. Era casi tan largo para permitir a uno estirarse, y justo lo alta para estar de cuclillas. No tenía sombra y resultaba muy incómodo tras una hora o así de encerramiento Estar sentado en la jaula durante unas horas era bastante incómodo; estar allí durante unos días sería una tortura. Ya que las otras propuestas eran peores, incluyendo matar al hombre de un disparo, opté por la jaula. Sería un castigo público para el ladrón y ayudaría al jefe de escuadra a salvar la cara.

Hice un esfuerzo de hablar con voz de asco y dije: "Póngalo en la jaula. Sin agua. Que hable con el sol " Pasé al lado del jefe de escuadra y ambos miramos ferozmente al ladrón, con los brazos cruzados y cara severa. El jefe de escuadra dio instrucciones a sus hombres, y se llevaron al ladrón a rastras El oficial volvió hacia mí y dijo: "Cuando usted quiera que se suelte, informe al guardia Como intentó robarle a usted. establezca usted su castigo."

"Ningún problema —dije— Después de guisarse ahí dentro unas horas, si quiere robar el perro de alguien ya se lo pensará dos veces."

Volví a entrar en la casa y me senté. Abney había oído todo lo ocurrido. "¿Cuánto tiempo vas a dejar cocer a ese sinvergüenza ahí fuera?"

"No lo sé —dije—. Creo que lo soltaré al atardecer. Una tarde ahí fuera es suficiente para mí. No quiero acabar matando al tío sólo porque intentó robar un maldito perro."

A medida que avanzaba la tarde. de vez en cuando pude echar un vistazo por el recinto para controlar al hombre dentro de la jaula. Estaba en cuclillas, callado, en pleno sol; la única sombra era la de los hilos del alambre de púas que formaban la tapa del contenedor Otros hombres que pasaban por ahí de vez en cuando se burlaban del preso. Él a veces respondía con un torrente de insultos, otras simplemente miraba fijamente al espacio como si sus atormentadores ni siquiera estuvieran.

Justo antes de la puesta del sol mandé al puesto de guardia una orden de dejar salir al hombre. Consideraba que él había sufrido suficiente incomodidad e indignidad por su pequeño delito, y no quería empujarlo al punto de incitar el odio Siempre tenía que recordarme que se había ofrecido una recompensa por mi cabeza. Si hiciera demasiados enemigos en el pueblo, a cualquiera le sería fácil cobrarla.

Desde la puerta de la casa contemplé como el hombre salía del recinto, haciendo reverencias y agitando el brazo hacia donde estaba yo y dándome las gracias por haberlo liberado. Al salir el hombre por la puerta del recinto, pensé en broma: "Mierda, tío, haces bien en darme las gracias. Podría haberte hecho fusilar." Disfruté pensando que era un tipo liberal, por haber renunciado a fusilarlo. Me gustaba la idea de ser un regente tan benévolo.

★ ★ ★

El sargento Abney y yo participábamos en una operación con nuestra compañía FR, un ejercicio conjunto con la compañía RF del distrito colindante de Kien Van y sus asesores norteamericanos. Llevábamos todo el día en marcha Avanzada la tarde atrapamos a una compañía de vietcong entre nosotros y la unidad FR vecina. A medida que nos acercábamos el fuego se hacía cada vez más intenso. Los hombres pasaban cada vez más tiempo en el suelo y cada vez menos avanzando. Finalmente nos quedamos totalmente parados El fuego de los vietcong se había hecho muy intenso. Arrastrándome junto con el jefe FR, traté de convencerle para que mantuviera a los hombres en movimiento. No tenía interés. El ruido de las balas que pasaban tan cerca me hacía desear tener la cabeza debajo de los hombros

Sabía que no podíamos simplemente quedarnos ahí en el suelo. Si no nos acercáramos, los vietcong escaparían de nuestro cerco en forma de pinzas. Tenía miedo y estaba enfadado al mismo tiempo. No se me ocurría ninguna manera segura de conseguir que la unidad volviera a moverse.

Fue entonces cuando recordé al célebre y notorio coronel Anthony Herbert, mi profesor de táctica. Había sido el oficial de leva más condecorado durante la guerra de Corea. y después había sido admitido como profesional en las FAS.

Un día un par de cadetes estábamos hablando con el coronel Herbert acerca de las dotes de mando. Comentábamos qué se había de hacer si bajo fuego las tropas se negaban a obedecer la orden de moverse. A fin de cuentas. pensábamos. ¿qué puedes hacer? ¿Fusilarlos por desobediencia? Aunque esto fuera

DERECHA: *Un campesino herido llega a un puesto avanzado de las Fuerzas Especiales. Pero la confianza de los lugareños a menudo era infundada, ya que las instalaciones norteamericanas en las zonas alejadas podían ser rudimentarias.*

legal, cosa que incluso parecía dudosa, ninguno de nosotros nos sentíamos dispuestos a fusilar a nuestros propios hombres.

Herbert dijo: "Si tus tropas están en el suelo y se niegan a moverse, sencillamente tienes que ponerte de pie y guiarlas con tu ejemplo personal. Tienes que acercarte tranquilamente a tus jefes de escuadra y hablar con ellos, instar a los hombres para que se levanten, y demostrar personalmente que el peligro no es tan grave como ellos pensaban."

"Pero, mi coronel —yo había protestado—, estamos hablando de una situación realmente grave. Y ¿si el fuego es tan intenso que no te puedes levantar? ¡No puedes ponerte de pie así por las buenas bajo la lluvia de balas! ¡Quedarías despedazado!"

Las balas llovían, las tropas no avanzaban. De mí dependía hacer algo.

Herbert me clavó la mirada en los ojos y me dijo: "Tú sabes que todos los conscriptos en este Ejército tienen que saludar a un oficial cuando pasa, ¿verdad?"

"Si. mi coronel."

"Estás enterado de los clubs O, los BOQ y otros privilegios que se conceden a los oficiales de este Ejército, ¿verdad?

"Si, mi coronel."

"Sabes que te darán un mejor sueldo y una mejor vivienda que a los oficiales de leva, que a menudo tienen el doble de conocimientos y diez veces más experiencia que tú, ¿verdad?"

"Sí, mi coronel", contesté, empezando a sentirme algo mortificado.

"Bueno, pues, de hecho es el riesgo que asumes para ganar cada uno de los privilegios y ventajas que te dan. Cuando la suerte está echada, cuando los soldados se niegan a moverse y los sargentos se niegan a moverse y el miedo se ha apoderado de todo, toda la responsabilidad recae sobre ti. Por eso te han nombrado oficial y a ellos no. Tú aceptaste el nombramiento, aceptaste los privilegios, ahora tienes que dar lo que debes. Tienes que levantarte y ¡por Dios mandar a esos hombres! Casi nunca la situación es tan desesperada como piensas. Es increíble cómo funciona un poco de valentía y dotes de mando con soldados buenos. Sólo recuerda una cosa: el día que te toque a ti ser el primero en levantarse y decir 'seguidme', ese día habrás ganado cada saludo que te hagan siempre jamás."

Tendido bajo el caluroso sol tropical, los ojos irritados por el sudor y los oídos ensordecidos por el ruido de las armas automáticas, maldije el recuerdo Sentía a Herbert a mi lado con aire relamido, como si me dijera "Ya te lo dije." Llovían las balas, las tropas no se movían. De mí dependía hacer algo Créanme, cuando estás haciendo tu propia pequeña guerra y tú mismo eres tu propio general, siempre encuentras muchos motivos para no hacer nada. Yo no tenía ningúna orden directa para hacer nada, y si simplemente me hubiese quedado donde estaba, ninguno de mis superiores se hubiese enterado, pero sentía al coronel Herbert ahí, clavándome la mirada y diciendo: "¡Levántate y por Dios manda a esos hombres!" Me levanté

Miré al teniente vietnamita tendido en el suelo a mi lado y señalé la fila de árboles infestados por el enemigo en frente, tratando de reforzar mi insistencia en levantarnos y avanzar.

El teniente me miró como si estuviera loco. "¡Tiéndete!" —gritó—. "¡Te darán!" Iba señalando que me volviera a tender en el suelo.

El zumbido de las balas me hacía dudar de eso de ponerme de pie. Sabía, sin embargo, que los norteamericanos solían decir que lo único que realmente les faltaba a las tropas vietnamitas eran oficiales con dotes de mando. Estaba decidido a suplir esta carencia. Me puse a caminar por la fila de hombres. Ellos me iban tirando del brazo o de la pierna, tratando de hacerme tender en el suelo. Me quedé de pie y les dije que podían hacer lo mismo sin ser heridos. Cuanto más tiempo permanecía de pie, más confianza cogía.

Empecé a darme cuenta de que la mayoría de los vietcong disparaba alto, error frecuentemente cometido por soldados mal entrenados. No había tanto peligro como parecía. El sargento Abney era más alto que yo, pero él también se puso de pie y se sumó a mi demostración. Suponía que tarde o temprano el oficial vietnamita se sentiría lo suficientemente avergonzado como para levantarse. Sabía que para él salvar la cara constituía un motivo poderoso. Él no querría quedarse tendido haciendo el cobarde mientras los norteamericanos paseaban por ahí como si no pasara nada. Tenía razón. No tardó mucho tiempo el joven teniente en levantarse y empezar a mandar a los demás a hacer lo mismo.

"Vale —dije al sargento Abney—, vamos a por ellos."

Empezamos a avanzar lentamente hacia los árboles. El oficial vietnamita y sus suboficiales ya estaban en plena perorata. Los hombres vacilaban, pero se levantaron y empezaron a salir detrás nuestro. Echando un vistazo atrás, vi con inmenso alivio la fila irregular de hombres avanzando Llamé por radio al asesor norteamericano de la unidad FR vecina y le dije que su unidad debería permanecer en posición de bloqueo mientras nosotros proseguíamos con el ataque. Quería asegurarme de que los vietcong no pudieran escaparse por la puerta de atrás.

Mis hombres se acercaban a buen ritmo, abriendo fuego lento mientras tanto Por fin llegamos a unos árboles. En realidad, al acercarnos a los árboles, el fuego enemigo había disminuido. Pero ahí dentro, no hubo resistencia en absoluto. El enemigo había desaparecido. Había dos cadáveres entre los arbustos, pero sus compañeros se habían esfumado.

Montamos una defensa del perímetro, registramos la zona, y aguardamos oír la unidad vecina entrar en contacto con los vietcong. Al cabo de unos minutos oímos estallar un breve tiroteo por nuestra izquierda, pero nada más. Hubo un silencio absoluto El fuego intenso nunca se materializó. Más tarde me enteré de que muchos de los FR encargados de la acción de bloqueo de hecho no habían acudido a las posiciones asignadas a ellos. Muchos de aquellos hombres habían salido en dirección a la zona señalada permaneciendo quietos para pasar la tarde tranquilamente. Los vietcong no tuvieron gran problema en pasar sigilosamente justo debajo de sus narices.

Mis muchachos habían hecho un buen trabajo. Habían salido al ataque bajo un fuego bastante intenso. ¡Un gran logro tratándose de un equipo de milicias de pueblo! Todos aprendimos mucho de la experiencia: yo aprendí que los hombres atemorizados responderán a un liderazgo positivo; ellos aprendieron que podían hacer lo que creían que no podían hacer. De todos modos, siempre recordaré aquellos primeros momentos después de ponerme de pie y empezar a recorrer la fila. No tenía idea

PÁGINAS ANTERIORES: *Mercenarios camboyanos. Hombres duros que con frecuencia llevaban alicates para extraer los dientes de oro de los muertos.* IZQUIERDA: *Daños colaterales.*

si los hombres realmente se pondrían en marcha Vamos al grano, me estaba cagando de miedo, pero sabía que nuestra tarea era, como se decía en la Escuela de Infantería, trabar combate con el enemigo y matar o capturarlo. Una infantería que se niegue a trabar combate no vale nada. Quería que mis muchachos valieran. Quería que *sintieran* que valían. Quería que supieran que podrían hacer un trabajo que habían pensado que era imposible. Lo conseguimos, y yo estaba orgulloso de ello. Deseaba poder hablar otra vez con el coronel Herbert y decirle que tenía razón; a veces simplemente tienes que estar dispuesto a levantarte y por Dios *mandar* a esos hombres.

* * *

Maldecía el trabajo, el calor, y los insectos. Al sargento Fitz y a mí nos había tocado el turno de guardia en el recinto y yo sufría las consecuencias. Como siempre, tenía muy atrasado el trabajo administrativo y dedicaba la mañana a cumplimentar formularios y elaborar los informes requeridos Fitz me llamó desde fuera: "Hay unas sampanes grandes bajando por el canal. Parece que están llenos de gente. Parece que ha ocurrido algo grave."

Salí a ver qué pasaba. Los barcos habían atracado ya Desembarcaban adultos y niños, pero observé que casi todos los niños los llevaban o ayudaban los adultos. Había un gran griterío, llanto, y ruido puro y simple, en su mayor parte a cargo de los adultos Fitz tenía razón; algo decididamente grave había ocurrido.

Cuando alcancé a la primera mujer que llevaba a un niño, me quedé parado. El niño estaba cubierto de heridas. punzones y profundas laceraciones. Su aspecto era de gris pálido y respiraba con dificultad. De los profundos orificios en sus brazos y piernas las primeras hemorragias habían dado paso a un lento derrame de sangre, y al parecer estaba inconsciente. Noté que me había quedado boquiabierto y que se me desorbitaban los ojos. Detrás de la primera mujer venía otra con otro niño herido; y luego otra. Los barcos estaban llenos de niños malheridos.

Cada vez desembarcaba más gente con la ropa llena de manchas de sangre; no pude distinguir cuántos estaban heridos y cuántos estaban ensangrentados porque sostenían a niños heridos. Dirigí a las mujeres a la casa e hice que los adultos pusieran a los niños en el suelo.

El Vietcong había puesto una trampa explosiva en la escuela de una de las aldeas vecinas. Los supervivientes habían venido a nosotros esperando encontrar medicinas, primeros auxilios o incluso helicópteros de evacuación para los heridos graves. De los cuales había varios, ya en coma y prácticamente desangrados Me pareció que dos de ellos ya estaban muertos Pedimos un helicóptero, pero nos dijeron que esperáramos, que nos dirían algo sobre su disponibilidad y prioridad. Volvimos a los niños.

Dentro de poco. el suelo, las literas y demás espacio de la casa ya estaban llenos de niños y padres El suelo era una alfombra de cuerpos de niños, doloridos. Algunos ya estaban muertos, algunos moribundos. otros heridos, doloridos. Algunos de los niños conscientes, gemían en voz baja, pero la mayoría mantenía un silencio estoico.

Había sangre por todas partes Con los pocos suministros médicos de los que disponíamos, poco podíamos hacer salvo tratar de parar las hemorragias cuando era posible. Teníamos dos botellas de suero de infusión IV, así que pusimos un gota a gota a dos niños que habíamos diagnosticado como heridos graves

ABAJO: *Muchos se maravillaban de la aparente indiferencia del campesino hacia la guerra que le rodeaba, pero había aprendido a aguantar 1.000 años de conflictos en su afligido país*

TIM PAGE

pero que posiblemente podrían sobrevivir. A los que evidentemente no sobrevivirían los atendimos por cortesía, y a los que a lo mejor sí sobrevivirían les aplicamos las curas después de hacer lo posible por los heridos más graves. Me resulta totalmente imposible describir la desesperación y frustración que sentía cuando iba de niño en niño y de padre en padre, dándome cuenta de cuánta esperanza habían depositado en Fitz y en mí. Los estoicos niños me miraban con ojos llenos de angustia, esperando que les aliviara el dolor. Yo sabía que no podía hacerlo. La casa estaba llena a rebosar de niños moribundos y me sentía desesperanzadamente impotente.

> Le salía la masa encefálica y no quería que ésta se mezclara con los charcos de sangre que había en el suelo.

La sensación de frustración se convirtió poco a poco en rabia. Reventaba de odio contra el Vietcong por esta estúpida carnicería. Tenía rabia a los helicópteros sanitarios por no llegar más rápido, y estaba enfurecido con Dios por haber dejado pasar todo esto en primer lugar. Estaba enfurecido conmigo mismo por no ser lo que la gente esperaba que yo fuera.

Fitz y yo nos pusimos a trabajar según las prioridades que nos habíamos asignado, y llegamos a aquellos que nos parecían no tener posibilidades de supervivencia hiciéramos lo que fuera. El chico sobre el que estaba trabajando tenía dos orificios en la cabeza, cada uno del tamaño de un penique, o incluso mayor. Su respiración casi se había parado; no sentía su pulso. Con las manos ensangrentadas, traté de introducir un trozo de algodón en el orificio más grande. Le salía la masa encefálica y no quería que ésta se mezclara con los charcos de sangre que había en el suelo. Las lágrimas empezaron a derramarse por mi cara. Dejé de tapar el orificio en la cabeza del chico porque ya no veía lo que hacía. Me quedé ahí en el suelo arrodillado, apretando las rodillas con las manos, y traté de reprimir las lágrimas. Dios mío, ¡me sentía tan impotente!. .

Finalmente llegué con el sargento Fitz y los heridos que podían caminar. Exploramos las heridas superficiales para extraer la metralla, les aplicamos bactericida y las suturamos. Algunos de los niños que se habían hallado más lejos de la explosión tenían muchas heridas de este tipo. pequeños cortes y orificios poco profundos. Aún estábamos explorando y suturando cuando llegaron los helicópteros de evacuación. Dos de los niños más gravemente heridos ya habían muerto. El chico y la chica que tenían el gota a gota estaban vivos y fueron embarcados en uno de los helicópteros Otros cuatro niños gravemente heridos junto con sus madres fueron embarcados en el otro. Los helicópteros despegaron y Fitz y yo volvimos a los demás heridos. Hicimos todo lo que pudimos para limpiar las heridas y suturar lo que hacía falta, y una vez acabado este trabajo dijimos a los padres que era importante mantener limpias las heridas. Me sabía mal que ni siquiera tuviéramos aspirina para aliviar el dolor. Les dije que mantuvieran las heridas limpias y secas y que esperaran lo mejor.

Al cabo de un par de horas todo se había acabado. Fitz y yo no tardamos en limpiar la sangre del suelo y de las literas. En pocos momentos el sitio había vuelto a la normalidad. Limpié la sangre de las uñas y tiré mi camisa y pantalones empapados de sangre al montón que lavaría Cô Ha. Cuando volvieron los demás miembros del equipo, ni se dieron cuenta de que algo había ocurrido hasta que se lo dijimos. Ojalá hubiera alguna manera de limpiar el incidente de mi mente tal como limpiamos la casa del equipo.

En otras dos ocasiones la unidad local del Vietcong puso trampas explosivas en dos escuelas de mi distrito No había duda de que estos atentados fueran intencionados. El Vietcong había elegido premeditadamente atacar y matar a niños. En cada ocasión, el sufrimiento de los niños, la depravación del Vietcong, y mi evidente incapacidad para frenar a esos asesinos hijos de puta me llenaron de enojo, abatimiento y frustración. Estaba psicológicamente preparado para la guerra como manifestación de la inhumanidad del hombre hacia el hombre, pero no estaba preparado para la guerra como ejemplo de la inhumanidad del hombre hacia los niños Fue en la contemplación de la muerte agonizante de niños mutilados donde vi la guerra en toda su vulgar y vil gloria, y fue en ello donde llegué a conocer de verdad a mi enemigo.

★ ★ ★

En las operaciones militares he hecho algunas cosas bastante estúpidas, pero siempre tuve suerte, logrando salir de situaciones difíciles de un modo u otro. Tuve suerte en el combate y en otros sitios también. Lo sé, porque en cuanto a la total, auténtica, verdadera estupidez, nada puede superar mi misión voluntaria de caridad para ayudar a un amigo en una visita a una casa de putas.

Esta estaba situada en un barrio de Cao Lanh por donde las patrullas de las tropas gubernamentales no pasaban después del atardecer, por lo que era un lugar peligroso por la noche, especialmente si las pandillas de bandidos del Vietcong habían salido para "recaudar impuestos".

> En el lugar indicado, el jeep se paró bruscamente y con un gran estruendo, y saltamos de él y nos metimos en cuclillas en la acequia.

Bueno, pues Clinton Crews, un amigo mío, quería ir allí. Clinton era el jefe de otro equipo EAM, y ambos estábamos en la capital de provincia para despachar con el ASP Habíamos de pernoctar allí antes de volver a nuestros equipos al día siguiente. La perspectiva de pasar la noche durmiendo bien era demasiado para Clinton. Estaba decidido a desahogar sus pasiones reprimidas con alguna de las jóvenes del mencionado establecimiento, y quería que yo le acompañara, si no como partícipe, como guardaespaldas.

Clinton insistió; iría conmigo o solo. Tras varios intentos de disuadirle, vi que era inútil. Consentí acompañarle para proteger su joven culo mientras probara la miel del lugar. Uno de los suboficiales del equipo de Clinton estaba con él, y había convencido a este sargento para que nos llevara en un jeep que Clinton había conseguido de no sé dónde. Vaya tío listo, ese Clinton

Mientras subíamos a la parte trasera del jeep, Clinton me iba diciendo que no me preocupara, que tenía información de fuentes cien por cien solventes de que los "recaudadores de impuestos" vietcong no saldrían aquella noche. No habría ningún peligro; sólo quería que yo vigilara su cartera. Vale.

CAPÍTULO 2 EL REINO

Clinton dijo a su sargento que nos dejara en el pueblo y que nos viniera a recoger en el mismo lugar dentro de 45 minutos. En el lugar indicado el jeep se paró bruscamente y con un gran estruendo y saltamos de él y nos metimos en cuclillas en la acequia. El jeep se marchó con otro estruendo en la oscuridad. Cuando todo estaba tranquilo y nadie nos había disparado, nos pusimos a correr hacia un oscuro callejón que pasaba entre las cabañas de hojalata y bambú. Clinton entró en una de ellas y yo lo seguí.

Había unas cuatro o cinco chicas dentro de la cabaña, y como no se vislumbraba ningún cliente más, se lanzaron sobre nosotros sin dejarnos tiempo siquiera para respirar. Sonriendo, llamando nuestra atención, frotándose contra nosotros como gatitos de compañía, metiéndonos sus manos dentro del pantalón o las nuestras dentro de sus blusas, querían nuestro negocio. Clinton negoció rápidamente por la que había elegido, una muchacha vietnamita insólitamente alta. Las otras se concentraron en venderme sus mercancías. Les dije varias veces que no me interesaba, que sólo estaba para proteger a Clinton. Cuanto más lo repetía, menos convencido me sentía.

Una de las chicas se sentó con descaro en mi regazo, y con una sonrisa traviesa cogió mi mano, la colocó sobre su pecho y le iba dando vueltas. Su técnica de venta era muy persuasiva. Mis negativas no eran muy contundentes y me gustaba su técnica comercial, así que tardé algún tiempo en convencerla que de verdad no quería comprar. Finalmente las chicas se iban apartando, dejándome sentado vigilando la puerta.

> De repente empezó un griterío detrás nuestro, y el cielo oscuro se iluminó con un abanico de trazadoras verdes.

La cabaña donde se hallaba Clinton empezaba a crujir y tambalearse como un carro cuando se produjo un disparo ahí fuera en el callejón. Una trazadora verde pasó con zumbido estridente. Las balas trazadoras verdes significaban balas comunistas. El callejón se convirtió de repente en un hervidero de gente corriendo, recogiendo a niños, desapareciendo dentro de las casas, apagando lámparas y cerrando puertas. Llamé a Clinton, pero no hacía falta insistir, ya que él había oído el disparo. Por los golpes y las maldiciones supe que ya se apresuraba a ponerse los pantalones y las botas.

Un equipo vietcong recaudador de impuestos subía por el callejón. En cada casa paraban y, con sus habituales métodos de recaudación, simplemente cogían todo lo que querían. Di la vuelta y volví a llamar a Clinton justo cuando él salía tambaleándose en la tenue luz, maldiciendo mientras trataba de embutir un pie en una bota, ponerse la camisa con la manga al revés, abrocharse los pantalones y ceñirse la pistola todo al mismo tiempo. Yo contemplaba esta escena con total incredulidad.

Mientras decía a Clinton que se diera prisa, maldecía mi propia estupidez. "Qué jodida imbelicidad —pensé—, venir aquí solo en plena noche y correr el riesgo de ser matado a disparos ¡sólo para que Clinton pueda echar un polvo!" Ya me podía imaginar la necrología en el periódico de mi pueblo natal: "Muere el teniente Donovan en un prostíbulo mientras montaba guardia para un amigo." "Sí, hombre, ¡eso no se lo creerá ni Dios!"

Cuando Clinton ya estaba listo para marchar, el callejón estaba totalmente desértico. Oíamos a los vietcong subir por él, discutiendo con los vecinos sobre su dinero y objetos de valor y gritando amenazas. De vez en cuando oíamos el impacto y gruñido de algún golpe.

ARRIBA: *La industria que más florecía como consecuencia directa de la guerra fue la prostitución. Incluso los vietcong se exponían al riesgo de hacer incursiones a Saigón para obtener un poco de alivio.*

Clinton y yo fuimos a la parte trasera de la cabaña e hicimos un agujero en la pared de bálago. Salimos a gatas y nos agachamos en la oscuridad detrás del edificio. Nos apartamos de la casa y nos arrastramos desde la parte trasera de una cabaña hasta la de la próxima. De repente empezó un griterío detrás nuestro y el cielo oscuro se iluminó con un abanico de trazadoras verdes. Siguieron más gritos. Los vietcong habían encontrado nuestro rastro. Estaba con el corazón en la boca; sentía el latido de mi pulso detrás de los ojos. Estaba muerto de miedo.

Tras avanzar unas 50 yardas y pasar sigilosamente detrás de varias casas más, llegamos a la carretera. El lugar donde nos habían dejado estaba a tan sólo unas 50 yardas más adelante. Oíamos los gritos de los vietcong que se estaban acercando. Nos agachamos y atravesamos la calle corriendo y nos tendimos en la acequia para esperar la llegada de los vietcong o del jeep, el que viniera primero.

Con un palo, Clinton me dio un golpecito en el pie para llamar mi atención. Le miré, y puso la mano a la oreja. Escuché y oí el estruendo del jeep que venía a gran velocidad. Seguramente lo oyeron los vietcong también. Estallaron unas trazadoras que salían de algún lugar del barrio de viviendas. Los disparos iban altos, pero indudablemente iban dirigidos hacia nosotros.

El ruido del jeep ya era muy fuerte. De repente vi dos puntos de luz dando saltos en la oscuridad. Las luces y el ruido anunciaban la llegada de nuestro jeep, que corría con los faros ta-

pados. Saltamos de la acequia y frenéticamente hacíamos señales. Más disparos, y esta vez las trazadoras iban más bajas y más cercanas; oíamos más gritos, que parecían provenir justo desde atrás de una casa colindante. El sargento de Clinton deceleró sin parar el jeep y pasó por delante nuestro. Nos pusimos a correr y con un gran salto entramos en el vehículo en movimiento por la parte trasera, cayendo en un montón detrás del asiento del conductor. Yo golpeé fuertemente la espalda del sargento gritando: "¡En marcha, en marcha!" Al mismo tiempo trataba de desenredarme de Clinton y sacar mi 45.

El jeep aceleró bruscamente, hundiéndose las ruedas en los surcos de la calzada. Clinton y yo íbamos dando botes allí atrás, el uno sobre el otro. Finalmente levantamos la cabeza por encima del borde del asiento trasero y miramos hacia atrás. Un grupo de hombres salió corriendo a la carretera, entremezclándose confusamente Por un instante se quedaron allí, gritando y señalando. Luego uno levantó el fusil y empezó a disparar. Un AK-47 desencadenó un torrente de trazadoras que pasó por encima de nosotros perdiéndose en la noche El vietcong mantuvo apretado el gatillo hasta vaciarse la recámara. Las trazadoras pasaban por encima, luego por debajo, y los rebotes por todas partes, pero que yo sepa, el hombre no logró tocar el jeep ni una vez. Clinton y yo empezamos a devolver el fuego, apenas asomando la cabeza por la parte trasera del jeep. A aquella distancia los 45 eran totalmente inútiles, pero cuanto más disparábamos, mejor me sentía Los disparos dirigidos hacia nosotros disminuyeron rápidamente Me sentía cada vez mejor a medida que íbamos dejando atrás a los vietcong en la polvorienta oscuridad. Cuando ya doblamos la esquina hacia la seguridad, estaba francamente exaltado.

Tras disparar una o dos descargas más al aire, quedamos tumbados dentro del jeep y nos pusimos a reír a grandes carcajadas Clinton y yo aún estábamos riendo y elogiándonos mútuamente cuando entramos en el recinto. Alabamos al sargento por el papel que él había desempeñado en "la gran fuga" y le prometimos cerveza gratis a perpetuidad. Él no hizo más que sacudir la cabeza y decir entre dientes algo como que los tenientes siempre representaban una amenaza para la seguridad pública.

★ ★ ★

En los equipos de distrito y los EAM, resultaba imposible aliviar la presión psicológica que se acumulaba en hombres sometidos a un estrés y a un peligro continuos. No había prostíbulos a que acudir en los momentos locos de jactancia, ni bares donde alborotarse, ni espectáculos cómicos de Bob Hope, ni nada. Cada día era emboscar, patrullar, administrar, formar, enseñar, comer, y dormir si podías. Y encima, producía una sensación de frustración pensar que se nos había dejado solos para hacer nuestro trabajo Nos parecía que a nadie le importaba un pito, ni nosotros ni lo que hacíamos.

A veces, las presiones afectaban incluso a los mejores hombres. El sanitario de mi equipo, Fitz. era un brigada con 14 años de servicio. Era buen hombre, buen sanitario, y muy trabajador. Un día las irritaciones acumuladas de nuestro modo de vida acabaron por agrietar su coraza y romper la disciplina de años de entrenamiento.

El brigada Fitz y yo éramos los únicos norteamericanos que aquel día nos habíamos quedado en la fortaleza. A primera hora de la tarde yo me encontraba haciendo trabajos administrativos. Fitz decidió salir al recinto a trabajar en un viejo generador a gasolina que nunca había funcionado lo suficientemente bien como para producir electricidad.

El brigada Fitz ya no pudo aguantar más. Tiró la cuerda al suelo y se dirigió hacia Tran con los ojos destellando de rabia.

Mientras Fitz luchaba con la máquina defectuosa, algunos de los milicianos vietnamitas de la fortaleza acudieron y se agacharon alrededor para ver qué hacía. Los chistes y risitas que soltaban de vez en cuando empezaron a crisparle los nervios a Fitz, pero éste apretó los dientes e intentaba no hacer caso a los que le observaban. Finalmente intentó poner en marcha el motor El generador estaba provisto de una cuerda para ponerlo en marcha. Cada vez que Fitz tiraba de la cuerda, exhalaba con todas sus fuerzas. Cada vez se fue tambaleando unos pasos hacia atrás mientras la pequeña cuerda se desenrollaba y se soltaba de la bobina del cigüeñal. Los jóvenes lugareños se reían al ver al fornido norteamericano tambalearse con cada ignición fallida. Sospecho que les hacía gracia la ira evidente cada vez mayor de Fitz.

Fitz llevaba todo el día irritable, e intuí que la situación se podía descontrolar si a él no se le tranquilizara o si a los vietnamitas no se los enviara a trabajar. Justo en el momento en que yo me acercaba al grupo, Fitz tiró una vez más de la cuerda. El motor jadeó y tosió, pero no se puso en marcha Tran, uno de los milicianos vietnamitas, que caía especialmente mal a Fitz, dirigió un comentario evidentemente sarcástico a sus compañeros agachados junto a él. Todos ellos se pusieron a reír a carcajadas. El brigada Fitz ya no pudo aguantar más. Arrojó la cuerda al suelo y se dirigió hacia Tran con los ojos destellando de rabia. Ahora bien, Fitz era un tipo fornido y Tran apenas

tenía cinco pies de altura. Pensé que Fitz incluso podría matar al hombrecito si lo cogiera. Sabía que tenía que pasar a Fitz antes de que nos metiera a todos en un gran lío

Llegué a Fitz en el momento en que éste levantaba a Tran del suelo. Con un movimiento brusco solté a Tran y empujé a Fitz hacia atrás. Fitz pesaba unas veinte libras más que yo, y creo que si no lo hubiera cogido por sorpresa, no hubiera podido moverlo en absoluto. Tenía la esperanza de que Tran aprovechara para apartarse, pero ¡qué va!, ahora éste se sentía insultado. No quería echarse atrás después de haber sido tratado con tanta violencia delante de sus amigos. Además, estoy seguro de que él pensaba que yo mismo pudiera detener a Fitz y que por lo tanto no había nada que temer. Cosa que el aspecto de Fitz desmentía.

> Bajó el hombro y me golpeó con violencia en el pecho. Fue como si me hubieran alcanzado con una pesa.

Fitz estaba a dos pasos de mí, encorvado, respirando fuerte. Su pecho y hombros desnudos brillaban de sudor. Miraba ferozmente al hombrecito detrás mío, hizo un gesto amenazador, y dijo con voz ronca: "Hace meses que a ese hijo de puta le falta una paliza y yo se la voy a dar."

Con eso Fitz se precipitó hacia Tran como si ni siquiera estuviera. Me preparé para el impacto de su carga y chocamos por el pecho con un golpe estruendoso. Lo agarré por los hombros tratando de frenarlo y restablecer mi propio equilibro. "¡No! ¡Para!", le dije mientras nos tambaleábamos agarrados el uno al otro. Fitz me arrastró unos pies hacia atrás antes de que yo finalmente pudiera plantar los pies y golpearlo fuertemente en el pecho con el hombro. El golpe lo paró y lo hizo ponerse de pie, pero no retrocedió ni un milímetro.

Fitz me miró ferozmente y dijo entre dientes: "Apártate, teniente; a este enano le voy a reventar como si fuera un huevo." "Yo no voy a ninguna parte —dije severamente—. Tú tranquilízate y vuelve a tu trabajo o entra en la casa. Con las rabietas estúpidas de este tipo ¡igual acabamos todos muertos!"

No creo que siquiera me oyera; avanzaba otra vez, y esta vez me miraba directamente a mí. Bajó el hombro y me golpeó con violencia en el pecho. Fue como si me hubieran alcanzado con una pesa. Mientras yo caía hacia atrás, lo cogí por los brazos. Se nos enredaron los pies y caímos, a tientas y gruñiendo en el polvoriento suelo. Él intentó levantarse, pero yo lo agarraba intentando mantener sus brazos inmóviles. Dábamos vueltas en el suelo empujando y estirando y gruñiendo. Yo luchaba por ganar tiempo e intentaba desesperadamente pensar qué hacer.

El brigada Fitz estaba fuera de control. Era culpable ya de desobediencia, de pegar a un oficial, de rebeldía y de "comportamiento que perjudica el buen orden y disciplina en el Ejército de los Estados Unidos." Si no lo pudiera controlar, le tocarían 20 años en Fort Leavenworth. Deseaba desesperadamente que estuvieran los demás miembros del equipo para sacarme de aquello, pero sabía que me tocaba sólo a mí.

Consideré sacar mi 45 reglamentaria y amenazar con disparar, pero me pareció que la última vez que un oficial norteamericano quedó eximido de haber matado a uno de sus propios hombres fue... nunca. En la Escuela de Infantería habíamos discutido sobre hasta dónde podría llegar un oficial para hacer que los hombres obedecieran las órdenes, pero disparar no figuraba en la lista de "soluciones de escuela". No obstante, sí que se me ocurrió una "solución de escuela", y por muy tonta que me pareciera en aquel momento, me sentí obligado a intentarla.

Dándole un empujón me separé de Fitz y nos apartamos rodando en el suelo. En el recinto reinaba un silencio total; el único ruido que oía era nuestra respiración jadeante. La sangre de un corte en el codo se derramaba por mi brazo, y Fitz tenía el labio cortado; tenía la comisura de la boca manchada de sangre. Los vietnamitas sólo miraban. Ya se había acabado la risa, e incluso los soldados se daban cuenta que de aquello no saldría nada bueno.

Me puso de pie y saqué la pistola La sostenía un poco apartada de mi lado, pero con el cañón dirigido hacia el suelo. Señalé con el dedo directamente a Fitz. Mirando ferozmente a lo largo del brazo, grité al soldado enfurecido: "Brigada Fitz, ¡te

TIM PAGE

DERECHA: *El campamento al atardecer. Pero la noche no traerá alivio a estos soldados, sino sólo el miedo y la conciencia de que cada movimiento intangible podría significar la llegada de la muerte.*

recuerdo que soy oficial del Ejército de Estados Unidos! ¡Soy tu comandante y tú has jurado obedecer mis órdenes legítimas! Te doy una orden *directa* de ir a la casa del equipo y esperarme. ¡Es una orden directa, brigada! Si no obecedes, te haré procesar en consejo de guerra por desobediencia y rebeldía frente a una fuerza hostil. ¡Conseguiré que quedes destrozado, expulsado del Ejército, picando piedra en Leavenworth!"

Tenía que decir y hacer algo que llamara la atención de un viejo brigada. Tenía que encontrar la fórmula adecuada para que la amenaza pareciera convincente. Tenía que hacer sonar alguna campana, por así decirlo, que hiciera que Fitz recobrara la razón. Permanecí de pie en medio del calor y del polvo, señalándole aún con el dedo. Me miraba con ira y yo a él. Sentía cómo las gotas de sudor me caían por la espalda y el pecho

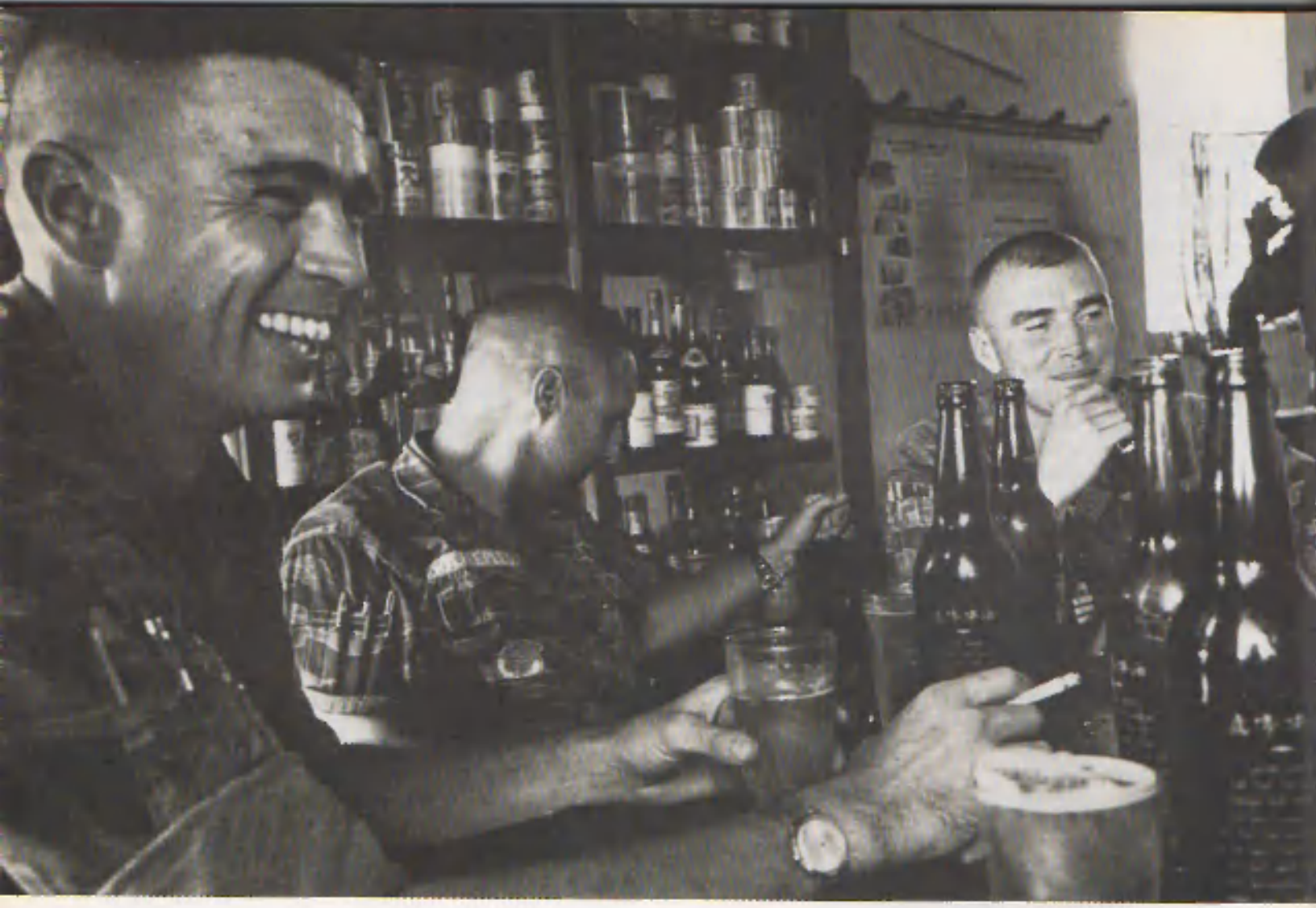
La mirada alocada de Fitz no vacilaba; se inclinó hacia delante como si quisiera lanzarse otra vez sobre mí. Ahora de veras yo tenía el corazón en la boca; me quedaba una sola carta para jugar. Seguí señalándolo con el dedo, como si éste fuera un bastón de autoridad. Con mirada todavía feroz, pero en voz más baja, le dije: "No lo hagas. Te dispararé si hace falta. Te doy una orden directa de dejar de portarte como un maldito soldado raso y de ir a la casa."

Fitz se apretó los dientes, frunció los labios, y lentamente volvió la mirada hacia Tran Tras otra pausa, exhaló largamente y dijo con voz áspera y furiosamente: "Ese hijo de puta es un ladrón y un mentiroso A lo mejor es un traidor y le encantaría vernos muertos a los dos. Si quieres matar a alguien, ¡mata a esa mierda de tío!"

"Yo no quiero matar a nadie —dije con calma—, y no voy a matar a nadie porque tú vas a hacer lo que yo te digo y vas a entrar en la casa. Deja que me ocupe yo de Tran a mi manera."

Se desvanecía la rabia de Fitz y su mirada volvía a ser racional. Los brazos quedaron relajados y su postura dejó de ser tensa; supe que la crisis se había acabado. Permaneció inmóvil en medio del silencio, respirando un par de veces, luego escupió en el polvo a sus pies. Mirando ceñudamente a Tran, y con un gruñido asqueado pero contundente dijo: "Sí, mi teniente", y se marchó hacia la casa.

Tran soltó una risita y volvió a sus amigos para decirles algo. Lo agarré por el cuello de su uniforme y me lo acerqué en un claro intento de suavidad fingida En lengua vietnamita dije suficientemente alto para que los demás pudieran oírme: "No es digno de un hombre como tú ser mal educado, Tran. Los soldados norteamericanos obedecen a sus oficiales, incluso cuando tienen motivos para enfadarse. Sé más cortés y ten más cuidado en el futuro. ¡No estaré siempre por aquí para protegerte!" Me



TIM PAGE

ARRIBA. *Los infantes se relajan con una cerveza, sabiendo que mañana pueden estar una vez más con la cara hundida en el fango mientras las balas zumban alrededor.*

reí del flojo chiste y lo golpeé en la espalda con suficiente fuerza para lanzarlo tambaleándose. Los demás hombres empezaron a marcharse y volver a sus tareas.

Cuando entré en la casa del equipo, el brigada Fitz ya se había tranquilizado. Estaba demasiado avergonzado para hablar e incluso para dirigirme la mirada. Estaba nervioso, sentado ahí esperando a que le pegara una gran bronca. Cosa que hice; repasé la letanía prescrita de amenazas, pontifiqué sobre la ley militar, la disciplina en las filas, y lo imprescindible que era un cuerpo de suboficiales profesionales. Al final, no obstante, le dije que no dijera nada a nadie sobre el incidente; no quedaría constancia alguna de ello en el diario del equipo. Con mirada de alivio se dirigió hacia mí y nos estrechamos las manos. Salió de la casa y yo volví al papeleo de siempre. Nunca más pude suscitar el interés de Fitz por aquel generador. Ahí se quedó, oxidándose bajo el sol tropical.

★ ★ ★

El sargento Robertson y yo habíamos vuelto juntos a Can Tho un par de días. El estaba en el alojamiento de los suboficiales cerca de donde yo me solía hospedar, así que quedamos para ir a tomar una copa. Robertson me dijo que conocía un sitio tranquilo que me resultaría agradable.

Yo estaba apoyado contra un farol, fumando un pitillo, cuando Robertson apareció. Al acercarse éste, observe que ya llevaba una botella de whisky debajo del brazo. Me erguí, tiré la colilla y ajusté mi gorra de manera vistosa. "¿Adónde el abrevadero?"

"Sígueme —dijo Robertson sonriendo—. Conozco el sitio perfecto."

Fuimos caminando hasta llegar al llamado callejón del Combate de Can Tho. Hay un callejón del Combate en los pueblos militares en todo el mundo. Normalmente es la calle mayor que pasa por el barrio chino del pueblo, donde soldados borrachos, putas malhumoradas y la policía local dan un sentido verdadero al nombre. Dos policías militares norteamericanos haciendo guardia a la entrada miraron ferozmente a Roberson y a mí, con aquella mirada típica de policía en que se combinan el desprecio y el aburrimiento. Intentando hacer caso omiso a los policías militares, eché una mirada por el callejón y observé que al parecer, Robertson y yo éramos los únicos norteamericanos por ahí.

"¿Dónde está la gente? —pregunté—. Pensaba que este sitio estaría lleno de tíos de permiso."

"Bueno —dijo Robertson—, este sitio ha sido declarado fuera de servicio para los tíos destinados aquí. Por lo que se ve, hace un par de noches, algunos de los soldados vietnamitas locales se cansaron de que los norteamericanos se acapararan de todas las putas. De los apretujones pasaron a la pelea, y la pelea casi se convirtió en un disturbio de cojones. Suerte para todos que el batallón de policía militar llegó e impuso orden, ¡si no sacan las ametralladoras y la artillería! Bueno, hay mucha mala leche, así que han dicho a los soldados locales que se queden

en sus sitios hasta que se tranquilicen las cosas. Nadie debería estar por aquí si no es por asuntos oficiales."

Si bien al sargento Robertson y a mí no nos afectaban las órdenes dadas a los soldados locales por sus comandantes, se me ocurrió que tal vez nosotros también deberíamos apartarnos del barrio.

"Sargento —dije, bastante exasperado—, si todo esto es verdad, ¿por qué demonios vamos a meternos en este sitio? Seremos la excusa perfecta para cualquiera que quiera pelea con los nortamericanos."

"Nada, vamos —dijo Robertson—. Tengo un sitio especialmente elegido. Conozco a la *mama san* y a la mayoría de las chicas, ¡te lo juro! Siempre ha sido superamable conmigo cada vez que he ido. Si entramos nos cuidarán. No habrá ningún problema, vamos."

Cedí y le acompañé. Cuando llegamos al local eran tan sólo las tres de la tarde. En la barra había un par de hombres vietnamitas charlando con las chicas, y al vernos entrar a nosotros no se mostraron muy contentos. Pero la vieja que estaba detrás de la barra salió y saludó calurosamente a Robertson. Algunas de las chicas lo llamaron e hicieron algunos comentarios que les hicieron reír a todas. Robertson las saludó con una gran sonrisa y saludó a todo el mundo con la mano, igual que el alcalde de pueblo en un desfile.

Las mujeres finalmente se iban marchando, y Robertson y yo nos quedamos ahí sentados, sorbiendo el whisky y hablando del equipo, la guerra y la vida en general. Habría pasado bastante tiempo porque observé que la botella de whisky estaba medio vacía, que todos los demás clientes se habían marchado, y algunas chicas habían vuelto a nuestra mesa. Oí a la vieja hablar con urgencia a dos de las chicas. Ella señaló a las persianas plegables de acero que estaban abiertas, apoyadas en las paredes laterales del patio delantero del bar.

Las chicas acudieron corriendo, las persianas se cerraron con estruendo, y la vieja salió fuera para cerrar la cortina metálica con candado.

"¿Qué coño pasa?", pregunté a nadie en especial.

Robertson miró hacia atrás, a ver qué ocurría. "Eh, ¿qué pasa?", gritó a la vieja.

Ésta nos aseguró que no pasaba nada. Parecía, según dijo, que unos soldados de asalto vietnamitas borrachos empezaban a alborotarse ahí fuera en el callejón. Se decía que a éstos les gustaría encontrar a unos soldados norteamericanos y enseñarles el qué. La mujer nos explicó que le parecía prudente simplemente cerrar el local hasta que todo volviera a la tranquilidad.

Las chicas no tenían nada que hacer, por lo que vinieron a nuestra mesa para participar en la conversación. Acabamos charlando y explicando chistes con todas ellas, unas seis u ocho. La botella se iba vaciando. Pasaba el tiempo. La conversación debió de haber degenerado bastante porque no sé cómo, las chicas decidieron celebrar un concurso de vello púbico, actuando Robertson y yo de jurado. De veras, un concurso de vello púbico, lo juro.

Dos de las chicas eran eurasiáticas, de padre francés, de los viejos tiempos coloniales. Una de las chicas se quejó de que muchos hombres norteamericanos eran muy peludos. En este momento una de las eurasiáticas dijo que era verdad, que los hombres europeos eran demasiado peludos. Las chicas eurasiáticas tenían mucho pelo, dijo con orgullo, pero todo el mundo sabía que las vietnamitas apenas tenían. Dijo que parecía que los norteamericanos querían a las chicas con mucho vello. Preguntó si era verdad.

Miré a Robertson y me encogí de hombros. Una de las chicas vietnamitas replicó entonces que las vietnamitas tenían mucho vello: ¡si no tenían ninguna queja de parte de sus clientes! Finalmente se les ocurrió lo del concurso. Cada chica depositaría cien piastras en el banco y formarían una fila delante de la barra. Luego cada una se bajaría las bragas o se subiría la falda, según el caso, para mostrar sus "escudos".

Robertson y yo iríamos de chica en chica, inspeccionando el grosor y la abundancia del vello púbico, y elegiríamos a la ganadora. La que tenía más vello ganaría los cientos de piastras depositadas.

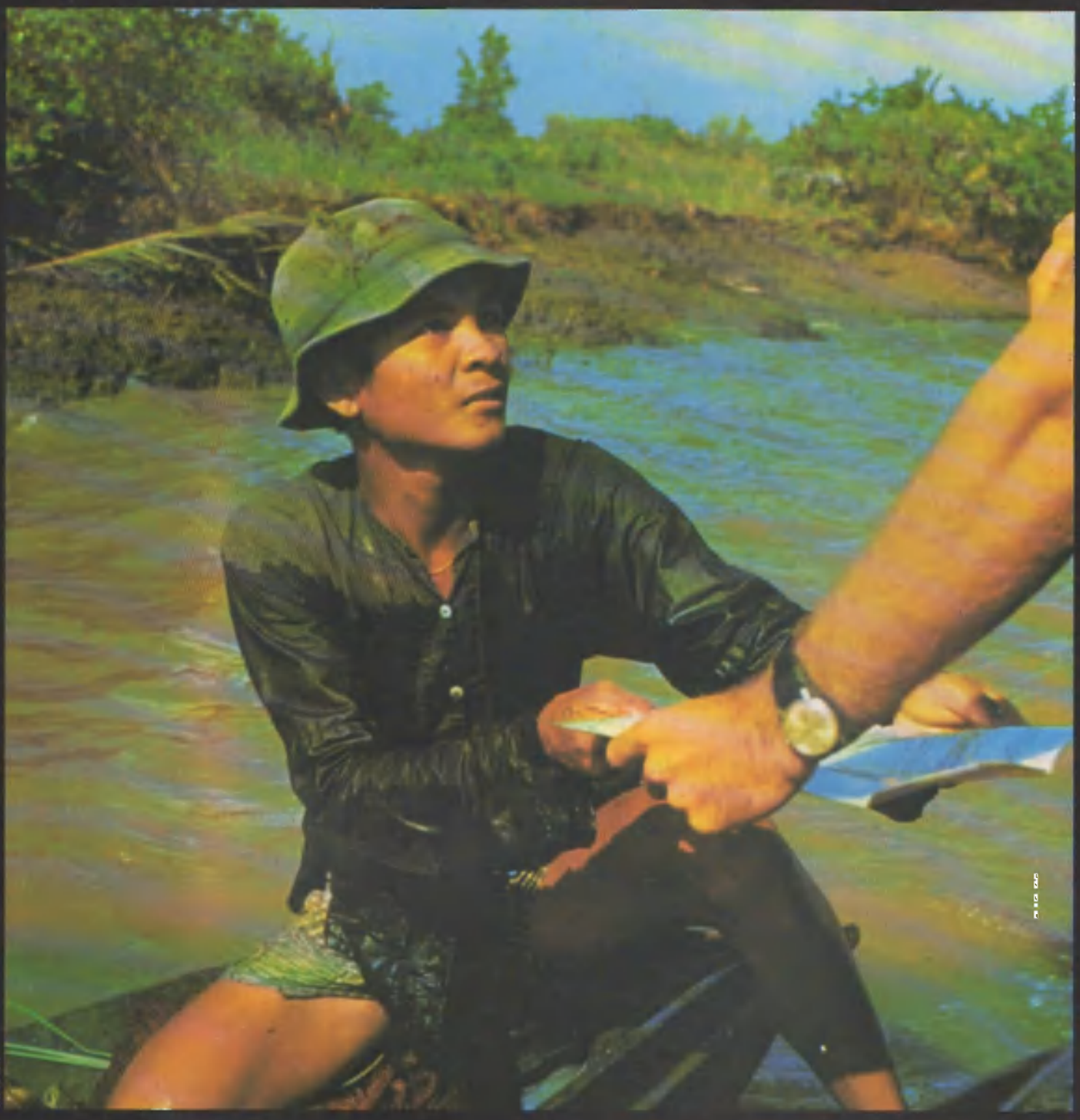
No había tenido previsto pasar toda la tarde encerrado en una casa de putas, pero, coño, todo el mundo tiene que estar en algún sitio.

A pesar de haber bebido gran parte de una botella de whisky, Robertson y yo logramos adoptar un aire de seriedad y solemnidad. Con toda imparcialidad, estudiamos cada muestra, murmuramos sabiamente respecto de cada caso, y de vez en cuando señalamos una forma o un matiz especialmente interesante. Con las manos detrás de la espalda, nos inclinamos estudiosamente sobre cada ingle desnuda. La decisión fue difícil. De hecho tuvimos que volver a mirar por segunda vez e incluir un factor de "vellosidad" que propuso Robertson como rasgo decisivo entre las tres finalistas.

Ganó una de las chicas eurasiáticas. Ella había tenido razón en primer lugar: de hecho tenía más vello que sus compañeras. La otra eurasiática obtuvo el segundo premio. Las vietnamitas puras abucheaban al jurado y hacían chistes sobre nuestra falta de criterio.

Mientras Robertson y las chicas aún se reían y se gastaban bromas, yo me dirigí a la parte delantera del local y eché una mirada a través de la rejilla de seguridad. Algunos soldados vietnamitas aún daban vueltas por el callejón, llamando a gritos los unos a los otros y a las chicas de los bares que habían permanecido abiertos. Observé que casi todos los locales estaban cerrados, al igual que el nuestro. Todo el mundo parecía reconocer que las tropas de asalto perjudicaban el negocio. Solíamos decir que siempre sabías cuándo las tropas de asalto norteamericanas habían pasado por tu barrio: tu casa está hecha un desastre, los cubos de basura están ahí fuera en la calle, y tu perra está en estado. Me parece que pasa lo mismo con las tropas de asalto vietnamitas también.

Volví a sentarme con Robertson y acabamos el resto de la botella de whisky. Dentro de poco, vino una de las chicas y nos dijo que los alborotadores se habían marchado y que el bar se volvía a abrir. Pensamos que deberíamos aprovechar la ocasión para salir de ahí. El sargento Robertson se dirigió a la vieja y les dijo que nos marchábamos. Él y yo recorrimos el local, despidiéndonos y dando las gracias a todos por habernos escondido mientras los vietnamitas paseaban por ahí buscando pelea. No había tenido previsto pasar toda la tarde encerrado en una casa de putas, pero, coño, todo el mundo tiene que estar en algún sitio.



ARRIBA. *¿Pescador inocente o simpatizante comunista traficante de armas? Un campesino atemorizado se somete a un registro en el río Mekong.* DERECHA: *La asistencia médica gratuita para los pueblos era un pilar del programa de asistencia civil.*

Capítulo 3

FUEGO AMIGO

CAPÍTULO 3 FUEGO AMIGO

El miedo tiene muchas caras, como por ejemplo el miedo continuo y retortijón que hasta cierto punto experimenté durante cada patrulla de combate. Otro tipo es el del choque instantáneo, cuando no te da tiempo de pensar: simplemente tienes que actuar según tus reflejos y esperar que tus instintos animales te saquen vivo. Viví un episodio de la segunda variedad un día mientras estaba de patrulla con una Fuerza Mike del equipo de Fuerzas Especiales de Cao Lanh.

Ocurrió durante la temporada de lluvias, y utilizábamos botes descubiertos. Llevábamos como una hora patrullando cuando vislumbré varias grandes tinajas de barro en un gran montículo de tierra a nuestra izquierda, a unas 100 yardas de distancia.

Desembarcamos silenciosamente. De prisa nos separamos y exploramos la zona. El montículo era, al parecer, un búnker vietcong abandonado, hueco en su interior, y en cuyos lados había ranuras para disparar. Las tinajas estaban llenas de sal y pescado seco. No vimos nada más. Estábamos a punto de marcharnos cuando uno de los hombres de las Fuerzas Especiales nos gritó desde los árboles: "Eh, ¡hay unos sampanes escondidos aquí entre los juncos!"

> No podía ni ver ni respirar. Agarraba al hombre por la muñeca y no le iba a soltar.

En efecto, flotando en el agua negra había tres sampanes. Uno de ellos al parecer tenía como carga el material de una fábrica rudimentaria de granadas. Entre las mechas y casquillos había también unas minas.

Antes de desplazar el sampán, alguien tendría que meterse dentro del agua y dar una vuelta a la embarcación, buscando posibles trampas. No era éste un trabajo que me entusiasmaba, pero ya que todos los demás norteamericanos estaban de vuelta a los botes o en la zona de desembarco, me tocó a mí buscar las trampas.

Con el agua hasta el pecho, con cuidado daba la vuelta a la embarcación. No encontraba ningún rastro de trampa. Abría paso entre unos altos juncos que crecían dentro del agua cuando noté un tirón debajo del pie derecho. Antes de que pudiera reaccionar, algo me golpeó en la pierna derecha y de repente desde debajo del agua irrumpió un hombre a mi lado. Con el salto que había dado desde el fondo del canal salió disparado encima de mi cabeza. Entre una gran espuma me clavó la mirada. Instintivamente me tiré hacia atrás y me quedé boquiabierto del susto. El hombre pareció quedar suspendido en el aire, rodeado de espuma. En un instante pensé en una enorme ballena surgiendo del fondo del océano. Estaba todavía de pie en aguas que me llegaban hasta el pecho, instantáneamente inmobilizado por el miedo, pero me sentí inclinarme hacia atrás, habiendo perdido el equilibrio debido a la orilla acusada y el golpe sufrido en la pierna. Estaba mirando hacia arriba al vietnamita con incredulidad. Aquel instante a la cima de su salto me permitió ver dos cosas en el mismo instante: la locura de su mirada y el cuchillo que sostenía en la mano derecha, que tenía levantada encima de mi cabeza. Si me hubiera sido posible pienso que me hubiera desmayado sin más. No fue posible, así que me lancé en un intento desesperado de quitarlo de encima. Al caer él sobre mí, traté de bloquear su brazo derecho con el mío y de agarrar lo que pudiera con la mano derecha. Mientras saltamos al agua en un lío de brazos y piernas, esperaba sentir el dolor ardiente de su cuchillo en mi costado. Debió de tener éxito mi intento salvaje de bloquearle el brazo porque el esperado golpe de cuchillo nunca se materializó. Íbamos forcejeando dentro del agua, ambos bien con demasiado miedo o bien con demasiada poca experiencia en este tipo de cosas para no hacer más que ir dando vueltas e ir estirando el uno del otro. No podía ni ver ni respirar. Agarraba al hombre por una muñeca con la mano izquierda y no lo iba a soltar. ¡Rogaba que la muñeca fuera la de la mano que sostenía el cuchillo! Cuando estás luchando debajo del agua no ves absolutamente nada y no tienes ni idea de lo que haces ni de lo que deberías hacer. En tal situación lo más importante no es hacerle daño a tu contrincante sino impedir que te haga daño a ti. Y tienes que hacerlo procurando subir a la superficie de vez en cuando para llenar los pulmones de aire.

Ya agarraba al hombre con ambas manos. Empecé a darle patadas salvajes con mis botas, tratando de darle en el torso. En un momento dado, creía por la extensión de su brazo que tenía el pecho a la altura de mis rodillas, por lo que traté de golpearlo con ellas en la cabeza y el pecho. Debí de haberle dado porque por un instante su brazo se relajó y tras algunos estirones débiles se quedó completamente aflojado. Me tiré hacia abajo con las piernas tratando de encontrar el fondo. Todavía lo tenía cogido del brazo con ambas manos y tenía miedo de soltarlo, pero tenía que llegar a la superficie antes de desmayarme por falta de oxígeno. Cuál fue mi sorpresa al ver que estábamos justo a la orilla del canal, estirando las piernas, me

levanté, llegando el agua tan sólo a la cintura. Con gozo llené los pulmones de aire. Todavía jadeando, eché un vistazo al hombre. Él también jadeaba e inhalaba y al parecer no le preocupaba nada más que esto.

Dos o tres de mis hombres se tiraron al agua junto a mí, cogieron al preso y lo arrastraron a la orilla. Yo todavía estaba temblando, intentando respirar cuando me arrastré a la orilla. ¡No podía creer que esto hubiera pasado! Durante toda la lucha no había procesado ni un solo pensamiento racional ni intencionado. Cada movimiento había sido un reflejo hacia algún estímulo. Nunca me había parado a pensar. Aún corrían mi cerebro y mi corazón tratando de asimilar toda la acción. Se había acabado el incidente, pero ahora empezaba a arraigarme el miedo.

Resultó que habíamos capturado una pequeña factoría flotante de municiones. En las embarcaciones había materiales para fabricar granadas, trampas y pequeñas minas. El hombre se había escondido dentro del canal, respirando por medio de un tubo de bambú; posiblemente había otros ahí cerca, haciendo lo mismo. El hecho de que hubiera tres sampanes más sugería que más de un guerrillero se hallaba escondido ahí cerca.

Continuamos registrando la zona durante varias horas, pero no encontramos rastro de ocupación reciente. Avanzada la tarde nos dirigimos hacia casa. Mirando al guerrillero sentado en la proa del barco, de repente me di cuenta de lo pequeño que era. Seguramente no me llegaba al hombro y era delgado. Sin embargo, cuando él y yo estuvimos luchando dentro del agua, me pareció un gigante. Supongo que fue a causa de aquella imagen de él, subiendo encima de mí. Pareció llegar al cielo, y el centelleante cuchillo alzado encima de su cabeza quedó fijo para siempre en mi memoria.

★ ★ ★

Nunca me pude acostumbrar a luchar con mujeres. A lo mejor me criaron mal, me parece. Siempre me desconcerté al encontrar a una mujer entre un grupo de presos o, peor aún, al encontrar el cadáver de una tras un tiroteo. Recuerdo una operación que acabó con la captura de dos mujeres. Mis acciones posteriores fueron impropias y me han dejado con un sentido insistente de culpabilidad que me persigue a través de los años y que todavía se apodera de mí mientras duermo.

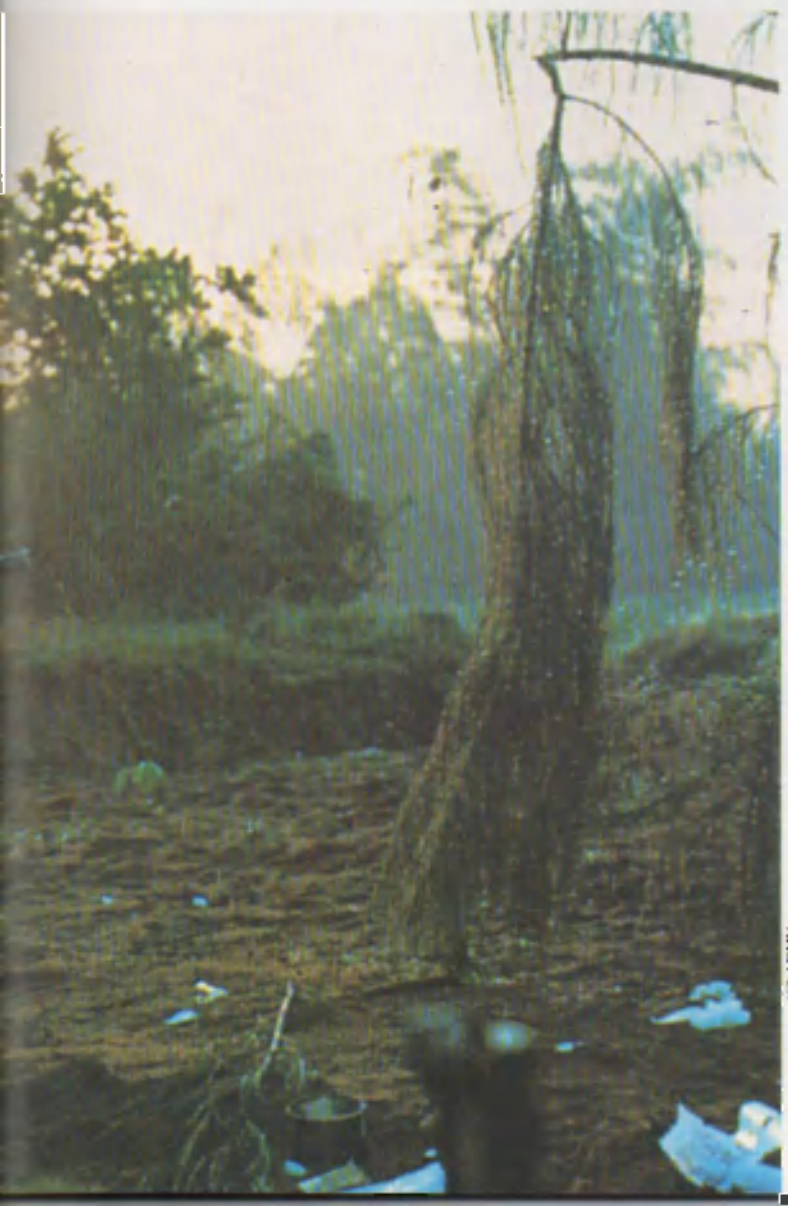
Había salido con una Fuerza Mike en una operación normal con barcos descubiertos. Nos desplazábamos en dos columnas de tres barcos cada una. Entre la tupida vegetación se vislumbraban algunos viejos montículos. Al pasar el barco líder delante de uno de los montículos, géiseres de agua se alzaron a su alrededor. No oí ningún disparo debido al ruido de los motores, pero estaba claro que el barco estaba bajo fuego. Se apartó de la línea de árboles mientras los barcos de su columna llegaron al alcance de la posición enemiga y empezaron a recibir fuego. La mayor parte de los disparos venía de un montículo que veíamos claramente ahí al borde de la vegetación arbórea

Nuestro plan de ataque consistía en emplear los dos barcos que estaban a la izquierda como apoyo mientras desplazáramos nuestros tres barcos hasta cerca de la posición de los vietcong. Cuando el líder de la columna dio la señal, los tres barcos se precipitaron hacia delante, hacia el búnker y los árboles. Los barcos volaron por el agua con un gran ruido de motores. Disparábamos cortas ráfagas con los fusiles de la proa de cada barco, y todos los demás disparaban con sus rifles tan de prisa como podían Estábamos muy expuestos en aquellos barcos abiertos y no queríamos que nadie pudiera ponerse de pie para poder apuntar bien contra nosotros.

En medio de todo el ruido y alboroto, realmente no pude saber cuánto fuego de respuesta recibimos. En cosa de segundos estuvimos en la playa, fuera de los barcos y corriendo hacia la zona del búnker. El sargento de la FE y yo tratamos de mantener nuestras tropas nung bien distribuidas mientras llegamos al búnker y más allá, en los árboles. Establecimos un perímetro alrededor de la zona y fuimos a echar un vistazo más cerca del búnker. Nadie había entrado en él, pero el fuego había cesado por completo.

Tras un brusco canje de palabras, salieron un hombre y dos mujeres con las manos arriba Dentro del búnker había dos hombres más, muertos, cinco AK-47, dos o tres paquetes de documentos, varias cajas de municiones, y dos tarros de arroz Estábamos totalmente seguros de que los presos eran vietcong. Tras unos apretujones y palabras airadas, el sargento de las FE y yo metimos a los vietcong en los barcos y emprendimos el viaje de vuelta al recinto de mi equipo.

Cuando volvimos al recinto los apretujones empezaron de nuevo Mientras yo me secaba y me vestía, oía al teniente Cantrell y a uno de los sargentos de las FE empezar a interrogar a los presos. Los vietcong ofrecían las desmentidas habituales. El



IZQUIERDA. *En los arrozales o en los matorrales, el radiotelegrafista era el enlace vital entre los soldados de a pie y el poderío del apoyo aéreo y de la artillería de EE.UU.*

hombre dijo que era pescador. Una de las mujeres declaraba ser la hermana del hombre, la otra una amiga. Dijeron que no conocían a los hombres muertos del búnker y que nunca antes habían visto los documentos o las armas; habían entrado corriendo en el búnker para evitar el fuego y encontrado a los hombres dentro, ya muertos a disparos. No creí ni una palabra y dije a Cantrell que continuara preguntando. Dentro de poco los presos serían trasladados a la capital de provincia para ser interrogados allí. Si queríamos información actual y útil, sabíamos que teníamos que obtenerla antes de entregar a los presos al equipo provincial.

Era un "gatillo fácil". Era omnipotente; sabía que nada me pararía, hiciera lo que hiciera. Era el rey. Estaba en la cúspide del poder absoluto.

Salí de la fortaleza para ir a buscar el jefe del distrito. Le encontré en el pueblo, trabajando en el edificio de la oficina de distrito Estuvo contento de saber que habíamos traído a unos vietcong muertos en acción. Estos datos los incluiría en las cifras de su propio informe mensual para enviar a la sede central; aparte de esto no le interesaba el tema. Terminé de explicarle la operación y me disculpé para volver al recinto.

Al acercarme a la fortaleza oí muchos gritos ahí dentro. Esperando lo peor entré corriendo por la puerta. Los nung estaban concentrados en el otro lado de la fortaleza. En medio de ellos estaba el sargento de las FE junto a un bidón de aceite de 55 galones. Encima del bidón estaba una de las presas. Tenía las manos atadas atrás y lloraba de vergüenza o miedo, o por ambas cosas a la vez. Acudí corriendo y me abrí camino entre los nung hasta llegar al sargento.

"¿Qué diablos está pasando aquí, sargento?", le grité.

"Esta mujer no quiere hablar. mi teniente. Le he dicho que si no abre la boca, la subastaré a los nung para joder un poco. A ver si joder con unos chinos la hará hablar."

Apretando los dientes le dije en voz baja: "Bájala de ese maldito bidón y tráela a la casa. ¡Nadie va a joder a nuestras presas, hablen o no!"

Acto seguido di la vuelta y me marché, sin hacer caso a los nung, que me miraban con mal humor

Una vez dentro de la casa, eché un vistazo hacia atrás. El sargento venía con la joven sobre el hombro. Cruzó el umbral y la dejó junto a sus compañeros, atados y agachados en el suelo.

"¿Qué diablos piensas que estás haciendo? —pregunté con ira— Sabes que no se puede vender a las mujeres para violaciones colectivas. ¿Estás chiflado?" Saqué la barbilla y lo miré con ferocidad.

Vi que el sargento estaba casi tan furioso conmigo que yo con él. Con las manos en las caderas y mirada feroz me dijo: "No iba a vender a esa puta, mi teniente. Coño, ¡tiene un miedo cerval de esos nung! Sólo intentaba obligarla a decir la verdad. Estamos aquí mientras todos dicen mentiras descaradamente y ni un solo maldito dato que nos podría servir. ¡Dentro de poco los tendremos que entregar a los tíos de Cao Lanh!"

Algo se encendió dentro de mí No sé por qué, no sé cómo, pero de repente supe que el sargento tenía razón Teníamos que obtener esa información. Los escrúpulos que había tenido hacía

ARRIBA: *Tras recibir fuego desde las marismas, soldados norteamericanos y del ARVN echan pie a tierra. Se ha encontrado al escurridizo enemigo, y estos hombres tienen muchas ganas de cargar contra él.*

unos momentos se desvanecieron. De repente era otra persona. "No te preocupes —dije al sargento—. sacaré la información."

Me dirigí a los tres presos e hice levantarse el hombre estirando de la cuerda atada por su cuello. Traté de aparecer lo más duro y amenazador posible. Llevándolo por la puerta trasera de la casa, cogí mi fusil y le dije hablando muy alto: "Hablarás o morirás." Traté de hacerlo convincente, no para él sino para las mujeres que quedaban adentro. Un par de soldados vietnamitas me ayudaron a empujar al hombre fuera de la casa y a forzarlo a arrodillarse.

Yo no sabía realmente lo que iba a hacer. No había elaborado ningún plan concreto. Era un "gatillo fácil". Era omnipotente; sabía que nada me pararía, hiciera lo que hiciera. Era el rey. Estaba en la cúspide del poder absoluto.

El hombre estaba arrodillado en el suelo. Alzó la mirada hacia mí, los ojos iluminados por el miedo Coloqué la boca de mi M16 en su cabeza y dije en vietnamita: "Sé que eres del Vietcong. Sé que las mujeres que están contigo son del Viet-

cong. Has matado a dos de nuestros hombres. La única posibilidad que tienes de vivir es diciéndome dónde se esconde tu unidad y dónde están escondidas vuestras municiones. Si no hablas, te mataré "

Tartamudeando el hombre lo negó. Repitió que sólo era un pescador. Le hice otra pregunta. Nada. Apreté el fusil fuertemente contra su cabeza un instante. Apreté el gatillo La cabeza del hombre cayó hacia atrás, su boca se torció en una mueca. Había apartado la boca del fusil de su frente al apretar el gatillo y el disparo se produjo junto a su oído. La bala no lo alcanzó, pero el ruido seguramente le había reventado el tímpano. No le di ninguna importancia El vietcong cayó hacia delante, meneando la cabeza y apretando los dientes a causa del dolor. No tenía piedad. Pensaba que tendría que estar muy agradecido por haberlo dejado vivir.

"Vamos, de prisa —dije a los hombres que estaban conmigo, señalando para que acudieran a ayudarme—. Amordazadlo y ponedlo en el búnker."

Una vez llevado el hombre, hice venir a la mujer que decía ser su hermana. Le empujé para que se arrodillara y apreté la boca del rifle contra su frente.

"Tu hermano se negó a decir la verdad —dije—. Ha mentido y lo he matado. Has oído el disparo. Si no dices la verdad, te mataré a ti también. ¿Dónde están tus amigos? ¿Dónde guardan las armas?"

La joven empezó a sollozar. Bajó la cabeza, y meneándola dijo que su hermano no era comunista ni ella tampoco. Sólo estaban pescando cuando estallaron los tiroteos. La volví a amenazar, esta vez apretando la boca del fusil contra su estómago. Ella una vez más insistió en que era inocente.

Miraba a la joven arrodillada en el barro. Sus grandes ojos negros miraban directamente a los míos. De repente otra luz se encendió en mi interior. Una sombra de duda me atacó. Había estado totalmente convencido de que los presos eran culpables. Habíamos cogido a esta mujer y a sus amigos con las manos en la masa. ¡Tenían que ser culpables! Pero de repente ya no estaba tan convencido. Mirándola, viendo las lágrimas que se derramaban por sus mejillas, temía que decía la verdad.

Me quedé ahí de pie, mirando vagamente a la mujer, mi M16 colgado de la mano. Un fuerte sentimiento de culpabilidad se apoderó de mí Me pareció que de verdad me había vuelto loco y quería acabar con esta situación lo antes posible. No quería mirar a los presos, no quería pensar en ellos, los quería perder de vista. En cosa de segundos pasé de la certeza absoluta de su culpabilidad, por una sombra de duda, a la certeza de que todos eran inocentes. La vorágine de emociones era casi imposible de

controlar. Ya era incapaz de pensar en qué hacer, cómo actuar. Estaba desorientado y un gran miedo se apoderaba de mí.

La única manera de rescatarme a mí mismo era quitarme de encima el problema, así que decidí simplemente dejar marchar a los presos. Hice traer al hombre desde el búnker y ponerlo junto con las dos mujeres. Haciendo caso omiso de las protestas del teniente Cantrell, el sargento de las FE y el jefe de los nung, llevé a los tres presos a la puerta, los desaté y les dije que podían marchar. Sin comentarios ni preguntas, sin ninguna manifestación de alivio, los tres desgreñados campesinos simplemente dieron la vuelta y se fueron caminando hacia el pueblo. Mirándolos, estuve convencido de que nos habíamos equivocado desde el principio. Eran inocentes.

Volví a la casa del equipo a dar la cara a los demás. El sargento de las FE se reventaba de desprecio y mis compañeros de equipo de incredulidad Todo el mundo me preguntaba al mismo tiempo. ¿Pero qué diablos hacía? ¿Es que unas lágrimas de una joven nativa significaban más que el hecho de que los habíamos cogido in fraganti? ¿Es que pensaba que esto era un juego de niños en que las niñitas se enviaban a casa de su mamá si se les hacía pupa? ¿Estaba loco o qué?

No pude contestar a las preguntas de mis compañeros. No sabía qué pensar, así que encerré todo el episodio en una caja hermética mental y lo guardé en un sitio de mi memoria donde nunca se tocaría. Es fácil evitar solucionar un problema si no le haces caso.

Pero la vida no es sencilla, y las respuestas nunca vienen dadas en cajitas bien etiquetadas. Al cabo de seis semanas los sargentos Abney y Robertson fueron emboscados mientras estaban de patrulla. Llevaron a cabo con éxito una operación contra emboscada, con el saldo de un muerto y dos heridos. En el sitio de la emboscada encontraron a dos vietcong muertos. Uno de ellos era la "hermana" del pescador. Tenía los dedos entrelazados en la bandolera de un AK-47 cuya recámara estaba casi vacía. Esta vez no había duda: era soldado enemigo íntegramente.

Durante poco tiempo, la noticia de que la joven había participado en una emboscada más me aliviaba del remordimiento que sentía por haberle apretado el estómago con la boca del fusil. Ya que quedaba claro que era culpable en primer lugar, yo pude racionalizar que se había merecido el tratamiento a que la había sometido. Pero luego se me ocurrió algo que todavía me vuelve de vez en cuando y me habla susurrando en mis sueños: ¿era del Vietcong antes de que la capturábamos o sólo después?

★ ★ ★

ABAJO: *Los aldeanos a menudo eran coaccionados, bajo amenaza de muerte, a sumarse al Vietcong. Estos hombres podrán defender su causa ante el ARVN, pero no serán tratados con mucha compasión.*

MAGNUM

Dos norteamericanos adscritos a otro equipo EAM de nuestra provincia murieron en acción al sur de Tram Chim. Me encargaron a mí ir allá y llevar sus ficheros y objetos personales a Saigón.

Volver a Saigón desde mi pueblo, a 100 millas de distancia, fue una experiencia asombrosa. Me acuerdo cómo me quedé maravillado por el tendido eléctrico, las calles pavimentadas y las antenas de televisión. Fue casi como si nunca hubiera visto tales cosas. Después de la tranquilidad de mi pueblo, donde no había ni un solo vehículo de cuatro ruedas en un radio de 20 millas, el caos del tráfico de Saigón parecía increíble. A cada cruce el tráfico formaba una masa de personas y de acero que gritaba. pitaba, graznaba, daba bocinazos y maldecía en cinco idiomas como mínimo. La cacofonía y el olor del humo azul de diesel mezclado con el sabor de la cocina vietnamita son para mí la verdadera esencia de Saigón.

Siempre me quedaba asombrado en Saigón o en cualquier otro lugar donde había muchos norteamericanos. No me encontraba a gusto porque nunca me sentía identificado con aquellos otros norteamericanos. Parecían tan distintos de mis compañeros de equipo o de los otros hombres que vivían solos en los pueblos y aldeas. Los tíos de Saigón o Can Tho eran norteamericanos "civilizados". Algunos incluso parecían tener una fuente de uniformes bien lavados y planchados Parecían preocuparse por cosas distintas, por ejemplo· "¿estará abierto el club esta noche? o "¿pasará el helicóptero de las pizzas esta noche?" Empleaban una jerga a la que yo no estaba acostumbrado. A Vietnam lo llamaban simplemente "Nam", abreviatura que a mí siempre me parecía un tanto descortés. Los Estados Unidos eran "el mundo", lo cual implicaba que ese rinconcito atrasado con sus problemas atrasaditos no formaba parte de la Tierra que habitamos los bien educados norteamericanos. Cuando se trataba de matar a gente, se decía "malgastarla", una transformación mágica que de alguna manera implicaba un parecido entre las personas y los condimentos del servicio de intendencia. Los nativos del país se llamaban "gooks" o "slopes". Estos epítetos raciales parecían especialmente irónicos en boca de soldados blancos o negros que se enfurecerían por la palabra "negro"

En Saigón había varios "hoteles" para oficiales. Al menos uno de éstos, el Ohio me parece, tenía un restaurante con aire acondicionado en el terrado. El restaurante tenía ventanas panorámicas en todos lados por lo que uno podía comer cómodamente y al mismo tiempo contemplar el rebosar del Oriente ahí abajo. La segunda y última tarde de mi visita a Saigón, fui con un amigo mío, el teniente James Parton, a cenar al Hotel Ohio. Un bistec con patatas y ensalada costaba 1,50 dólares. Un cóctel costaba 50 centavos. Parton y yo comimos dos bistecs cada uno y cuatro bebidas. Ya que los dos estábamos destinados en equipos EAM queríamos sacar el máximo provecho de las oportunidades que se brindaban a los soldados en la capital.

Parton y yo nos sentamos en una mesa junto a una de las grandes ventanas. Pronto me di cuenta de que el edificio de al lado era un gran hospital militar norteamericano. Llevábamos bastante tiempo ahí sentados, comiendo y charlando, cuando observé una repentina explosión de actividad en la plataforma de aterrizaje del hospital, que estaba situada directamente debajo de nuestra ventana. Apareció un helicóptero encima de los tejados. Le siguió otro, luego otro. Los helicópteros aterrizaron uno por uno en la plataforma ahí abajo. Los recibieron equipos aparentemente desordenados de médicos y enfermeras, que ayudaban a desembarcar el cargamento de norteamericanos heridos, ensangrentados y cubiertos de barro. Acompañaban a unos, a otros los llevaron en camilla. Los heridos ya iban remendados de alguna manera: tenían vendas en la cabeza o en el dorso, tenían un brazo en cabestrillo, las piernas vendadas, algunos ya tenían puesto el gota a gota. Otros ni siquiera iban vendados, tan sólo parecían estar envueltos en los sucios restos de sus trajes de faena. Desde el jovial entorno refrigerado mirábamos fijamente la sangrienta escena que se representaba ahí abajo. El semblante de los hombres que bajaban tambaleándose solos de los helicópteros o acompañados de las enfermeras era de extrema aflicción y de choque. A los muertos los bajaban y quitaban de en medio sin ceremonia para permitir a cada helicóptero despegar rápidamente dando paso al siguiente. Justo al otro lado de la ventana se estaban muriendo soldados norteamericanos de disparos, de metralla, estaban trabajando frenéticamente médicos y enfermeras para salvar a los heridos, y rezaban capellanes sobre los moribundos. Era como mirar la televisión.

Dentro había música, baile, buenos bistecs, y el tintineo del hielo en las copas de whisky. Fuera había la guerra, la agonía, la muerte.

Mirando todo aquello, sin darme cuenta iba comiendo el bistec y bebiendo el whisky con agua. Por las enormes ventanas no penetraba ningún ruido salvo el apagado gemido de las aspas de los helicópteros Era fácil pensar que no estabas allí, que no participabas en la misma vida que aquellos hombres ensangrentados siendo ingresados urgentemente en el hospital de al lado. La situación de fuera parecía remota, sin relación con la situación de dentro. Dentro había música, baile, buenos bistecs y el tintineo del hielo en las copas de whisky. Fuera había la guerra, la agonía, la muerte. Más tarde llegué a pensar que aquel episodio encapsulaba el problema norteamericano en Vietnam. Muchos de los norteamericanos que estaban en Vietnam y todos los norteamericanos en Estados Unidos estaban adentro mirando hacia afuera. viviendo en higiénico confort, mientras ahí fuera en el calor, en el barro, los hombres se morían delante de sus ojos. Lo de fuera parecía tan remoto e irreal a los de dentro que no pararon de comer el bistec un rato suficiente para considerar qué diablos hacían. Los de fuera seguían muriéndose y meneando la cabeza al ver el sufrimiento que los rodeaba.

Iba pensando en el restaurante y en la plataforma de aterrizaje del hospital, pensando en la gente de "dentro" y la gente de "fuera". Yo estaba a punto de volver a ser uno de fuera; pensar en ello me llenaba de desesperación.

★ ★ ★

Era Nochebuena del año 1969. y Saigón y el FNL habían declarado una tregua mutua de 24 horas, por lo que habíamos suspendido todas las operaciones hasta la mañana del día 26 de diciembre.

Era difícil creer que era el día antes de Navidad. Hacía calor; no había escuchado un solo villancico, ni siquiera había pensado en ellos; no había árboles ni luces de Navidad. Es que simplemente no parecía Navidad. Incluso estaba un poco irritado. ¡Ca-

ray!, los tíos de Saigón ahí en la retaguardia al menos podían ir a un espectáculo de Bob Hope o algo así. Ahí donde estaba yo, si no fuera por la tregua, ni me habría enterado de que fuera Navidad.

Me quité de encima el malhumor y decidí firmemente aprovechar al máximo el día de descanso que esperaba nos tocaría. Mis hombres agradecían el descanso, y sentía que se les contagiaba un poco del espíritu navideño. Todos habíamos recibido algunos paquetes y cartas la última vez que había pasado el helicóptero del correo, así que suponía que todos tenían la ilusión de abrirlos el día de Navidad. Si hubiera pensado con calma, creo que yo también me habría imbuido del espíritu reinante, pero los vietcong me tenían preocupado. No confiaba en absoluto en aquellos hijos de puta.

Justo después de ponerse el sol, me puse el traje de rayas y las botas más secas que tenía, me ceñí el 45, cogí el M16 y una banda de cartuchos. me puse la gorra y salí a comprobar la guardia. Todo parecía bien, por lo que volví a atravesar el pueblo rumbo a la fortaleza.

Empecé a pensar en el hecho de que realmente era Nochebuena y que estaba yo ahí al otro lado del mundo de mi familia, totalmente apartado de las fiestas que siempre habíamos disfrutado juntos. Sabía que aquella noche era una noche especial en Georgia. Y ahí estaba yo, vigilando un pueblo en un remoto lugar al otro lado del mundo. En Vietnam no era más que otro día caluroso.

De repente, oí el sonido de música a lo lejos Di la vuelta y miré por la calle del pueblo. Una fila de lucecitas parpadeantes giraba por la esquina de una casa y entraba en la calle Era un grupo de niños de la iglesia católica, caminando en fila y llevando velas. La fila de lucecitas centelleaba en la oscuridad de la noche. A medida que se acercaban, el canto de los niños se sentía más fuerte. Cantaban en lengua vietnamita, pero no pude dejar de reconocer la canción "Noche de paz". ¡Cuán bello y conmovedor era!

Los niños pasaron por delante y pararon en la calle no muy lejos de los muros de la fortaleza. Al final de la fila cuatro chicos habían llevado un pesebre de bambú, tela metálica y papel de colores Miré como los niños sostenían las velas y se juntaban entorno al pesebre, las caras iluminadas por las llamitas. Los padres vinieron por atrás y formaron un semicírculo entorno a los niños y el pequeño pesebre Al dar una señal el joven cura que los acompañaba, todos empezaron a cantar la versión vietnamita de "Adeste fideles". La belleza conmovedora del himno

ARRIBA *Los sampanes normalmente constituían un medio de transporte para los lugareños y sus productos, pero por la noche a menudo servían para transportar armas para el Vietcong.*

eterno fue más especial por estarlo escuchando en un sitio tan remoto, cantado por un pueblo tan distinto.

Me quedé solo, apartado de la muchedumbre, mirando la celebración de la Navidad. Poco a poco me iba dando cuenta de la presión de la pistola en mi cadera, del tirón de la bandolera en el hombro, del peso del rifle en la mano. Contemplé la celebración del nacimiento del Príncipe de la Paz. No tan sólo estaba separado de mi familia e inmensamente lejos de mi país, sino que ahora me sentía apartado de mi Dios. Una negra depresión se apoderó de mí. Me sentía solo y abandonado.

★ ★ ★

El sargento Fitz había encontrado un pequeño arbusto verde y con el sargento Robertson lo había plantado en una cazuela de cocina. Cuando entré yo, tras haber contemplado la escena del pesebre de los niños, trajeron el arbusto a la casa del equipo y con grandes sonrisas anunciaron que habían montado un árbol de Navidad. El sargento Robertson había obtenido un puñado de bombillas de linterna y las había pintado de rojo, verde y amarillo. Las había juntado con celo en un trozo de alambre y ¡lucecitas de Navidad! Robertson colgó el montaje de bombillas en la planta verde de Fitz y metió los extremos del alambre dentro de una pila de radio. Las luces de colores se encendieron al primer contacto y ¡madre mía, que árbol más bonito! De alto no tenía más de dos pies; ni siquiera era de aquellos que nunca pierden las hojas, pero con las luces verdes, rojas y amarillas parecía auténtico. Una de las bombillas había quedado sin pintar y brillaba su luz blanca desde el punto más alto del pequeño arbusto. Los cinco nos quedamos de pie en torno al maravilloso arbolito mirándolo fijamente, cada uno inmerso en sus propios recuerdos y sentimientos.

> La hilera de barcos tenía todos los indicios de un convoy de suministros procedente de Camboya.

El teniente Cantrell propuso que como todos teníamos paquetes. postales y cartas que no habíamos abierto, los pusiéramos al pie del árbol y que los abriéramos a primera hora de la mañana Todos aprobamos la idea, así que fuimos a las literas y hurgamos dentro de nuestras pertinencias para encontrar los paquetes de Navidad. Uno por uno fuimos depositando nuestros regalos y postales al pie del pequeño árbol. La luz que éste emitía iluminava suavemente el extremo de nuestra cabaña. Todo era hermoso con la luz anaranjada de nuestro improvisado árbol de Navidad. Estábamos todos felicitándonos cuando la radio chilló. Era una llamada de "Astronol Zulú", piloto de reconocimiento de la Marina. Había vislumbrado un convoy de barcos que se desplazaba hacia nosotros. Ya que el convoy se hallaba en "territorio indio", le parecía sospechoso. Yo estuve de acuerdo.

La hilera de barcos tenía todos los indicios de un convoy de suministros procedente de Camboya. Supuse que intentaba llegar a las unidades vietcong en el interior antes de que se acabara la tregua. Tales movimientos eran contrarios a las condiciones de la tregua, por lo que no me extrañó cuando el piloto pidió permiso para disparar. Lo hice esperar mientras traté de localizar al jefe de distrito o al oficial que hubiera dejado en su lugar. Como era día de tregua, yo no estaba dispuesto a correr el riesgo de tomar la decisión a solas. Finalmente encontré al oficial de turno y obtuve la autorización correspondiente Llamé al piloto en su propia frecuencia y le di la autorización para abrir fuego. Le dije también que cuando hubiera acabado su patrulla y volviese a casa, le estaría agradecido si volviera a controlar una vez más la zona. Le dije que si viera algo sospechoso a la vuelta, quedaría vigente su autorización para disparar.

Al cabo de pocos momentos oímos el estallido de cohetes a lo lejos y algunas breves ráfagas de ametralladora: luego todo quedó tranquilo. El piloto de la Marina nos volvió a llamar para comunicarnos que había trabado combate con el convoy y que al parecer varios de los barcos habían recibido daños graves. Dijo también que sabía que varios barcos habían conseguido escaparse. Le di las gracias por su ayuda y corté la transmisión. En cuanto a mí, el incidente se había acabado. "Que vayan haciendo —pensé—. es Nochebuena."

CAPÍTULO 3 FUEGO AMIGO

Estaba a punto de dormir cuando el jefe de distrito vino corriendo a la casa. Había oído el fuego y los cohetes y uno de sus ayudantes le había informado sobre el convoy vietcong. ¿Cuántos barcos había?, quería saber. ¿A qué distancia se hallaban? ¿Cuántos barcos se escaparon del piloto de Marina? ¿No deberíamos ir a controlar la zona para procurar que los vietcong no volvieran a salvar sus suministros? A la última pregunta contesté un rotundo no. No estaba dispuesto a salir de excursión en plena Nochebuena para buscar unos barcos trinchados del Vietcong. Y muy especialmente no tenía interés en encontrarme con un número desconocido de vietcong vivos todos enfurecidos conmigo, ¡porque la Marina había fastidiado su Navidad!

> Si los vietcong nos vieran antes que nosotros a ellos, no tendríamos ni la más mínima posibilidad de salir vivos de ahí.

Bueno, el jefe de distrito estaba obsesionado con la idea de que los vietcong estaban violando la tregua. Estaba seguro de que se dirigían a atacar a una de las aldeas del distrito, y temía especialmente que vinieran a por el pueblo del distrito. Quería enviar a una escuadra de milicianos para localizar el convoy destrozado y evaluar la situación. Exigía implícitamente que como los norteamericanos ya estábamos implicados en el asunto, que enviara yo a un par de hombres para acompañar a las tropas nativas.

Seguía insistiendo, y yo accedí de mala gana; pero como era Nochebuena, no quería enviar a dos de los hombres mientras yo me quedaba. Decidí que si alguien iba a ir, sería yo y el suboficial superior. Robertson y yo preparamos las armas y herramientas, llenamos el depósito del barco con gasolina, y embarcamos junto con cuatro vietnamitas.

Era una noche clara, iluminada por la luna, por lo que avanzábamos muy lentamente. Ya que el estrecho canal no solía tener mucho tráfico de barcos, las plantas acuáticas habían crecido incluso en la parte más profunda. Tuvimos que parar varias veces para limpiar la hélice. Al cabo de un par de horas el motor falló definitivamente. Se había sobrecalentado y una vez más la hélice estaba envuelta en un enredo de plantas.

Utilizando los remos fuimos de una orilla a la otra, dejando en cada una a dos vietnamitas. Les dijimos que se separaran y que estuvieran alerta, ya que tenían que actuar de defensa de perímetro mientras Robertson y yo trabajáramos sobre el motor. Estábamos bastante lejos ya del pueblo, y según mis cálculos nocturnos estábamos cerca de donde el piloto de Marina dijo haber localizado el convoy.

Robertson y yo volvimos al barco a ver si podíamos volver a ponerlo en marcha. Yo me metí lentamente en las negras aguas del canal. Al llegar a la hélice, empecé a cortar el tupido enredo de plantas que la envolvía. No tardé en limpiarla y esperaba que ya estuviéramos listos para marchar. Dije susurrando a Robertson que intentara poner en marcha el motor. Agarró la cuerda de arranque y tiró con fuerza. Nada. Lo intentó varias veces más, pero no pasó nada. Íbamos tocando y ajustando el viejo montón de chatarra. Sin resultado. Parecía claro que aquella noche no había nada más que hacer con nuestro barco.

Teníamos dos posibilidades. Una era quedarnos ahí donde estábamos y correr el riesgo de ser encontrados por los vietcong. O podíamos dar la vuelta y arrastrar el barco hacia el pueblo. Robertson y yo discutíamos las alternativas cuando uno de los soldados vietnamitas se acercó a gatas y nos dijo susurrando que había visto pasar a unas figuras en la oscuridad.

Si fueran vietcong, no me gustaba la idea de dejarlos interponerse entre nosotros y el pueblo, y si por casualidad supieran que estábamos allí, no quería que nos quedáramos en un lugar el tiempo suficiente para que organizaran un ataque. Decidí empezar a volver al pueblo, desplazándonos silenciosamente por las orillas del canal y arrastrando el barco. Tuve que informar al equipo, por lo que me arriesgué a hacer una llamada por radio.

Apreté el botón del micrófono de mano que permite hablar y pronuncié cada palabra con excesivo cuidado, hablando en voz muy baja: "Whiskey, Whiskey Seis. Nos ha fallado el motor. Volvemos con el barco. Repito, sin motor, volvemos remolcando el barco ¿Mensaje recibido? Cambio."

"Recibido, Seis. ¿Tenéis hora estimada de llegada? Cambio."

"Aquí Seis. Tal vez un par de horas. Cambio."

"Conforme, Seis. ¿Queréis que enviemos ayuda? Cambio."

"Whiskey, aquí Seis. Negativo, pero alerta. Hemos visto actividad Víctor Carlos. Cambio."

"Seis, aquí Whiskey. Conforme. Llamad si necesitáis ayuda."

"Aquí Seis. Conforme. Fin de mensaje."

Sabía que si saliéramos todos de los barcos y volviéramos caminando por la orilla del canal, seríamos blanco perfecto a la luz de la luna. Si los vietcong nos vieran antes que nosotros a ellos, no tendríamos ninguna posibilidad de salir vivos. Decidí que los cuatro vietnamitas irían en el barco y que Robertson y yo nos meteríamos en el canal y arrastraríamos el barco lo mejor que pudiéramos.

Cuando le dije al veterano Robertson que los vietnamitas irían en el barco y que nosotros los arrastraríamos a casa estuvo aún más asqueado que antes. Le dije que cada uno de nosotros ataría un trozo de cuerda a la proa, se metería en el agua y arrastraría el barco. Nos quitamos las botas y los calcetines, pero nos dejamos puesto el traje de faena. Si tuviéramos que salir del agua sin camisa y pantalón, la brillante luz de luna nos iluminaría como si fuéramos peces muertos.

Fue realmente difícil nadar en una agua densa, medio sólida, de malas hierbas. Al cabo de un rato, paramos para respirar y hacer descansar los brazos un momento. De pie dentro del canal, miraba vacíamente las estrellas centelleantes en el cielo despejando cuando de repente vi la luz roja parpadeante. Se me heló la sangre. Por el rumbo y la altura de la luz supe en seguida que se trataba del mismo piloto de Marina que había empezado todo ese asunto. Supuse que pasaba otra vez, rumbo a casa y cumpliendo mi solicitud anterior de comprobar la zona. Lo que de verdad me daba miedo fue el hecho de que lo había autorizado para disparar contra cualquier cosa que pareciera sospechosa. La autorización todavía era válida. Como un imbécil, no había informado al piloto que íbamos a la zona del objetivo. Ahora estábamos en medio de una zona permitida para disparar, y sabía que a nuestro amigo de la Marina pareceríamos muy sospechosos.

Robertson estaba apoyado en el costado del barco, y le susurré con urgencia: "Robertson, ¡de prisa! Dame la radio. ¡Está de vuelta la Marina!"

Mientras me la pasaba, se produjo un tirón debido a una planta o al hilo, y el micrófono cayó al agua. En seguida lo cogí En

voz baja maldecía, sacudiendo el micro para quitarle el agua. Ya que el micro de la PRC-25 es preciso para enviar y recibir transmisiones, y como no funciona bien cuando está lleno de agua, sabía que nuestra situación era verdaderamente difícil. Traté de llamar a la casa del equipo, pero no hubo respuesta. Robertson se metió en el barco para llegar a la radio y cambiar la frecuencia. Cambió a la frecuencia del buque SS *Benewa*. No tenía muchas esperanzas de contactar con el buque, ya que éste estaba al menos a 20 millas de distancia, pero pensaba que tal vez el piloto controlara su frecuencia. Si él estaba en la frecuencia del buque, pensé, podría oírnos. Llamamos repetidamente, pero en la frecuencia de la Marina no hubo respuesta. El nivel de adrenalina me subía rápidamente.

Miraba como la lucecita roja parpadeante se acercaba cada vez más, mientras seguíamos tratando de transmitir tanto en nuestra frecuencia como en la de la Marina. El avión seguía una trayectoria que lo haría pasar por nuestra derecha, si no cambiaba de rumbo, por lo que empecé a esperar que posiblemente pasara de largo sin vernos. Intenté contactar otra vez con el equipo y con enorme alegría escuché alguna respuesta muy débil, al parecer del sargento Fitz. La transmisión era malísima, pero en medio del confuso chisporroteo, nos dimos cuenta que nos decía que no entendía nuestras transmisiones El hecho de que estuviéramos casi a punto de contactar aumentó mi sentido de desesperación. Apreté el botón y envié un breve y directo mensaje. "Whiskey, aquí Seis. Llamad a Astronol Zulú Dadle nuetra posición Anulad la autorización para disparar. ¿Recibido? Cambio."

"Aquí Whiskey. Mensaje recibido."

ABAJO: *El bullicio de Saigón. Antaño un tranquilo rincón colonial francés, Saigón se convirtió en una palpitante ciudad durante las 24 horas del día, donde con un par de dólares se podía comprar la fantasía de todo recluta*

MAGNUM

En seguida Fitz llamó al piloto de la Marina.

"Astronol Zulú, Astronol Zulú, aquí Greedy Petrel Whiskey, escucho " No hubo respuesta a sus llamadas. Volvió a llamarnos a nosotros diciéndonos que iba a cambiar a la frecuencia de la Marina a ver si podía contactar con alguien.

Miré la pequeña luz roja, que se desplazaba lentamente entre las estrellas. Poco a poco empezó a girar orientándose hacia nosotros. Sacudí la cabeza resignado, perdiendo toda esperanza de escapar de esta situación Había oído demasiadas historias de tíos abatidos por su propia artillería o aviones porque estaban allí donde no tenían que estar o porque no habían sido correctamente identificados por los pilotos. Por lo que supiera este piloto, nosotros no teníamos que estar allí, y clarísimo no éramos identificables. Golpeé ligeramente a Robertson en el hombro y señalé las luces que se acercaban. Su rostro se llenó de asco, y se encogió de hombros reconociendo silenciosamente nuestro desamparo.

No lo sabíamos, pero el sargento Fitz había logrado contactar con los tíos de la Marina allí en el *Benewa*. Ellos tuvieron que repasar sus propios libros de códigos para encontrar la frecuencia operacional del avión. luego lo llamaron y le dijeron que llamara a Greedy Petrel Whiskey para recoger un mensaje

A Robertson y a mí el agua nos llegaba a los hombros. Mirábamos el avión acercarse Los vietnamitas que estaban dentro del barco sabían que algo ocurría. Habían notado nuestra cara de preocupación, y ahora habían visto como el avión volvía a dar un pequeño giro rumbo a nosotros. Al girar el avión y dirigirse directamente hacia nosotros, empezó rápidamente a perder altura. Se estabilizó a unos cientos de pies y ya se nos venía de prisa. El amenazador gemido de los motores ya era mucho más alto. Sentí como el piloto cargaba sus armas, era inútil siquiera agacharse. De repente nuestra radio volvió a la vida con otra transmisión chisporroteante: "Greedy Petrel Whiskey, Astronol Zulú. ¿Tenéis un mensaje para mí? Cambio."

El sargento Fitz hizo caso omiso de todos los protocolos de la telegrafía y gritó: "¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! Aquí Whiskey, digo otra vez ¡alto el fuego! *¿Recibido?* ¡Cambio!"

"Conforme", contestó Zulú inexpresivamente. El avión ya estaba tan cerca que veíamos su perfil contra el cielo oscuro. Se levantó un poquitín y con gran estruendo pasó por encima de nosotros. Mirando como el avión se desvanecía en la oscuridad, me encontraba como un trapo. Tras pocos segundos volvió a ser una lucecita parpadeante, si bien los motores gemían aún en la tranquilidad de la noche tropical.

Robertson y yo nos miramos sin expresión. A cada uno nos salió una enorme sonrisa y yo tenía ganas de gritar de alivio. Hice un esfuerzo para aguantar porque todavía no sabíamos si estábamos rodeados de vietcong A Robertson le di un espaldarazo y él me enseñó el puño con el dedo gordo señalando el cielo. Los milicianos del pueblo empezaron a sonreír y susurrar de alivio Les dije que se tranquilizaran y que se prepararan a ponerse en marcha. Robertson y yo agarramos las cuerdas y volvimos a desplazarnos, medio nadando, a través del agua y de la malas hierbas.

Robertson y yo nos acostumbramos a una rutina de nadar, caminar y descansar en el agua. Nuestro vigía en ningún momento vio rastro de los vietcong, pero yo no dejaba de preocuparme de que en cualquier momento tropezáramos con una compañía de ellos sentada en la orilla del canal. Robertson y yo teníamos la mirada fijada en las orillas, rezando para que no viéramos nada

IZQUIERDA: *Con un poco de persuasión, tal vez este supuesto vietcong se anime a revelar dónde está un depósito de armas, o el paradero de sus compañeros.*

No sé por qué, nos parecía enormemente gracioso el hecho de que casi nos habíamos matado por nuestra propia estupidez.

Finalmente me parecía que ya no podía más. Nos encontrábamos aún a más o menos una milla y media de los puestos de avanzada del pueblo, pero Robertson y yo estábamos agotados. Los períodos de nadar y arrastrar el barco se habían hecho cada vez más cortos. Tenía la sensación de haber sido torturado en el potro, y mis piernas parecían convertidas en goma. Si Robertson y yo tuviéramos que arrastrar el barco hasta llegar a casa, sencillamente no llegaríamos. Los vietnamitas eran demasiado pequeños para arrastrar el barco con nosotros adentro, por lo que decidí arriesgarnos a caminar.

Llamé a la casa del equipo por radio para comunicarles nuestra posición y para informar a los guardias de los puestos de avanzada que llegábamos. No quería que pensaran que fuéramos vietcong tratando de atacarlos sigilosamente.

Al empezar a caminar, debido a la combinación del agotamiento y del alivio, Robertson y yo nos sentíamos algo aturdidos. Aunque todavía había peligro, empezamos a reírnos de nuestra desafortunada manera de llevar a cabo la operación. No era para reírse, porque casi nos habíamos matado. Además, teníamos demasiada experiencia para relajar la vigilancia simplemente porque estábamos cerca de casa. A los vietcong siempre les gustaba montar una emboscada precisamente allí donde todos se pensaban estar sanos y salvos. Sabíamos que habíamos de tener los ojos avivados hasta entrar dentro de los muros del recinto.

Al llegar a los muros y habiendo comprobado la situación con los guardias de los puestos de avanzada, dije a los milicianos vietnamitas que se fueran a sus casas. Robertson y yo nos metimos en el barco, lo llevamos con los remos al muelle y lo amarramos. Recogiendo nuestras cosas, de nuevo empezamos a reírnos. No sé por qué, nos parecía enormemente gracioso el hecho de que casi nos habíamos matado por nuestra propia estupidez en una operación de combate durante un período de tregua en Nochebuena. Robertson propuso cantar un villancico, así que al entrar en la fortaleza, con los pies y las manos chorreando sangre, totalmente mojados hasta la médula, cubiertos de barro y de sanguijuelas, y arrastrando armas y municiones, para todos cantamos una enérgica versión de "Adeste fideles".

★ ★ ★

Me desperté bien avanzada la mañana del día de Navidad. Incluso arrastrarme de la litera me dolía, por lo que me tomé un par de aspirinas para matar el persistente dolor de hombros y piernas. Robertson se levantó más o menos a la misma hora y nos acercamos al hornillo para compartir los restos del café. A cada uno nos tocó una media taza del áspero líquido, y fuimos a sentarnos junto al árbol de Navidad. Nos limitamos a charlar y esperar mientras los demás acudían para abrir los regalos de

Navidad. Éramos los sargentos Robertson, Abney y Fits y el teniente Cantrell y yo, estábamos todos. Empezamos la ceremonia. Primero Fitz enchufó las lucecitas. y pasamos un rato simplemente contemplando el árbol y los regalos. Todos queríamos que nuestra pequeña Navidad durara lo más posible, así que alargamos el proceso de abrir los regalos con muchas diversiones y conversaciones triviales. Cada lacito, cada trozo de papel proporcionaba un extraño, casi místico contacto con la familia. Al abrirse los paquetes, cada regalo se celebró con gritos de placer, como si fuéramos un grupo de ancianas mirando a un bebé. Fue un día de Navidad muy pobre, pero sacamos el máximo provecho. Gracias a Dios por tener buenos parientes.

Al carajo con todos. ¡Éramos un maldito equipo EAM y podíamos arreglárnoslas solos!

Los comunicados de prensa del Ejército solían implicar que a cada norteamericano que prestaba servicio en Vietnam se le proporcionaba una comida caliente de Navidad, con pavo y todo. Ya que la comida de Navidad era un factor importante de moral, del que todos éramos conscientes, no me extrañó que unos días antes el equipo de provincia me llamó a ver si queríamos recibir las comidas calientes el día de Navidad. Dijeron que se nos daría pavo, puré de patatas, salsa de arándanos, ¡todo! Si quisiéramos nos enviarían la comida por helicóptero. Contesté que perfecto. Una buena comida norteamericana nos iría bien a todos, especialmente porque era el día de Navidad. Muy bien, dijeron, ahora vete a recoger 1,50 dólares en moneda norteamericana de cada hombre que quiere la comida. No me lo creía. ¡Nos querían hacer pagar! Teníamos que pagar el importe de las comidas cuando el helicóptero nos las entregara Si no pagas, no comes.

Resulta difícil explicar precisamente por qué me sentí ofendido al oír que tenía que pagar 1,50 dólares por la comida de Navidad, especialmente dado que tan sólo entregarla requería un helicóptero que valía 500.000 dólares y como mínimo 100 dólares de combustible Pero sí lo tomé a mal Y los otros muchachos también, por lo que dije al cuartel general de la provincia que se quedaran con su pavo. Creo que en parte lo tomamos a mal porque sentíamos que ahí estábamos, cinco norteamericanos destinados en el quinto pino, a medio mundo de casa, tratando de hacer lo mejor que podíamos, con poco o ningún apoyo de nadie, y los hijos de puta ni siquiera nos querían regalar la comida de Navidad. Bueno pues, al carajo con ellos, pensamos, los oficiales de Saigón, los ciudadanos de Kalamazoo, los hippies de California .. Al carajo con todos ellos. ¡Éramos un maldito equipo EAM y podíamos arreglárnoslas solos! Parece infantil, ¿verdad? Es que para comprenderlo tienes que vivirlo.

Al volver al recinto tras una visita al jefe de distrito, encontré al teniente Cantrell asando un pato sobre una hoguera. El sargento Abney estaba dentro preparando una cazuela de arroz. Aliñado con un poco de *nuoc mam* el pato no estaba nada mal. Con margarina reglamentaria untamos el pan de corteza dura comprado el día anterior en el mercado del pueblo y sacamos unas galletas de las raciones. Comida suficiente, eso sí, pero pavo de Navidad, ¡ni pensarlo!

★ ★ ★

Una mañana, al salir de la casa del equipo, encontré a una mujer que me esperaba. Agachada junto a la pared, tenía algún fardo en brazos. Me acerqué a ella, tratando de sonreír para tranquilizarla.

Preguntó cortésmente por mi salud, y yo le pregunté por la suya. Ella estaba muy bien, me dijo, pero su bebé estaba muy enfermo Iba desatando el fardo y me lo enseñó. Al parecer, el niño tenía menos de un año, y estaba totalmente cubierto de lo que parecía ser lesiones de culebrilla En muchos sitios había infecciones cutáneas secundarias, y la cara y los brazos del bebé estaban hinchados de edema. El bebé estaba apático y no se quejó de mi exploración no muy experta.

Pregunté a la mujer si lavaba al bebé con agua y jabón. Me dijo que no, que no había jabón en el pueblo Luego pregunté si hervía el agua que utilizaba para lavar al bebé sin jabón. Me dijo que no, la leña era cara y no tenía marido que la ayudara a obtenerla. Dijo que había acudido a mí esperando que le diera medicina occidental para el pequeño.

Llamé a Fitz para que diera un vistazo al bebé. Tras examinarlo me dijo: "No lo sé, me parece que está muy mal. Le podría dar penicilina para las infecciones secundarias, pero no sé si lo va a ayudar. Si no se limpia, seguirá siendo infectado por la culebrilla y Dios sabe qué más."

"Bueno, le damos la inyección de todas maneras —dije—. Tal vez ayude un poco y esta mujer al menos verá que intentamos hacer algo. Trae una pastilla de jabón también "

La mujer no era del pueblo local sino de otro a varias millas de distancia. Había pagado para venir aquella mañana en un taxi acuático, pero nos dijo que ya no le quedaba dinero y que tendría que volver a casa a pie. En este momento el sargento Fitz volvió con el jabón y una jeringuilla de penicilina. Pinchó al bebé, que ni siquiera lloró ni se movió. La falta de respuesta del pequeño a la inyección me hizo preocuparme aún más por su estado.

Fitz y yo hablamos y decidimos preguntar a la mujer si quería quedarse unos días en el recinto para que pudiéramos observar al bebé. Ella dijo que tenía que volver a su pueblo, pero prometió usar el jabón y hervir el agua antes de lavar al bebé Fitz me miró y se encogió de hombros. No podíamos hacer nada más. Le dije a la mujer que lo sentía pero no teníamos la medicina adecuada para su bebé, pero que habíamos hecho todo lo que podíamos con lo que teníamos Fue terrible saber que la mujer había venido desde tan lejos, pagando dinero que no tenía, y que al final poco podríamos hacer porque nosotros tampoco disponíamos de elementos para trabajar.

Al cabo de tres días, estaba la mujer en el centro del recinto con el mismo fardo de trapos en brazos. Casi era mediodía, el recinto estaba tranquilo: tranquilidad resaltada por la pobre mujer esperando allí en el asfixiante calor.

Al acercarme la saludé y me interesé por su salud. La ansiedad y desesperación de su cara fueron respuesta suficiente. Me dijo que había estado usando el jabón e hirviendo el agua y el niño estaba cada vez peor en vez de mejor. Dijo que había salido a primera hora de su pueblo y que había venido a pie a vernos. ¿Podría yo intentar otra vez con nuestra medicina? No quería molestar, dijo, pero hacía pocos meses su marido había sido matado en nuestro ejército y ahora temía que iba a perder a su único hijo, varón, la esperanza de su vejez. Al entregarme el fardo, me miró fijamente, suplicando.

Quité el trapo y miré. La cara hinchada del niño era de color gris amarillento, la boca floja. Me asusté y me quedé un mo-

mento sin aliento, al sostener tan cerca y tan inesperadamente la fea imagen de la muerte. Las ronchas y llagas producidas por la desbordante infección parasitaria estaban aún vivas, como si la piel todavía estuviera aquejada Llamé al sargento Fitz y sacamos al bebé del fardo Todo el cuerpo estaba como la última vez, hinchado y distendido del edema, lleno de llagas y las ronchas circulares de la culebrilla. Acerqué el cuerpo del niño al oído. No oí nada. Lo entregué a Fitz y le pregunté si tenía su estetoscopio. Él miró una vez y dijo que no con la cabeza. Sabía que el niño estaba muerto sin siquiera auscultarle.

Fitz volvió a envolver el niño, y sin mirarme dijo: "Este pequeñito está muerto. Ahora no podemos hacer nada." Se paró

ARRIBA: *Un OV-10 Bronco. Aviones de apoyo como éste eran como la merced divina para los infantes y a veces significaban la diferencia entre la vida y la muerte.*

un segundo, mirando al pequeño y feo cadáver. "Mierda —dijo asqueado—. No podríamos haber hecho nada de todas maneras, me parece. Tal como están las cosas."

"No, supongo que no —dije en voz baja—, tal como están las cosas."

> En mi país nunca se entenderían todas las cosas pequeñas pero muy importantes que en Vietnam hacían falta.

¡Pensar qué habría significado una pastilla de jabón para aquel niño si la hubiera tenido a tiempo! Cuán poca higiene elemental, cuán pocas medicinas básicas, habrían salvado la vida de aquel niño o reducido la miseria de otros miles sólo de mi distrito. Era una situación de aquellas en que parecía que las cosas más insignificantes eran las que más falta hacían

Nos hacía falta jabón. Pero es imposible hablar con los norteamericanos acerca del jabón. Los norteamericanos no entienden del jabón. Es algo que damos por sentado. Hemos perdido el recuerdo cultural de lo que significa vivir sin jabón. Los norteamericanos en general somos superlimpios y esperamos sin más que todos los demás lo sean también. Dios mío, ¡qué ingenuo! Me pregunto desde hace cuánto tiempo se murió un niño de culebrilla en los Estados Unidos. Sospecho que hemos perdido aquel recuerdo también.

Así que sentía una enorme frustración porque me di cuenta que en mi país nunca se entenderían todas las cosas pequeñas pero muy importantes que en Vietnam hacían falta ¡No puedes salir en el telediario de la noche explicando al país la necesidad de jabón! La gente sencillamente no comprenderá de lo que estás hablando. A los norteamericanos nos resulta fácil creer que algún país pobre necesite nuestras bombas, balas, incluso soldados, pero ¿jabón? No, señor, no les envíes jabón; caramba, ¡todo el mundo tiene jabón!

★ ★ ★

No había ni un solo médico en todo mi distrito Tratábamos de proporcionar la poca asistencia médica que podíamos, manteniendo las clínicas de maternidad y de primeros auxilios en los distintos pueblos, pero a los heridos o enfermos graves no había manera de ayudarlos. Es cierto que cuando se traía a gente con graves problemas médicos al pueblo del distrito, a veces conseguíamos que viniera un helicóptero de evacuación a recoger al paciente y llevarlo a un hospital, pero, si no, el enfermo tenía que vivir o morirse según la capacidad de su cuerpo para sobrevivir

Hacía algunos meses, una jovencita había sufrido graves quemaduras en ambas piernas, desde medio muslo hacia abajo. Desde sufrir las quemaduras habían pasado tres días, y la madre la había ido llevando al curandero chino local. La medicación tradicional era, al parecer, una especie de ungüento de hierbas con el que le habían untado las piernas. La madre había traído a su hija a probar nuestro tratamiento "experimental" tan sólo al ver que ella estaba cada vez peor. Cuando la vimos, las piernas eran enormes masas de tejido edematoso y supurante, al rojo vivo debajo de la gruesa capa de ungüento. Debido a nuestra falta de medicinas y a la tan deficiente higiene del lugar, supe que no podíamos hacer nada. Las piernas de la niña constituían un magnífico caldo de cultivo para casi todos los gérmenes imaginables. Llamamos para solicitar un helicóptero Ninguno disponible, respondieron Podemos esperar, dijimos. La misión no se estima procedente, contestaron nuestros superiores.

Bueno, pues, hicimos lo que podíamos. Fitz bañó las piernas de la chiquilla y las limpió con agua oxigenada. Las envolvió con gasas de algodón para protegerlas contra la suciedad y el polvo, aunque las gasas no son indicadas para las quemaduras Las utilizamos porque no teníamos otra cosa. Tras limpiar y vendar las piernas lo mejor que pudo, Fitz dijo a la madre que trajera a su hija cada dos días, y él volvería a limpiar las piernas y cambiar las vendas.

La rutina del cambio de vendas duró algún tiempo: la madre traía a su hija cada dos días tal como le habíamos dicho. Cada vez la niña tuvo que someterse a una limpieza terriblemente dolorosa de sus piernas, pero siempre aguantó en silencio. Tan sólo de vez en cuando una mueca o chispa de dolor en los ojos indicaba su sufrimiento. Cada vez que venía, las gasas estaban incrustadas en las secreciones secadas de las atormentadas piernas de la niña. Fitz vertía el agua oxigenada sobre las gasas, solo para ablandar la costra que las enganchaba al miembro. Tras dejar que el agua oxigenada echara espuma y burbujas durante unos momentos, podíamos sacar lentamente las viejas gasas de la carne viva. Nada más verlo reculábamos, pero la niña

nunca dijo palabra ni derramó lágrima alguna. Era el dolor reflejado en sus ojos y en los de su madre lo que me daba ganas de llorar.

> Quería tanto que la gente tuviera fe en mí, que aceptara mi palabra y mi proceder como correctos. Yo era el norteamericano del distrito; ¡era el rey guerrero!

Las curas que aplicamos distaban mucho de ser adecuadas. Después de unas cinco visitas se nos acabó la penicilina. Sin antibióticos, pronto la niña sucumbió a una altísima fiebre, y las aspirinas que le dábamos no tenían efecto. Durante la segunda o tercera semana entró en coma. La madre se resignó a la muerte de su hija, y creo que a pesar de lo mucho que queríamos que viviera, más aún queríamos que cesara su sufrimiento. Cuando se murió, yo sentía todavía que no había cumplido.

Quería tanto que la gente tuviera fe en mí, que aceptara mi palabra y mi proceder como correctos. Yo era el norteamericano del distrito; ¡era el rey guerrero! Cuando me pedían ayuda, ¡tenía que poder proporcionarla! Era consciete de que los reyes guerreros sólo viven en la fantasía, y sólo ahí pueden satisfacer las necesidades de sus súbditos. Mis defectos siempre probaban que de ningún modo era un rey guerrero, era tan sólo un soldado más que distaba mucho de la perfección.

★ ★ ★

Había sido un día despejado y caluroso. Todos los bichos de Asia llevaban desde primera hora de la mañana alimentándose de mi cuerpo, y había resultado imposible avanzar más de cinco pasos sin que cinco kilos de fango se pegaran a mis botas. Sin embargo, habíamos caminado muchas millas, y me encontraba agotado. El sargento Abney y yo llevábamos a cabo una operación más con un pelotón de milicianos de uno de los pueblos de nuestro distrito.

Otra vez íbamos de pie porque se había acabado la temporada de las inundaciones. Casi todo el terreno del distrito ya estaba encima del nivel del agua, pero incluso la "tierra firme" era más bien barro gris y pegajoso. Abney y yo y todo el pelotón estábamos cansados sólo del esfuerzo de caminar. De la cintura para abajo estábamos cubiertos de fango y manchados en las otras partes. El sudor empapaba mi traje de faena y se derramaba sobre debajo de mi gorra de camuflaje.

Aquellos días tenía un cuidado especial porque ya me faltaba poco tiempo. Me estaba mentalizando, incluso anticipando, mi "abdicación" en el próximo asesor de distrito, pero mientras tanto quería estar ocupado y mantener la presión sobre los vietcong locales.

Estaba a punto de decir algo al jefe del pelotón cuando el sargento Abney se acercó diciéndome que me pedían por la radio. Era el sargento Robertson llamando desde el recinto del equipo. Me dijo que acababa de recibir una llamada, que decían que yo tenía que hacer las maletas y estar preparado para abandonar el equipo de inmediato. Robertson dijo que al parecer la Cruz Roja había contactado con el cuartel general de la provincia solicitando que me diera un permiso de urgencia. El ASP estuvo conforme y, en efecto, ya había enviado un helicóptero para recogerme. Robertson me dijo que no sabía de qué iba todo eso del permiso, pero que el helicóptero llegaría ahí donde estaba yo dentro de pocos minutos. Me quedé allí, mirando la radio, aturdido. Me preguntaba qué diablos estaba pasando. Al cabo de pocos minutos oímos el helicóptero que llegaba y contacté con él a través de nuestra radio. Le indiqué que aterrizara en un arrozal allí cerca. Le dije al jefe del pelotón vietnamita que me habían llamado a una reunión importante con el ASP y que tendría que marcharme inmediatamente. Vi que él estaba tan perplejo como yo por la repentina aparición del helicóptero. No sabía qué decir, por lo que Abney y yo embarcamos y volvimos al recinto. Supuse que todo era una equivocación y que nada más estar de vuelta lo aclararía.

Cuando llegamos al recinto, los sargentos Robertson y Fitz y el teniente Cantrell estaban esperando en el campo de aterrizaje. Abney y yo saltamos del aparato y fuimos corriendo en medio de la nube de polvo. El teniente Cantrell me agarró del brazo y me gritó al oído: "Tienes que marcharte en el helicóptero. Provincia ha llamado y nos ha dicho que hagamos tu maleta. Te dan un permiso de urgencia para ir a Estados Unidos." Vi mi equipamiento y una bolsa llena junto a los pies de Robertson. No me lo creía. Así por las buenas ¡me iba a casa!

IZQUIERDA: *El reasentamiento era un aspecto fundamental del programa de pacificación. Su objetivo era negar asilo a los vietcong, pero también enajenó a la población rural.*

"¿Por qué tanta prisa? —pregunté—. ¿Sabes de qué se trata?

"No, no nos han dicho nada en concreto —contestó Cantrell—. Se ve que han dicho algo de tu padre. ¿Ha estado enfermo?

Me quedé mirándolo boquiabierto. No podía asimilar lo que estaba pasando. Todo se acababa tan de prisa...

Me encogí de hombros. Hacía años que mi padre tenía un problema cardíaco, pero yo no sabía de ninguna crisis. (De hecho había sufrido una recaída, y falleció pocos días después de mi vuelta a Estados Unidos.) Cantrell me miró y sonrió: "¡Hombre!, coge tus cosas y alégrate de salir de aquí."

El sargento Robertson se acercó y dijo: "Provincia dice que no volverás. No te quedará tiempo en el país después del permiso."

Me quedé mirándolo boquiabierto. No podía asimilar lo que estaba pasando. Todo se acababa tan de prisa. No quería marcharme de esta manera. No habíamos tenido un último día para intercambiar mentiras y recordar nuestras hazañas comunes. No había tiempo para hacer promesas para el futuro. Para maldecir a los políticos, los altos mandos militares, las autoridades gubernamentales. Ningunas horas finales de compañerismo. Ningún tiempo para decir a estos hombres cuánto los respetaba y lo orgulloso que me sentía de haber servido junto a ellos. Sólo tuve unos momentos para decir adiós.

Robertson saludó en plan muy formal. "Ha sido un placer, mi teniente", dijo sencillamente. Me quedé sorprendido unos instantes porque en los equipos no nos saludábamos nunca. Podría resultar fatal señalar a observadores lejanos quién era el jefe. Además, nuestro sentimiento de compañerismo y de convivencia hacía superfluas tales formalidades. Lo miré con sorpresa un momento antes de darme cuenta de que tenía que mover el brazo y devolver el saludo. Cuando bajé el brazo Robertson sonrió y me dijo: "Que tengas buen viaje. Escríbenos desde Estados Unidos y envía una foto de la mujer y el niño."

Sencillamente le cogí la mano. No se me ocurría nada que decir. Lo único que se me ocurrió fue que a lo mejor nunca volvería a verlo y que lo quería como a un hermano. Caramba, en más de una ocasión casi nos habíamos muerto juntos. Éramos luchadores de la selva, unidos hasta la última respiración. Ahora, dentro de pocos momentos me marcharía y no lo volvería a ver. ¡Paf!, así de sencillo. Al final hice algún comentario chistoso a Robertson mientras nos estrechábamos las manos, y me parece que dije algo de reunirnos en Estados Unidos.

El sargento Abney aún estaba cubierto del fango y del sudor de nuestra última operación. Se acercó y saludó. Nos estrechamos las manos e intercambiamos buenos deseos. El sargento Fitz, que al principio me había dado tantos problemas, había llegado a ser muy buen amigo. Incluso habíamos bromeado juntos acerca de aquella pelea que habíamos tenido en el recinto. Nos saludamos cordialmente y nos dijimos algún chiste cuando di la vuelta para volver al helicóptero.

Cuando me acerqué, el teniente Cantrell saludó. "Adiós. Parece que tendré que permanecer en el puesto hasta que llegue el relevo. Recuerda al coronel que estamos aquí, ¿vale?"

"Claro", dije, devolviendo el saludo. No se me ocurrió otra cosa que decir. Estaba en un tumulto de emociones, exaltado por haber salido vivo de ahí y angustiado por dejar mis hombres ahí para llevar a cabo una tarea que parecía acabábamos de empezar. Me había imaginado que tendría al menos algunos días para enfrontar estas emociones y hacer mis discursos, y no tan sólo unos segundos.

"Tú eres capaz de dirigir este equipo —le dije, buscando las palabras—. Conoces la zona y conoces a los jefes. Sólo ten cuidado con los hombres. Procura que vuelvan a casa sanos y salvos." Ya sé que no fue un discurso muy inspirado, pero no se me ocurrió otra cosa, y por lo menos expresaba el punto principal. Subí al helicóptero. Mientras éste ascendía, hice un último saludo a los cuatro hombres allí abajo en medio de la nube de polvo. Tratando de dar una última expresión de buena voluntad y fe, levanté el puño con el dedo gordo hacia arriba. Los cuatro tuvieron el tiempo justo para agitar los brazos antes de salir de mi línea de visión.

Me sentía cada vez peor acerca de todo el asunto. Sentía que abandonaba mi compromiso con mi gente.

Me quedé sentado con una sensación de vacío. ¿Dónde estaba la enorme alegría que tendría que sentir al estar libre? Iba a casa: ¿dónde estaba el júbilo? ¿Qué era ese gusano de ansiedad que me roía? Se me ocurrió que no había tenido la oportunidad de despedirme de mi buen amigo Tai, el que fuera jefe de distrito a mi llegada. El viejo Hoa Hao me llamaba su hijo norteamericano y era uno de los seres humanos más gentiles que jamás he conocido. El también formaba una parte invisible de mi pasado. No había podido despedirme de Cô Ha ni de ninguno de mis amigos vietnamitas del pueblo. Me sentía cada vez peor acerca de todo el asunto. Sentía que abandonaba mi compromiso con mi gente. No obstante, en mi interior un pequeño espíritu estaba exaltado: "¡Lo has conseguido! ¡Lo has conseguido! ¡Has salido vivo!"

★ ★ ★

Estuve sentado en el aeropuerto de Tan Son Nhut. Mi aspecto era de recluta expulsado de alguna legión extranjera depauperada. Ya que por la mañana había estado luchando contra el vietcong y el resto del día pasando por los trámites del cuartel general del IV Cuerpo en Can Tho y del cuartel general de Saigón, no había tenido tiempo para lavarme ni ponerme un uniforme decente. Tenía las gastadas botas y el descolorido traje de faena manchados de sudor y de fango seco del delta. Lucía una barba de dos días, y la única gorra militar que tenía era una azul de miliciano vietnamita. Esta ni siquiera formaba parte del uniforme del Ejército de los Estados Unidos, pero mi equipo me había preparado la bolsa y no encontraba la gorra de faena norteamericana. Me sentía conspicuo y fuera de lugar, sentado allí con todos los demás soldados esperando el vuelo nocturno a Estados Unidos. La mayoría de los hombres lucía uniformes clase A, planchados y pulidos como verdaderos soldados norteamericanos. Mi aspecto lamentable finalmente llamó la atención de los policías militares que trabajaban en el último punto de control, y uno de ellos vino a verme. Tras comprobar mis papeles, me recordó bruscamente que para viajar a Estados Unidos se exigía uniforme clase A. ¿Tenía tal uniforme? Le ase-

guré que tenía varios clase A en mi bolsa y que me cambiaría antes de embarcar en un vuelo doméstico en Estados Unidos. Al parecer, esto le satisfizo al policía, y volvió al mostrador para reunirse con dos o tres más que estaban allí. Todos me iban echando miradas desconfiadas, y me encontraba cada vez menos a gusto. Tenía miedo de que intentaran sacarme del vuelo por algún motivo tonto, así que me quedé sentado tratando de aparecer seguro de mí mismo y despreocupado.

Al cabo de un rato fui a agacharme junto a una pared, tratando de pasar desapercibido, y repasé la agotadora jornada. Recordé haber mirado por la puerta del helicóptero para ver por última vez la vieja fortaleza de barro de Tram Chim. Había contemplado el bien conocido trazado de canales, arrozales y límites de vegetación por última vez y sentido una extraña melancolía al darme cuenta de que jamás volvería a ver aquella tierra. Al igual que mis compañeros de equipo, me había in-

ABAJO: *Hombres del ARVN se preparan para volver al escenario de la guerra, pero primero tienen que aprender a prestar asistencia sanitaria a sus heridos.*

TIM PAGE

ARRIBA: *Las patrullas de los Rangers operaban en equipos pequeños en pleno territorio enemigo y lejos de las unidades de apoyo.*

tegrado por completo en mi entorno. Sentía el ritmo del lugar, sus vistas y olores, sus vientos y lluvias, sus sequías e inundaciones, sus bichos y bestias, sus gentes y su belleza. Había estado forzado a asimilarlo todo para sobrevivir, y ahora me lo habían quitado de un tirón, como una venda seca de una herida viva.

Había estado sentado en el helicóptero, confundido por mis sentimientos. No podía resolver las emociones contradictorias que competían en mi interior: rabia, alegría, resentimiento, y alivio. Era un soldado meticulosamente preparado para luchar, con los reflejos sintonizados, con las reservas de adrenalina anhelando ser desencadenas. Era una persona de importancia, acostumbrado a que se me hiciera caso y que se respetaran mis deseos. Había sido jefe de mi propia pequeña región. Ahora, muy de repente, era un guerrero sin batalla, un rey sin reino.

Anunciaron el embarque de mi vuelo. Al meterme en la cola, no podía menos de preocuparme de que el último proyectil de mortero del diablo cayera justo en medio de mi grupo y volara a todos al más allá. Creo que muchos pensaban lo mismo. Hubo una tensión en el ambiente a pesar de nuestra charla alegre y a veces forzada jocosidad. Embarcamos sin incidentes, sin embargo, y el avión empezó a rodar y se dispuso a despegar. Cuando salió de la pista se destapó toda nuestra ansiedad. Al sentir que las ruedas se levantaban, gritamos y vitoreamos, arrojamos las gorras al aire, y nos golpeamos los unos a los otros en la espalda. ¡Lo habíamos conseguido! ¡Volvíamos a casa!